SERGIO BIZZIO

EL ESCRITOR COMIDO

blatt & ríos

EL ESCRITOR COMIDO

SERGIO BIZZIO

blatt & ríos

© Sergio Bizzio, 2010, 2021
Según acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Alemania
© 2021 Blatt & Ríos

1ª edición en España: marzo de 2021
1ª edición digital: marzo de 2021

Diseño de cubierta: Iñaki Jankowski | www.jij.com.ar

Producción de eBook: Libresque

blatt-rios.com.ar

ISBN: 978-84-123270-0-7

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor

CAPÍTULO 1

Mauro Saupol (Río de Janeiro, 1956) había nacido y crecido en la pobreza y era un escritor inmensamente rico y famoso cuando decidió hacerse pasar por muerto. ¿Para qué? Para ver qué se decía de él. Todo lo demás ya lo tenía.

La idea, que a primera vista puede parecer estúpida (ya se verá que no, o que sí, y también por qué, en cualquiera de los dos casos), es un cóctel que se prepara en silencio con una parte de broma, dos partes de afán publicitario y tres de vanidad: nada del otro mundo; pero hay que tener mucho valor para llevarse una copa como esa a los labios. Saupol lo tuvo.

La noche anterior (anterior a la mañana en que se le ocurrió hacerse pasar por muerto) asistió al lanzamiento de su biografía en la ciudad del editor de su primera novela, como un gesto de fidelidad hacia él, un gesto calculado: no necesitaba ir, podía haber lanzado la biografía en cien ciudades más importantes que esa; ni siquiera se acordaba bien de la cara de su editor. Pero sabía que la prensa valoraría el gesto, y fue. Habló del libro, habló de sí mismo, habló del periodista que la había escrito, hizo chistes, firmó ejemplares y cenó con las autoridades culturales de la ciudad en un lugar horrible, rodeado de gente horrible; unas horas después, ya en el hotel, se masturbó y se durmió. Al día siguiente, durante el vuelo de regreso, en una avioneta recién comprada, según dijo el piloto, hojeaba el último número de una revista de chismes cuando de pronto los motores se apagaron. “¿Qué pasa?”, preguntó. “Nada, nada”, dijo el piloto. Y la avioneta se precipitó a tierra con un ala en llamas.

El piloto era un hombre todavía joven, pero ya se había tatuado el nombre de una mujer en el dorso de una mano. Ahora, mientras el Amazonas se les venía encima, el tatuaje (*Stella*) saltaba desesperadamente de un botón a otro por el tablero de comandos. Rasuraron la copa de un árbol y se incrustaron entre las ramas de otro. En la selva se callaron millones de seres vivos de todos los tamaños. Saupol no tenía ni un rasguño. El piloto tampoco, pero su cabeza ya no estaba sobre sus hombros. Lo único que se oía era el zumbido de algo metálico que giraba entre las hojas… Saupol abrió la

puerta a patadas, se deslizó por el tronco, apoyó un pie en tierra y, un segundo antes de que la avioneta estallara, se arrojó de cabeza lo más lejos que pudo. Fue entonces cuando, bañado en chispas, y todavía en el aire (ese fue el momento exacto), se le ocurrió hacerse pasar por muerto. ¿Por qué no? La oportunidad era inmejorable.

Se sintió feliz, se había salvado. Lo único que tenía que hacer era ponerse en movimiento: no estaba lejos de la ciudad. Caminó tres días y tres noches. Tuvo miedo, y lloró cada vez que un ruido lo inmovilizaba, a veces durante horas, sin que al final pasara nada; creyó que nunca lo conseguiría. Su tensión era tan grande que las ramas que apartaba con una mano al pasar lo golpeaban en la nuca y, también al revés, las que dejaba atrás le azotaban la cara. Pero la panzada de narcisismo post mortem que iba a darse cuando llegara, leyendo lo que se había dicho de él, le imprimía una fuerza descomunal. “Vamos, vamos”, se decía abriéndose paso por la selva con manotazos de fanático.

Ignoraba que en apenas veinticuatro horas la noticia de su muerte había hecho dos cosas extraordinarias: dar la vuelta al mundo, y evaporarse.

Llegó a la ciudad de X a medianoche. Estaba sucio, arañado y hambriento. Sacó un poco de dinero de un cajero automático y entró a un hotel de dos estrellas; en un hotel de tres, cuatro o cinco estrellas había más posibilidades de que alguien lo reconociera: su prosa era pobre, pero sus lectores no. Un hombre obeso, con una remera de Whitesnake, sentado detrás del mostrador de conserjería, le tomó los datos. Saupol le pidió el diario. El hombre le alcanzó un ejemplar de *Folha de São Paulo* con un gesto de fastidio: anotar y a la vez ser amable era una combinación para la que no había nacido. Saupol le preguntó si (por casualidad) no tenía también el diario de ayer, e incluso de los días anteriores. Se lo preguntó sonriendo, consciente de su ansiedad, pero el hombre siguió callado; anotó un siete, un nueve, un seis, empujó el documento de identidad hacia adelante con un dedo y le dijo que no.

Con el mismo dedo le señaló el ascensor. Saupol era el autor más vendido de Sudamérica, y también el más voluble; algo de eso, sin que llegara a saber qué, percibió en su aura el hombre con la remera de Whitesnake cuando la puerta del ascensor se cerró tras él: un aplomo, un cierto orgullo que atribuyó, leyendo rápidamente, siempre en la debilidad de su aura, a la típica prestancia del reventado. Se equivocaba. Saupol era una máquina; sus libros, una serie de cinco ficciones de corte espiritual -cuyo número de páginas aumentaba de uno en otro, como si su sabiduría creciera con las ventas-, eran los más exitosos de la industria editorial de la última década; un hit

viviente. Cualquier cosa que entregaba a la industria vendía millones, y a tal velocidad que ya ni siquiera él se preguntaba por qué.

No había sido siempre así. Ahora era rico, y el tiempo, lógicamente, pasaba más rápido; los cuarenta años que había vivido en la favela, vistos desde la actualidad, parecían siglos, en tanto que una década de éxito le daba la impresión de haber comenzado ayer, como un sueño entre dos parpadeos. Su vida era intensísima; todos los días tenía una fiesta, un cóctel, un agasajo, una entrevista, invitados, invitaciones, y así al infinito, con pasitos de hormiga, hora tras hora.

Lo primero que hacía cada mañana era tirarse a la pileta. Nadaba veinte largos, a veces veintiuno, y con eso ya sentía que había hecho lo mejor que un hombre de letras puede hacer por sí mismo. Después desayunaba, leía el diario y se ponía a escribir.

Tomaba un aforismo, o una máxima, o una anécdota, preferentemente de algún libro tibetano (o zen, o sufí, o pop) y, aplicándola a algún episodio de su propia vida, la desplegaba hasta convertirla en una historia, o en algo parecido a una historia, con personajes moralmente muy bien delineados -él era siempre el personaje principal- y un comienzo y un desarrollo que se empujaban uno a otro en una carrera de rutina hacia la moraleja del final. Y siempre, siempre, siempre funcionaba. Escribía una horita y volvía a la pileta.

Vivía con su mujer, Ingrid, una mexicana de origen alemán, en una casa modernista de Leblon. Ingrid era una combinación perfecta de inteligencia y largas piernas doradas y Saupol estaba loco por ella. Se habían conocido en un cóctel, cinco años atrás, cuando la fama de Saupol empezaba a traspasar las fronteras del Brasil. Ahora Ingrid era su asesora de imagen, y la que mejores ideas publicitarias le había dado desde entonces. De hecho, la idea de su biografía, en la que Saupol confesaba un pasado de *dealer* y de alcohólico, además de la participación en una orgía homosexual, había sido de ella. El escándalo reavivó las ventas. Para escribirla habían contratado a un periodista de bajo presupuesto que se hacía llamar Tom. Su apellido era Cousiño, pero con Tom parecía alcanzarle (así firmaba: Tom). Tom era colaborador *freelance* en decenas de revistas de interés general, un hombre alto, corpulento y muy aplicado, de largas patillas negras que le abrazaban la cara; se reunió con Saupol durante varias semanas y grabó las charlas que luego transcribió (y creyó pulir) y nunca, ni una sola vez, llegó tarde a la cita, siempre en casa de Saupol, a las cinco en punto de la tarde, de lunes a viernes; a veces incluso los sábados: a Saupol le encantaba hablar de sí mismo, y a Tom beber Martinis y tirarse a la pileta con su personaje.

Los había presentado Ingrid. La primera impresión de Saupol fue positiva: Tom era simpático, amable, y se ganaba la vida fabricando

notas sobre asuntos tales como los beneficios cutáneos de la sinceridad. ¿Por qué negarle que escriba sobre él? Tom, por su parte, lo despreciaba -ni siquiera lo consideraba un escritor-, pero lo disimuló siempre tan bien que enseguida se sintió cómodo y a gusto. "Después de todo", se dijo un día mientras salía del agua, estirando una mano hacia el Martini seco que le ofrecía Saupol, "no es más que un hombre que hace su trabajo".

Saupol lo trataba bien, le preguntaba qué le parecía, lo escuchaba, lo dejaba adjetivar. Tom no había visto nunca a nadie tan satisfecho con lo que había logrado: Saupol se pavoneaba en su éxito como un dios, agitando sus plumas sintéticas allá y aquí. Físicamente parecía ocultar algo. De baja estatura, con la cabeza demasiado grande, desproporcionada con relación al cuerpo, y una coleta gris que sacudía como un maniático, no podía decirse de él que fuera un seductor; en ese sentido ni la fama lo ayudaba. ¿Cómo lo había conseguido? ¿Qué había hecho? Era un misterio. Porque tampoco podía decirse que tuviera talento. No tenía nada, y lo tenía todo. Tom lo miraba y cabeceaba desconcertado. ¿Cómo lo hacía? La obra de Saupol carecía de toda particularidad. No había nada en ella que la hiciera diferente de la obra de cientos de autores que, como él, habían jugado exactamente (textualmente) las mismas fichas. ¿Había estado en el lugar injusto, en el momento injusto, con el manuscrito justo? No. Sin duda, pensaba Tom, Saupol no era fruto del azar sino de un lector, de un único lector (un ser con labios y órganos internos) capaz de provocar una avalancha en la pendiente de la nada; en efecto, alguien debió leerlo alguna vez y luego decirle a otro, sin saber que acabaría diciéndoselo a millones de personas, que el vacío que tanto habían esperado estaba por fin allí. ¿Cómo era ese lector? ¿Quién era? ¿Y qué importaba? Quizá ni siquiera existía.

Tom había leído los cinco libros de Saupol en dos semanas, a partir de la firma del contrato -una maraña de cláusulas que hojeó a toda velocidad, como un experto, y que firmó enseguida, sin nada que discutir-. La lectura le resultó agotadora, exasperante.

Un momento atrás Saupol estaba en la selva. Ahora hojeaba el diario en su cuarto de hotel. ¿Cuánto tiempo hacía ya que había muerto? Ingrid debía estar llorando a mares. Cómo le hubiera gustado a él, mientras zigzagueaba por la selva, llamarla y decirle que estaba vivo, para que ella no sufra. Hubiera dado una mano por un teléfono; ahora que tenía un teléfono a mano, comprobó, antes de llamarla (¿quién, sino ella, aceptaría el truco, asociándose de inmediato a él, e incluso, luego de un instante de alivio, calibraría aceitadamente las ventajas y desventajas de su ocurrencia?), que en el diario no había una sola mención al accidente en el que había perdido la vida. Volvió

a hojearlo, esta vez con más detenimiento. En la página treinta del cuerpo principal se demoró un momento para echarle un vistazo al reportaje de un colega y siguió adelante, deprimido. Finalmente tiró el diario al suelo y encendió el televisor. Pasó los canales uno tras otro con el control remoto a toda velocidad: no podían estar diciendo nada sobre él en un micro de cocina, ni en el National Geographic, ni en una misa evangélica. Se detuvo en la CNN. Unos minutos después sintonizó el noticiero de O Globo y llamó a Conserjería para pedir la cena. El hombre con la remera de Whitesnake le dijo que la cocina estaba cerrada. "Tengo hambre", dijo Saupol. "¿Qué se puede comer?". "Nada", dijo el hombre. Discutieron. Unos minutos después el hombre golpeó la puerta de la habitación con la palma de la mano. Dos golpes huecos, desganados. Saupol abrió, agarró el plato, se llevó el sándwich a la boca y lo sujetó entre los dientes mientras hurgaba con una mano en los bolsillos del pantalón. Le dio una propina. Cortó el pedazo de sándwich tironeando con los dientes hacia atrás y con las manos hacia delante y cerró la puerta con un pie.

No había pedido nada para tomar. Además de la bebida, se reprochó no haber encargado dos sándwiches, o tres, por más gomosos que estuvieran; después de comer el que le habían traído seguía igual de hambriento que antes. Lo único que había comido en la selva era un puñado de huevos grises (no quería ni pensar de qué) y unos tubérculos que apenas masticados se convertían en pelotas de fibra. En la habitación había una heladera. Sacó una cerveza. Hacía años que no bebía. Era hora de llamar a Ingrid.

El corazón le latía con fuerza mientras esperaba escuchar su voz. Le temblaban las manos. Era la una de la mañana.

Después de una decena de campanilleos, Ingrid por fin atendió. En su voz no había ni una pizca de angustia, ni la más mínima hebra de dolor; dijo hola y preguntó quién era después de completar una frase dirigida a otro, con el teléfono ya abierto. Había alguien con ella. Las dos o tres palabras con las que completó la frase antes de dirigirse al que llamaba estaban como bañadas por la luz de una sensualidad que Saupol conocía bien y cuya estela percibió con toda claridad cuando Ingrid pasó de un asunto a otro, de un hombre a otro. Cortó.

Repasó la escena. Había música de fondo. Había alcanzado a escuchar incluso el ruido de una copa que se apoya sobre el vidrio de la mesa ratona… Volvió a llamar. Esta vez, cuando Ingrid atendió -ahora no solo daba la impresión de sentirse fantástica sino también fastidiada por la insistencia-, Saupol le dijo que era él.

—¿¡Quién!?

—Yo, mi amor, Mauro…

Ingrid cortó.

Saupol llamó de nuevo.

El teléfono sonó hasta que se activó el contestador.

Saupol cortó.

¿Era verdad? ¿*Podía* ser verdad? Nada en el diario, nada en televisión, nada en la voz de la mujer que amaba. ¿No lo había reconocido? No, evidentemente. De pronto era todo horrible, como si acabara de caer en un pozo playo y aun así no hubiera forma de salir. Estaba agotado. Necesitaba descansar un poco. En la selva no había pegado un ojo, aterrado por las serpientes, las arañas, la imaginación, las fieras. Un mono recién nacido lo había seguido durante toda una tarde, hasta que Saupol le acertó un piedrazo en la frente, a medio metro de distancia, después de animarlo a acercarse llamándolo como a un perrito… Que Ingrid no lo hubiera reconocido no quería decir nada, se dijo.

Lo único que consiguió cuando se metió en la cama fue angustiarse más: lo daban por muerto, y era como si ya no existiera.

Al día siguiente corrió a comprar los diarios. Compró incluso diarios de los que nunca había oído hablar, y todas las revistas semanales; algunas habían aparecido antes del accidente, pero las compró igual. Se encerró en la habitación y, mojándose una y otra vez el dedo, lo revisó todo de punta a punta. *Veja* le dedicaba cuatro páginas. Dos eran fotos, adornadas con recuadritos de texto en los que no se decía nada importante, y las otras dos -en las que también había fotos, fotos viejas- no eran más que prosa de oficina abarrotada de menciones curriculares. El título de la nota, al menos, decía que había muerto un grande.

Era jueves. El accidente había ocurrido un lunes, es decir un día después de que salieran los suplementos culturales: era evidente que la prensa no había tenido tiempo de ocuparse de él; lo harían el domingo siguiente, sin duda. En ese mismo momento, calculó, centenares de periodistas a lo largo y a lo ancho del país debían estar ocupándose del caso. Qué se decía o qué se había dicho en el resto del mundo era algo que podía averiguar en Internet. En el hotel no había computadora. Fue a un cibercafé y comprobó que el hecho había sido profusamente registrado, pero las notas se ocupaban más de las causas del accidente que de su muerte, lo que le resultó desconsolador; su muerte importaba menos que un desperfecto mecánico, y su obra quedaba ensombrecida por un litigio de intereses entre la empresa aérea y la compañía aseguradora. "*Presenta su biografía y muere*", sin mención de su nombre, era un título por lo menos ofensivo, aunque no tanto como *"Sin rastros del cuerpo de best seller portugués"*. (¿¡Portugués!?). Un rapero negro lo miraba fijo desde el cubículo vecino, como si lo encontrara parecido a alguien. Saupol se levantó, pagó y volvió al hotel.

Llamó a su casa. Lo atendió Susú, una de sus tres mucamas, y, sin decirle que era él, aunque esperanzado de que Susú se lo preguntara, pidió hablar con Ingrid. ¿Es que nadie lo reconocía?

Un momento después alguien dijo:

—¿Hola?

Saupol cortó, aplastando como a un insecto el botón de stop con el pulgar.

Era Tom.

¿Qué hacía Tom en su casa? ¿Qué hacía Tom en su casa a las diez de la mañana, cuando hacía rato ya que el trabajo había terminado, y a pocos días del accidente que a él le había costado la vida? La respuesta a esa pregunta explicaba el tono de voz de Ingrid en el llamado del día anterior: era su amante. ¿Qué duda había? Estaba clarísimo. Tom disfrutaba de la gloria de ser la última persona que había hablado en profundidad con Saupol y, de paso, también de su piscina, de su despensa, abarrotada de exquisitas conservas y carísimos vinos, y de su mujer. Ese era el sentido de la foto que apenas minutos atrás había visto en Internet: Ingrid y Tom en la puerta de un canal de televisión, ella muy bien vestida y él con anteojos negros, como si la muerte de Saupol (*su* muerte) lo hubiera afectado más que a ella, a la que Tom llevaba de un brazo y protegía de los flashes con el otro.

Se dejó caer sentado sobre la cama, todavía con el teléfono en la mano, y repasó un millón de escenas menores, todas más o menos recientes y hasta ahora en sombras: un comentario admirativo que había hecho Ingrid sobre los bíceps de Tom, mientras cenaban a solas y afuera llovía; una tarde en la que Tom, que no hablaba nunca, comentó de pronto, y sin que viniera al caso, que daría la vida por tener una cabaña frente al mar, con voz de flauta de bambú, y la sonrisa de oso panda de Ingrid al escucharlo; la cena del último cumpleaños de Ingrid, a la que habían invitado a los Morelo y a los Amado y a la que solo asistió Tom, agitando entusiasmado una serpiente de plata en el fondo de una botella de tequila. ¿Por qué habían faltado los Morelo y los Amado, sus dos matrimonios amigos? Porque no aceptaban ser cómplices del engaño, que obviamente ya conocían. ¿Qué otra razón podían tener, sino esa? Pero Ingrid… Dios ¿Ingrid era capaz de ser tan cruel? A Saupol le vino a la memoria un pasaje de su último libro, en el que aseguraba que *sí*, aunque no se refería específicamente a Ingrid, desde luego: el pasaje hacía referencia a la mujer en general, como si él fuera un hombre particular. ¿Podía ser engañado *así*? ¿Y el dolor? ¿Dónde estaba su dolor? Sufrió un desmayo tan ligero que no tuvo ni tiempo de caer. Al contrario, se levantó, se desmayó otra vez y al volver en sí se encontró de nuevo sentado en la cama.

Salió al patio del hotel y orinó las flores del jardín. La luz del sol lo hizo llorar mientras dirigía el chorro hacia un agujerito en la tierra que imaginó repleto de insectos en armonía. ¿Cómo era posible que la sinceridad y fidelidad con la que la había amado, con la que aún la amaba, fuera también un puñal destinado a darle muerte, después de muerto? Sus ojos "se cansaron de llorar", como decía Sandro en una de sus canciones preferidas. *"¿Cómo te diré* (mi amor) *que ya no hay leña en el árbol de la fe*?*"*. La música llegaba desde la ventana de Conserjería, que el hombre con la remera de Whitesnake acababa de entreabrir. Saupol se abotonó rápidamente la bragueta y se inclinó sobre las flores orinadas, fingiéndose interesado en ellas. Después dio media vuelta y volvió a la habitación.

Llamó a su casa. Dejó que el teléfono sonara tres veces y cortó. Volvió a llamar. Cortó antes de discar el número completo. Se quedó un buen rato inmóvil, tratando de pensar. Pero en su mente, casi siempre nublada, ahora nevaba. Marcó el número del celular de Ingrid. Cortó. Marcó de nuevo. Volvió a cortar. Llamó al Conserje y le pidió algo para comer. El hombre con la remera de Whitesnake le dijo que la cocina estaba cerrada. La hora del desayuno había pasado y el almuerzo empezaba a servirse a las once. Eran las diez.

—¡Pero la concha de la lora! —exclamó Saupol—. ¿Puede ser tan difícil comer acá?

Agarró una cerveza del frigobar, bebió media botella de un trago y el resto a sorbitos, mientras se llenaba la bañadera. Agarró otra cerveza y un paquetito de maníes, se desnudó, se acostó en el agua y bebió y comió mirándose una herida recién descubierta por encima del ombligo. No le dolía; era un tajo (ya seco) de cinco centímetros de largo, en forma de búmeran, rodeado de pelos.

"Si no encuentran el cuerpo…", pensó (¿y cómo lo iban a encontrar, si ahora mismo estaba en la bañera de un hotel?), "siempre puedo decir que estuve perdido". Pero eso no tenía lógica y lo pasó por alto. "Pensemos, pensemos", se dijo y cambió de tema. El Conserje no lo había reconocido. La marca "Saupol" no le había dicho nada al anotarlo en el registro del hotel, quizá porque su barba, sus ojeras, su hambre y su palidez impactaban más que su fama, o porque su muerte era una noticia indiscutible, sobre la que no se podía dudar, o porque el hombre no leía ni el diario.

Salió del agua y se paseó a un lado y a otro mojando adrede el piso de la habitación, que odiaba. Encendió el televisor y se vistió mirando de reojo un programa cultural conducido por un calvo muy gracioso y una mujer joven, escotada, monomaníaca, teñida por la ambición. Después bajó al comedor.

No había nadie. Se sentó a una mesa y llamó al Conserje. Esta vez

el hombre de la remera de Whitesnake no estaba, así que vino el Conserje en persona. Era un hombre ancho y a la vez muy flaco, de modales refinados y manos callosas, una contradicción ambulante vestida de gris. El Conserje se paró a su lado y le dijo, muy amablemente, que la cocina abría en una hora y que, mientras tanto, "si lo deseaba", podía traerle algo para tomar.

—Escuchame —le dijo Saupol inclinándose hacia adelante—: *algo* debe haber. ¿O me vas a decir que acá lo hacen todo en el momento? Yo comí en los restaurantes más caros del mundo y te puedo asegurar que es todo refrito, rápido y fácil.

El Conserje enderezó la espalda.

—Tengo hambre. Hace dos días que estoy acá y lo único que comí fue un sándwich. ¿Qué pasa, no vino el cocinero? ¡Cocino yo! No me vas a decir que se necesita un chef para poner un plato en el microondas con los restos de anoche y apretar un botón. Mientras tanto, si querés, traeme una cerveza. Pero acordate de esto —agregó, extendiendo sobre la mesa un billete de 100 dólares recién planchado —: *algo* debe haber.

El Conserje agarró el billete y se fue. Un minuto después volvió empujando un carrito con una pechuga de pollo, ala incluida, arroz y una botella de vino, además de la cerveza.

—Invita la casa —dijo destapando la botella.

—Gracias —Saupol agarró la pechuga con la mano y le dio un mordisco—. ¿Pan no hay?

—Enseguida —asintió el Conserje. Nunca un hombre tan odioso le había pagado tan bien.

Mientras comía, Saupol se preguntó qué habrían dicho los Morelo. ¿Y los Amado? ¿Y sus pobres, impacientes editores? Silencio, masticación. Comió hasta que abrió la cocina. Entonces pidió el almuerzo. Después, achispado por la cerveza y el vino, se dijo: "Sí, me voy a la playa", como quien dice encogiéndose de hombros: "Me olvido de todo". En un local de baratijas pegado al hotel compró unos anteojos de sol, un bermudas con arabescos amarillos sobre fondo verde, unas ojotas y un gorrito y bajó por una calle angosta en dirección al este. Una hora de caminata después, ni un minuto más ni un minuto menos, empezó a sospechar que la ciudad no tenía playa, pero eso era algo que no podía preguntarle a nadie ("¿Hay playa por acá?"), pensarían que estaba loco. Tomó un taxi y volvió al hotel.

El Conserje lo vio entrar y le preguntó si había ido a la playa. Saupol lo miró como si hubiera escuchado un ruido, girando rápidamente la cabeza, y subió a su habitación. Espió lo que quedaba de un noticiero y volvió a bajar. Ahora el Conserje no estaba; en su lugar estaba el hombre de la remera de Whitesnake, que esta vez

llevaba una de Erasure. Saupol le preguntó qué dirección debía tomar para ir a la playa. El hombre señaló hacia adelante con un dedo.

Les gustaba la misma música, pero tenían modales de lo más opuestos.

La playa estaba desierta y el mar caliente. Sentado en la orilla, Saupol observó largo rato el horizonte. “Es todo tan repugnante que ya ni dar vuelta la cara vale la pena”, se dijo. Hasta que una mujer le pasó al lado con un ejemplar de su biografía en la mano. A Saupol se le erizaron los pelos. Se vio en la foto de tapa, muy sonriente, en blanco y negro, con las uñas comidas de la mujer sobre la cara, y el horizonte se puso a ondular. Qué ironía, esa mujer ya sabía todo (o casi todo) lo que él mismo había inventado sobre sí, pero ignoraba que había pasado a su lado. ¿Por qué capítulo iría?

Ahora que estaba muerto sus libros debían venderse mucho más. De hecho, había una sola persona en la playa y tenía su biografía. Era un promedio excelente. Se levantó y se tiró de cabeza al mar.

De joven había integrado una banda punk. Vivía drogado y borracho. Una tarde, saliendo de una disquería, tropezó y cayó en el interior de un cochecito de bebé. El bebé tenía dos o tres semanas de vida y tuvieron que internarlo. (Se salvó). Esa misma noche, aturdido por la culpa, pero aun más por los excesos, empezó a escribir *El heredero*, su primera novela (silencio, un plano fijo, un desierto de arena, y de pronto algo que se mueve). Dejó las drogas. Fue sorpresivo para todos, incluso para él. Ahora fumaba tres paquetes de cigarrillos diarios. Con eso también tenía que hacer algo.

Fumó hasta que *El heredero* se convirtió en un éxito. Lo invitaban a tantos cócteles y a tantas fiestas que el tabaco lo terminó por asquear, pero bebía más que nunca. Desde los nueve años, cuando su padre le hizo probar cachaza, no había dejado de beber. Durante la época de músico sus borracheras eran alarmantes; en ocasiones no distinguía una guitarra de un piano ni un contrato de un prospecto. Con *El heredero* le dijo adiós a las mezclas, y empezó a beber nada más que champagne. Pero volvió a las drogas.

Fue un período breve, un año, quizá menos, durante el que aspiró una cantidad enorme de cocaína mientras gastaba una cantidad igualmente enorme de dinero en psicoterapia. En determinado momento, sin ningún motivo -el temor a la muerte era una trivialidad a esa altura de su vida-, dejó las drogas. Ya le había pasado. El milagro, otra vez. Pero volvió a fumar. Y seguía bebiendo. Creyó que no había caso. Reemplazaba una adicción con otra (cuando no venían de a dos, e incluso de a tres). Lo único que no había cambiado, lo único que se había mantenido siempre en su lugar, con drogas o sin ellas, con alcohol o sin él, a veces fumando, a veces no, a veces en un

diván, era el sexo, su promiscuidad.

Saupol no era -no lo había sido ni lo sería nunca- un tipo buenmozo, al contrario, era decididamente feo. Ni siquiera hablaba bien. ¿Qué tenía? Era horrible, alcohólico, drogadicto, fumaba, no tenía plata, no sabía tocar, y salía a la calle y le iba bien. Las mujeres que se le ofrecían eran cada vez más, y cada vez más bellas. Para ser capaz de disfrutarlas -desde la publicación de su primera novela hacían cola en la puerta de su casa-, moderó dramáticamente, a veces incluso mordiendo una toalla, la ingesta de drogas y de alcohol. Siguió bebiendo, drogándose y fumando, sí, pero menos, un menos considerable. Las mujeres, para él -en un momento como ese, de lucha contra sus adicciones-, no eran la mejor compañía: apenas entraban a su casa prendían un cigarrillo, pedían algo para tomar y preguntaban si había drogas.

Lo dejó todo cuando se enamoró de Ingrid. Dejó incluso el sexo: Ingrid venía del área del mundo hindú, comía arroz, bebía grandes cantidades de agua mineral, nunca había fumado y en la cama no iba más allá de la masturbación. Saupol la amaba locamente. Con ella hacía yoga, daba largas caminatas, aspiraba, espiraba, respiraba. Ya no fumaba ni se drogaba, era fiel y feliz, y se alimentaba con semillas, como un pájaro. Sí: Ingrid había sido el motor de un cambio radical.

No podía creer que lo engañara. Saupol no podía creer que lo engañara y que ahora mismo, en lugar de llorar su muerte, estuviera de duelo con Tom.

Al día siguiente volvió del ciber desolado: en los diarios no se decía una palabra sobre él. ¿Qué era peor, ser engañado y no poder hacer nada o descubrirlo y estar muerto? Se encerró en su habitación, encendió el televisor y bebió una tras otra y sin pausa todas y cada una de las botellas de cerveza y miniaturas de whisky, de ron y de vodka del frigobar y se fue a la playa. Ir a la playa era de pronto lo único que podía hacer.

En el hall discutió brevemente con el hombre de la remera de Erasure cuando este le dijo que no estaba permitido andar descalzo por el hotel. Saupol, molesto, hizo girar como molinetes las ojotas enganchadas en los dedos de las manos, pasó por entre un grupo de albañiles que acababan de arrancar la puerta para poner otra y, ya en la calle, se las calzó y siguió adelante en zigzag, mareado. “Lo único que no tengo que hacer es estar al sol y meterme en el mar”, se dijo. Tenía resaca. “Lo único que no tengo que hacer es estar al sol y meterme en el mar”. Hacía años que no se emborrachaba. “Ni achicharrarme ni ahogarme”.

Esta vez la playa estaba llena. Fue una sorpresa, porque el día anterior, si no recordaba mal, el cien por ciento de los veraneantes

llevaba su biografía bajo el brazo, y ahora lo más parecido a la literatura que veía eran las inscripciones de una tabla de surf. Se hizo un hueco entre dos sombrillas, echó la toalla del hotel sobre la arena y, segurísimo de que nadie lo reconocería con esa barba y esos anteojos, y mucho menos todavía después de que se hubieran enterado, apenas cuatro días atrás, de su muerte -desde entonces no había ocurrido nada más importante, aunque ahora mismo nadie lo mencionara-, se acostó boca arriba y abrió las piernas y los brazos con toda claridad.

Por la conversación de los de al lado supo que el día anterior la playa había estado vacía porque todo el mundo había ido a un festival de samba no muy lejos de allí. Ya le parecía a él, mientras miraba pasar a su lectora, e incluso mientras aguantaba la respiración bajo el agua hirviente del mar, que oía un *chingui chingui* a la distancia… ¿Por qué había dejado la música? ¿Había dejado la música porque los números no le daban, o porque escribiendo podía al fin hacer algo sin saber adónde iba? No, sí, lo sabía muy bien, escribía para que lo encuentren, y la gente se perdía en masa en sus ficciones; no tenía nada de qué quejarse. Nada. Abrió los ojos. Volvió a cerrarlos. La cabeza le daba vueltas.

Se incorporó, se apoyó sobre los codos y trató de hacer foco en el mar. Estaba en eso cuando una mujer que caminaba por la orilla giró bruscamente, dejando escapar un grito; había recibido las salpicaduras heladas de un chico que intentaba mojar a otro, pero el malentendido se disparó por la playa en efecto dominó. Desde todas direcciones empezó a correr gente hacia allí. Nadie sabía qué pasaba, motivo más que suficiente para ir; y sin embargo el malentendido señalaba una verdad: alguien se ahogaba.

Saupol oyó a sus espaldas la fricción de unos pies veloces sobre la arena, se dio vuelta para ver qué era y un joven atleta en slip le saltó por encima, aterrizó cinco metros más allá, se impulsó de nuevo hacia adelante y se clavó de cabeza en el mar. Segundos después el guardavidas ya había agarrado al inconsciente por el cuello y lo arrastraba hacia lo playo. Por lo que alcanzaba a verse desde la orilla, el inconsciente era más joven aún que el guardavidas, e igual de fuerte, y se resistía; al parecer había algo que lo molestaba todavía más que la posibilidad de ahogarse… El guardavidas no tuvo más remedio que darle un fuerte puñetazo en el mentón. Pero el inconsciente se lo devolvió. La gente en la orilla se miraba desconcertada. Apenas eran las diez de la mañana y ya nadie entendía nada. El guardavidas lo golpeaba a repetición, tratando de desmayarlo para que no se ahogaran los dos, pero el inconsciente seguía firme y le devolvía los golpes uno por uno.

Las olas rompían sobre ellos, los cubrían de espuma. Y ellos

reaparecían golpeándose uno al otro con ferocidad. Ya hacían pie y aun así no dejaban de golpearse. En la breve pausa entre una ola y otra sus caras se llenaban de sangre. ¿Qué pasaba? El desconcierto de la multitud en la orilla era enorme, nadie había visto nunca un rescate semejante. Algunos llamaban a los gritos a los amigos o familiares que seguían en las sombrillas, ajenos al suceso: no se lo podían perder. El guardavidas, que era más alto, tiraba los golpes desde arriba, y el otro se los devolvía desde abajo al mismo ritmo y tan furioso que la altura del otro ya no era una ventaja.

Finalmente dos burgueses de Bahía se metieron al agua y los separaron. El guardavidas salió con la nariz rota, chorreando sangre y sal, y se apartó de la multitud con un gesto de desprecio, como si acabara de enterarse de un engaño. El inconsciente quedó tendido boca arriba en la arena, resoplando con fastidio. No respondió a ninguna de las preguntas que le hicieron. Estaba agotado. Harto y agotado. Incluso se llevó una mano a la entrepierna y se sacudió el bulto cuando alguien le preguntó si se sentía bien.

Enseguida todo el mundo volvió de nuevo a su inactividad original.

Saupol se dejó caer de espaldas sobre la toalla y en el acto se quedó dormido.

Los albañiles soldaban la nueva puerta del hotel. Saupol zigzagueó por entre tablas y baldes y clavó un dedo en el botón del ascensor. Mientras esperaba, observó las huellas que había dejado en la capa de polvo que cubría el hall, finísima; si no hubiera caminado sobre ella, no la vería. ¿Qué dirían los albañiles, o el hombre con la remera de Erasure, que apareció de pronto empujando un escobillón, si supieran que estaba muerto?

Se dio una ducha, se envolvió en una toalla y miró televisión (nada sobre él) hasta que tuvo hambre. Entonces bajó al comedor.

Ocupó una mesa en un rincón y miró otra vez sus huellas, ahora violáceas a la luz de un tubo de neón sobre el espejo. Las huellas se cruzaban a mitad de camino con las de un hombre de barba rosa que leía el diario sentado a una mesa al lado de la ventana. El comedor olía a hueso hervido, a nervio frito. Sonaba una música neutra que parecía aindiarse, montada a la sucesión de imágenes de un televisor sin sonido en el que de pronto apareció Hermeto, su agente. Saupol dio un salto, agarró el control remoto de encima del televisor y subió el volumen al máximo. El hombre de barba rosa levantó la vista. Corte. Nada. Tarde. Dejó el volumen como lo había encontrado, volvió a su mesa y durante más de media hora miró sin parpadear un informativo silente, con la mandíbula apretada y un puño en el mentón. Miraba las imágenes del mundo en la pantalla como si no

estuviera allí, comiendo arroz.

Después salió y caminó en línea recta por la calle del hotel hasta que se le hizo evidente que no tenía adonde ir. Dobló.

A mitad de cuadra había un bar. Entró y se acodó a la barra. “Si alguien me reconoce digo que no sé quién soy”, pensó. “Tengo amnesia”. Pidió un whisky y giró en la butaca para observar a una chica semidesnuda que hacía acrobacias en un caño, sobre una tarima. Unos turistas bebían caipiriñas y comentaban ruidosamente sus proezas eróticas. Saupol se llevó la copa a los labios, pensativo, y se dijo algo, sin entender qué, o sin prestarse atención. Enseguida pidió otra. La bebió en dos partes, aunque de un solo trago, haciendo un alto a mitad de camino para respirar, y pidió una más. Se moría de ganas de revivir.

Le preguntó al barman por la chica del caño. El barman le dijo que la chica no tenía tarifa, pero que hacía su vida como cualquiera. “¿Qué edad tiene?”, preguntó Saupol. “Ah…”, dijo el barman alzando enigmáticamente las cejas, como si fuera un asunto de Estado. “¿Veinte?”, insistió Saupol. El barman lustró la barra con un trapo. “Si habla con ella no le diga que se lo dije yo”, dijo. Saupol adelantó el mentón, interesado. “Veintinueve”. “¿Sí?”. Saupol le daba menos, pero cuando la chica dejó de bailar y se sentó a su lado en una banqueta le pareció que tenía bastante más. Llevaba en el pelo una hebilla con forma de hoja.

Saupol iba por la sexta copa. Tomó la séptima con ella y se derrumbó.

Despertó al atardecer de ese mismo día, en la habitación del hotel. ¿Cómo había llegado hasta ahí? Caminando seguro que no. Debía haber tomado un taxi. Lo más probable era que al llegar al hotel, el chofer lo hubiera alzado y depositado en la Conserjería, desde donde Erasure o Whitesnake, a su vez, lo había arrastrado hasta la habitación.

Bajó y salió a la calle. El sol lo obligó a entrecerrar los ojos. Seguía borracho. Una voz limpia y firme, como si fuera la voz de otro, le decía en plural: “Es domingo, tenemos que revisar la prensa”. Compró todos los diarios y se sentó a la mesa de un bar en una vereda solitaria. Estaba tan ansioso que no sabía por dónde empezar. Pidió un café y una cerveza y cuando el mozo volvió con su encargo ya los había hojeado a todos, pálido. No había un solo artículo sobre él. Nada. Volvió a revisarlos.

Nada otra vez.

La segunda nada confirmó a la primera con el mismo impulso con que lo arrastraba a la siguiente.

Empezaba la tercera revisión cuando la chica del caño apareció de

pronto parada junto a su mesa. Era una casualidad enorme, encontrarse con alguien que acababa de conocer, en una ciudad tan grande, al borde de la última nada. Por un segundo los dos se quedaron inmóviles, señalándose con un dedo. "¿Saupol?", dijo la chica. "¿Sabés quién soy?", dijo él. "Sí, claro, lo leí anoche en tu documento. ¿Llegaste bien? Cuando te dije que me llamaba Mara recordaste el nombre del hotel, Maralo. El barman y yo te subimos a un taxi. Bueno, me voy a comer algo".

Saupol hizo ademán de levantarse para ir con ella, pero enseguida se dejó caer de nuevo sobre la silla, en parte por el alcohol, que todavía llevaba los remos, y en parte porque advirtió que el comentario de Mara no era necesariamente una invitación.

"Acá estoy", pensó después, mientras Mara se alejaba. "Otra vez solo, y ahora más que antes". Qué paradoja, desde que había muerto esta era la primera vez que alguien lo reconocía, aunque ignorase que se trataba de él.

Dejó que un mosquito lo picara en la mano, servida sobre la mesa, y se diera un banquete. Era una jeringa, una jeringa viva, una jeringa alada: con imágenes aun peores que esa había hecho una fortuna. ¿Por qué espantarlo ahora? Con la otra mano alzó cuidadosamente la copa de cerveza; brindó por el insecto, que giró apenas la cabecita para mirarlo, sin dejar de succionar, y la vació de un trago.

La farsa ya se había extendido demasiado; tenía que reaparecer. El problema era cómo. El sentido final de la broma había sido pulverizarlo todo. Sí, el público se agitaría con su historia y pediría a gritos que la escriba mientras él buscaba un lápiz entre las ruinas de su prestigio (y una frase para empezar), pero lo cierto es que había perdido a su mujer y que sus amigos abominarían de su estafa; su mente era un amasijo de imágenes catastróficas. No había tenido nunca una idea, y una simple ocurrencia había bastado para arruinarlo todo. Le quedaba su fortuna, pero ni siquiera entera: Ingrid se llevaría la mitad.

Sufrió un ligero desvanecimiento. Cuando volvió en sí, lo único que había cambiado era la posición del cuerpo: ahora estaba inclinado hacia la izquierda, como a punto de caer. Entraría a la selva, unos metros nada más, lo suficiente para embarrarse, perder el calzado, clavarse unas espinas y salir y decir quién era y lo que había ocurrido. Era lo mejor que podía hacer. Se agarró de la mesa, se enderezó, tomó aire, dejó un billete y le echó un vistazo a la selva al fondo del cuadro: celeste, sin horizonte y llena de vigor. Después cruzó la calle a paso lento.

Fue lo último que no se supo de él.

CAPÍTULO 2

Irina era la hija del rey y vivía en el edificio más espacioso de la aldea. Era obra de un pueblo muy anterior a ellos, un pueblo civilizado, a juzgar por las figuras humanas talladas en piedra que portaban herramientas complejas y extrañas que los actuales habitantes no conservaban, y por los numerosos signos en espiral que adornaban las recámaras y los alrededores de lo que había sido alguna vez un palacio. ¿Oro? Nada. Estaba todo en ruinas, con las paredes agrietadas, cubiertas de musgo. Compartían la vida con una gran cantidad de monos y un grupo de hienas cuyas bocas y garras habían cubierto con bozales de cuero y que los niños usaban para jugar a la guerra; las montaban y se embestían unos a otros agitando unas boleadoras inocuas, de hierba prensada, con las que sin embargo se infligían magulladuras considerables.

Irina tenía veinte años y era hipersensible y muy hermosa. Una tarde conoció a Jan y se enamoró de él, y él de ella. Jan era un príncipe aventurero, que se había topado de casualidad con la aldea mientras bajaba la montaña en busca de un sabio perdido. Al principio, cuando vio la aldea, se asustó: ahí había una inteligencia, ahí había cálculos y planos, no solo trabajo, e incluso una apuesta estética, a pesar del estado calamitoso en que se encontraba todo, desde las columnas romboidales que sostenían techos inexistentes hasta sus calles de piedra, revueltas por raíces del ancho de un hombre. Jan nunca había estado por debajo del nivel del mar -la aldea se levantaba en una gran depresión del terreno, casi se diría que en el fondo de un cráter- y creyó que alucinaba (en ese momento festejaban algo, todos pintados de plata y vestidos con plumas y hasta con alas sobre los hombros), pero después de meditarlo un poco decidió bajar y presentarse. Fue directo a la casa de Irina.

El rey, un hombre ya entrado en años, sexualmente muy vigoroso todavía, según advirtió Jan con un simple vistazo al taparrabos, que de tanto en tanto recibía el impulso de una erección independiente, como si el alma del rey trabajara mientras su cuerpo charlaba, lo atendió como al príncipe que era, con todos los honores a su alcance. Se comieron una boa y bebieron grandes cantidades de orina helada,

pasándose información sobre sus respectivas tribus. El rey no tenía ni la menor idea de que allá arriba, en la montaña, hubiera gente. Así que se entretuvieron el uno al otro con relatos milenarios hasta que, ya entrada la noche, llegó Irina, que venía de cazar con sus amigas. Irina vio a Jan y fue como si un rayo estallara frente a sus ojos. Jan sintió lo mismo, y con el mismo fogonazo. Esa noche, mientras el rey olfateaba la chamusquina desde su cama, hicieron el amor.

Enseguida se volvieron locos, pero todavía sin notarlo. Hablaban durante horas, contándoselo todo sobre sus vidas, lo que había sucedido y lo que inventaban, como si fuera lo más normal del mundo; todo, la vida completa, las tres o cuatro piezas que conforman una vida, había encontrado su lugar. No había nada en el pasado, como si acabaran de nacer. El presente era tan extremo que en sí mismo ya era el futuro, un futuro no superpuesto al presente sino paralelo. Se habían encontrado, simplemente, y sin necesidad de buscarse. El otro era ni más ni menos que una parte hasta entonces perdida de sí mismo, que se había acoplado a ella y la completaba. Incluso cuando discutían, o cuando tenían diferencias, escuchaban la opinión del otro como a una voz de sí mismos, una voz que merecía ser considerada solo porque era bueno (y saludable para la pareja) mantener un cierto grado de individualidad. Estamos hablando de caníbales, de gente capaz de comer cualquier cosa.

Nueve meses vivió Jan en la aldea. Hasta que una tarde, mientras buceaba en el pequeño pero profundo (cargado de mitos) lago de la comunidad, quizá en persecución de uno de esos lentísimos peces en miniatura que se convierten en jade apenas atrapados, para regalárselo a Irina, Jan se hundió y no volvió a salir.

Tres o cuatro minutos después de la última inmersión de Jan, un chico que lo había estado observando desde lejos, sentado en lo alto de una roca muy pequeña, se levantó y corrió a dar la alarma. Quiso la casualidad que la primera persona que encontró en su camino fuera Ney, el mejor amigo de la pareja.

Ney era un joven todavía negro, con una alergia misteriosa pero regular que le blanqueaba los párpados. En ese momento tenía los ojos tan blancos que parecía el negativo de un panda. Oyó la mitad de lo que le dijo el chico y corrió hasta el lago. Se zambulló preguntándose qué era más increíble: que esto estuviera pasándole a él, o que estuviera pasándole a Jan.

Cinco o seis minutos después salió a tomar aire y volvió a sumergirse. En el siguiente intento salió directamente del agua para arrojarse desde lo alto de un árbol, como si de ese modo compensara el tiempo que perdía al treparlo con la profundidad que alcanzaba al zambullirse. Lo intentó una y otra vez, pero no hubo caso. Jan se había ahogado.

Ney sabía que si le daba la noticia a Irina la mataría; no podía decírselo. Se presentó en su casa y le dijo que Jan se había visto obligado a regresar a su aldea, solicitado por su padre, y que, como un caballero, como un príncipe, como un hombre, había optado por ahorrarle el desgarro del adiós. Irina se puso pálida, pero enseguida recuperó el color y aparentó tomárselo con calma, como si entendiera que Jan no había tenido más remedio que irse; y segura de que tampoco tendría más remedio que volver, es decir, segura de su amor. Al día siguiente empezó a desmejorar.

Durante la noche, en sueños, cayó en la realidad: fuera cual fuese la razón de la partida, su amado ya no estaba allí. Se deslizó hasta la puerta -una lluvia de rayos sin luz atravesaba la espesura frente a ella- y se desmayó.

Desde entonces no hubo modo de hacer que Irina comiera, y mucho menos aún que saliera de su recámara, donde se había encerrado. En apenas dos semanas desde la partida de Jan, ya era toda piel y huesos. No tenía fuerzas ni para levantarse de la cama. Su padre, el rey, muy preocupado, llamó al brujo, que hizo un círculo de ceniza alrededor de la cama de Irina y bailoteó y gritó y orinó y escupió al aire durante horas. El rey lo esperaba afuera. “Está mal, y no parece que haya vuelta que darle”, dictaminó el brujo. Al rey se le llenaron los ojos de lágrimas.

Ney también estaba muy triste, y además se sentía responsable, lo que hacía que su tristeza fuese un mal menor. No tenía ninguna duda de haber hecho lo correcto al ocultarle a Irina la muerte de Jan, pero no había calculado que el efecto de su engaño, más que mantener a Irina con vida en base a la esperanza del regreso de su amado, resultaría en una muerte larga, lenta y grosera. Se mordía la lengua para no contarle la verdad. Había matado cocodrilos a puñetazos, pero no podía darle a Irina un golpe así.

Algo tenía que hacer, sin embargo. Algo *más* tenía que hacer. Quedarse cruzado de brazos después de haber puesto la maquinaria en marcha era un colmo de cobardía. De modo que una tarde, mientras Irina empezaba a consumirse con un énfasis extraordinario, viajó a la aldea de Jan, en la cima de la montaña. ¿Con qué propósito? Ya se enteraría al llegar. Por el momento lo único que sabía era que iba hacia allí.

Caminó diez días bordeando el río y nunca vio nada que se pareciera a una montaña. ¿Había escuchado bien?, ¿Jan había dicho que venía “de la montaña”? Caminó cinco días más antes de convencerse de que no había ninguna montaña. ¿O se trataba de una montaña invisible? En ese caso, jamás la encontraría, a menos que chocara literalmente con ella, o a menos que de pronto empezara a sentir que subía, caminando en el aire. Decidió volver.

El regreso fue más rápido que la ida: la corriente iba en dirección al punto de partida. Ney arrojó un tronco al agua, lo abrazó y se dejó llevar. En apenas un día ya había hecho la mitad del trayecto. A la noche se detuvo a descansar, más que nada porque no quería dormir en el agua: había rápidos y zonas infestadas de caimanes, era conveniente mantenerse alerta. Se acostó en la orilla y enseguida se quedó dormido.

A medianoche lo despertó la vibración de unas cuerdas metálicas a lo lejos. Parecía música, aunque también podía tratarse del aleteo de las brujas, que hechizaban a alguien. Fuera lo que fuese, valía la pena ir a ver. Zigzagueó por la selva en dirección a la fuente del sonido y llegó a un claro circular en la espesura, rodeado de pequeñas fogatas amarillas. Un anciano tocaba el arpa y dos mujeres bailaban mientras un grupo de hombres blancos bebía del pico de una jarra que pasaba de mano en mano. Por detrás de estos hombres había una decena de jaulas, una sobre la otra, con una gran variedad de animales encerrados. En una de las jaulas había un tigre.

Ney retrocedió. Se le había ocurrido algo. Fabricó una cerbatana y unos dardos y los embebió en la savia resinosa de una hierba muy usada en la aldea como anestésico. Cuando los hombres se derrumbaron, muertos de sueño, disparó un dardo tras otro en dirección a las jaulas. Los animales se durmieron en minutos. Ney entró al claro sigilosamente y se robó la jaula con el tigre. Pesaba, pero él era fuerte y lo animaba una buena idea, una idea capaz de salvar definitivamente la vida de su amiga.

Construyó una balsa sobre la que montó la jaula y se dejó arrastrar por la corriente hasta la aldea.

Inmediatamente fue a verla a Irina. Con voz temblorosa le dijo que el tigre, todavía medio embobado por el veneno, era Jan. El maleficio de un mago de la montaña invisible lo había convertido en tigre, como castigo por haberse marchado alguna vez de allí, donde tanto lo necesitaban. Irina, por primera vez en semanas, se incorporó, se sentó en la cama y unió las manos sobre su pecho; las aletas de su nariz se tensaron, sus labios ya no estaban sellados. Dio un paso hacia la jaula y exclamó: “¡Es él…! ¡Es él…!”. La luz había vuelto a sus ojos.

Era otra vez la misma de antes.

Lo primero que hizo al día siguiente fue lavarse, ponerse un vestido nuevo y vaciar las provisiones que su padre almacenaba en un pozo frío. Antes, durante el primer noviazgo, Irina y Jan podían pasarse días enteros sin comer; ahora se daban un banquete. Pero el tigre comía como un tigre, y pronto las consecuencias de su apetito empezaron a hacerse sentir. El rey estaba tan contento con la vuelta de su hija a la vida que les ordenó a sus súbditos intensificar la caza y recolección de alimentos. Si alguna vez los salvajes sospecharon de la

veracidad del relato de Ney (que el tigre era Jan), el estado de beatitud de Irina y el contento del rey los disuadió en el acto. No tenían ningún derecho a dudar de la chica que deseaban y del rey que los guiaba.

Irina no hacía otra cosa que pasarse el día junto a la jaula. Hablaba con el tigre, le contaba cosas, y mantenía siempre en alto el doble propósito de minimizar ante Jan el dolor que había padecido en su ausencia, para que no se sintiera culpable, y de impostar un cierto grado de naturalidad en su trato con él, para que no se sintiera un tigre.

A veces, en muy contadas ocasiones, se atrevía a meter la mano por entre los barrotes para acariciarle una pata, llena por igual de deseo y compasión. Ney le había advertido que debía tener mucho cuidado, porque si bien Jan conservaba su espíritu humano, otra parte suya, quizá la mitad, quizá un poco más de la mitad, era decididamente animal. Pero Irina no le hacía caso y lo tocaba. En esas ocasiones el tigre giraba la cabeza hacia ella, o se incorporaba si estaba echado, pasándose la lengua por la cara. Entonces Irina retiraba la mano, retándolo como a un niño; algo le decía que el reto funcionaba como una prueba de amor, evidente hasta para una bestia, y se sonreía, convencida de estar en lo cierto y de haber sido entendida. Barajaban otros secretos, pero contarlos sería redundar.

Irina no se movía de al lado de la jaula. En las mañanas apartaba las cortinas de juncos de la puerta para que entrara el sol, pero ella no iba nunca más allá del umbral. Cierto día ordenó que llevaran la jaula al río.

El rey la proveyó de los cuatro cargadores más fuertes y experimentados de la aldea. Irina supervisó el traslado con celo, temerosa de que alguno de ellos tropezara -el terreno era una sucesión ininterrumpida de desniveles- y la jaula cayera, lastimando al tigre. Ya en el río, los cargadores apoyaron la jaula en el suelo y se apartaron, dejándolos solos. El tigre se echó de costado, aprovechando la sombra y el frescor del agua, e Irina lo miró embelesada hasta que cayó la noche. No pasó más que eso. Pero la idea del paseo se estableció como rutina.

Cada mañana los cargadores transportaban la jaula hasta la orilla del río solo para que Irina se diera un baño -alguna vez completamente desnuda- y le arrojara agua al tigre con las manos, riendo con un tintineo de copas de cristal. Otras veces dormitaba junto a la jaula, después de haberle contado lo que haría con él cuando volviera a ser un hombre, o se quedaba largo rato en silencio arrojando piedras al agua, con grandes pausas entre una piedra y otra, que previamente acariciaba entre los dedos, como si pensara en algo que por el momento era mejor callar. Finalmente emitía un silbido y

en el acto los obedientes cargadores reaparecían, se echaban la jaula sobre los hombros y la llevaban de regreso al palacio.

Una tarde la aldea festejó el cumpleaños de Jan. Hubo tambores, cantos y números de baile, durante los que bebieron y comieron a la luz de las fogatas hasta el hartazgo. El rey le regaló a Jan un cerdito, que el tigre rebanó en lonjas con un zarpazo, antes incluso de que acabara de introducirlo a presión en el interior de la jaula por entre dos barrotes. Ney lo observaba todo desde cierta distancia, masajeándose nerviosamente las sienes.

Nadie aparte de él sabía del engaño. Nadie discutía el maleficio de la bruja de la montaña invisible, que había convertido al príncipe en una fiera. Solo Ney se lastimaba la cara con las uñas, creyendo masajearse, mientras calibraba las consecuencias de su invento. El tigre se había apoderado de la aldea.

No solo lo llevaban ida y vuelta al río, no solo debían compartir sus alimentos con él, o cazar de más para que unos y otro no pasaran hambre, o festejarlo; ahora también aparecían en las piedras públicas de la aldea inscripciones referidas a las virtudes de la fiera. El rey empezó a preocuparse; su liderazgo se ponía a prueba. ¿Hasta dónde llegaría la adoración del tigre?

Una tarde, en uno de sus paseos habituales por los senderos de la aldea, vio una talla que representaba al tigre con la musculatura y elasticidad de un dios. El tigre blandía como un látigo su enorme pene a rayas sobre su cabeza, la cabeza del rey, que intentaba protegerse en vano. Fue demasiado.

Si no actuaba pronto, lo terminarían destituyendo. ¿Qué hacer? Después de pensarlo detenidamente se le ocurrió una idea mala. Mandó una expedición a la montaña invisible en busca de la bruja que había convertido a Jan en tigre, a fin de negociar con ella un perdón para Jan; a cambio, él en persona le daría “cualquier cosa que ella pidiese”. Los negociadores tenían la orden expresa de bajar la vista ante el primer pedido de la bruja si consideraban que la bruja era tonta, una tonta con poderes especiales, no obstante, y de mostrarse entusiasmados con lo primero que dijera si les parecía inteligente, calculando que en ese caso la verdadera propuesta de la bruja iría en segundo lugar. Si era así, los negociadores debían bajar otra vez la vista y mostrarse desanimados, dándole a entender que había empezado bien, pero que ahora se le iba la mano. También, por supuesto, debían ser capaces de calibrar la posibilidad de que la bruja fuera mucho más inteligente que ellos y que estuviera diciéndoles lo primero que se le ocurría. En tal caso, los negociadores debían resolver el asunto sobre la marcha, según su propio criterio. Si acertaban, eran buenos. Si erraban, les cortaba la cabeza. El éxito estaba garantizado de antemano.

Eran cinco, uno más ignorante que el otro; lo único que sabían era que no podían fallar. Así que encontraron la montaña invisible, alcanzaron la cima y se metieron en todas y cada una de las chozas de la tribu golpeando salvajemente a sus moradores, sin lograr que nadie dijera nada sobre ninguna bruja. Al atardecer abandonaron la montaña. Se iban con las manos vacías. “Qué raro”, murmuró uno de ellos veinticuatro horas después, durante un alto en el descenso: “Lo inventamos todo y no sacamos nada”. ¿De qué hablaba?

La montaña invisible era real. La habían subido con gran sacrificio. Habían irrumpido en una aldea de seres concretos que flotaban en el aire y los habían oído llorar y negarlo todo, pero aun así no se daban por vencidos: tenían que encontrar la forma de evitar el castigo, la muerte que los esperaba, a los cinco en simultáneo, con un único golpe de machete, inmediatamente después de aceptar su fracaso ante el rey. Uno propuso decir que habían encontrado a la bruja, en efecto, pero que no había habido modo de agarrarla, por más que lo intentaron. Otro, raptar a una de las numerosas viejas que habían visto en un poblado kilómetros atrás durante el ascenso de la montaña y hacerla pasar ante el rey como la bruja. Los demás estuvieron de acuerdo.

La vieja que resultó elegida durante el asalto al poblado no tuvo tiempo de nada; la agarraron del cuello, la llevaron a la aldea y la arrojaron en la recámara de Irina. A Irina se le cortó la respiración. Ahí estaba la bruja que había convertido a Jan en tigre. Lo único que tenía que hacer era ordenarle que rompiese el hechizo.

Ante la enorme expectativa de Irina, que casi no podía moverse de la emoción, y del rey, que soñaba con recuperar su liderazgo, la vieja se paró frente a la jaula e hizo unos arabescos sin sentido con las manos. El escéptico Ney observaba la escena desde afuera, a través de las cortinas entreabiertas, pensando que la bruja sobreactuaba para salvar su vida, basándose en su propia experiencia. Y de pronto, sorpresivamente, el tigre se evaporó. En el acto apareció en su lugar un hombre. No era Jan. Era un hombre, sí, pero no Jan.

El hombre parecía más confundido que nadie. De cabeza cuadrada, con la frente angosta surcada de arrugas y anchos hombros sobre los que colgaban jirones de tela, en lugar de la túnica celeste que vestía Jan al irse, el hombre giró sobre sus talones mirándolo todo a su alrededor con desconfianza, como si deseara volver a ser un tigre.

La vieja le juró al rey que ese era exactamente el hombre al que había convertido alguna vez en tigre -ya ni se acordaba por qué- y que sin duda, por más distinto que lo vieran, se trataba del hombre buscado. Las víctimas de embrujos demasiado largos, dijo, cambiaban de aspecto durante el cautiverio, influidos por la forma animal que los contenía.

Al rey el argumento le pareció de lo más convincente. El hombre en la jaula tenía algo de bestia, y además a él le daba lo mismo que fuera o no fuera Jan: el tigre había desaparecido, eso era lo único que le importaba. Pero ¿qué pensaba su hija mientras tanto?

Irina estaba encantada. Sí, era verdad, el hombre no tenía nada que ver con Jan, pero ¿acaso tenía algo que ver Jan con un tigre? Cualquier cosa era posible. La bestia humana que ahora se agitaba agarrada a los barrotes, profiriendo toda clase de insultos, era en realidad un estadio inferior de Jan, y superior al tigre, que se manifestaba de esa manera.

Si Irina había sido capaz de seguir amándolo en el cuerpo de una bestia, sería capaz de amarlo ahora, encarnado en un idiota. Llamó a unos sirvientes, les ordenó ubicar la jaula junto a su cama y pidió a todos que salieran. Ya a solas con Jan, le habló largo rato antes de soltarlo. El prisionero, entendiendo que el error de la chica era lo único que podía mantenerlo con vida mientras encontraba la forma de huir, se arrojó sobre ella y, metiéndole una mano entre las piernas, dijo: “Sí, soy Jan, soy Jan”.

Entretanto Ney, en su cueva, a la luz de una lámpara, caminaba por las paredes. No recordaba haberle hecho nunca a nadie tanto bien y al mismo tiempo tanto mal; algo de eso también expresaba su sombra, que no se separó de él ni aún cuando sopló la lámpara. La sombra opinaba que Ney debía arrodillarse frente a Irina y confesárselo todo; a Irina ya no la mataría ninguna realidad. Ney no estaba seguro. Además, lo achicharraba la culpa; por salvar la vida de su amiga había terminado colocando a un farsante en las más altas esferas de poder.

El hombre se reveló muy pronto como un déspota, un aprovechador, un sexópata (eso era lo que más le dolía a Ney) y un haragán. Irina se desvivía por atenderlo. El rey, aunque su reinado ya no corría peligro, solía llevarlo de caza y mostrarle sus dominios, como si el hombre fuera a heredarlo.

Pero el hombre, que ya había entrevisto la posibilidad de quedarse con todo, no pensaba más que en irse. No había nada, nada, capaz de convencerlo de que era mejor reinar allí que volver a su negocio, el tráfico de animales, que era lo suyo y que seguiría siéndolo aun después de la experiencia de ser tigre, y más que nada de la jaula. Planificó su huida con sumo cuidado mientras se fingía feliz, recopilando información geográfica y estudiando la capacidad de rastreo de los aldeanos, para lo cual se ponía a correr de pronto, como si hubiera visto una presa, con la lanza en alto, hasta que lo agarraban y lo obligaban a calmarse.

Un mes después de haber recuperado su apariencia original, y luego de un centenar de fogosos encuentros sexuales con Irina, decidió

que el día había llegado.

La fuga le resultó tan fácil que lo primero que hizo apenas alcanzó un pequeño pueblo civilizado fue sentarse en el suelo, con la espalda apoyada en la pared de un bar, y preguntarse cómo era posible que no lo hubiera intentado antes.

Irina, frágil y enamorada como siempre, ordenó a los rastreadores que fueran en su busca y lo trajeran de regreso. “Pobre Jan”, se dijo en voz alta mientras los rastreadores se adentraban veloces en la espesura, “no sabe lo que hace”.

Nunca lo alcanzaron. Pero así como un mes atrás habían fraguado a una bruja que devolvió a su cuerpo al hombre equivocado, salvando sus pellejos, esta vez trajeron de los pelos, convencidos de que se trataba de la última encarnación del príncipe Jan, a un mulato pálido, semicalvo y de baja estatura, que encontraron vagando por la selva en estado de shock. Era Mauro Saupol.

CAPÍTULO 3

El lanchón se desplazaba por las pardas aguas del Amazonas, zigzagueando según su curso y ruidosamente aunque daba la impresión de ir en línea recta y en silencio, como una flecha. Sabana fijó la vista en el río. Su mirada se disolvió en el tajo que la proa del lanchón hacía en la superficie, flanqueado de salpicaduras instantáneas. ¿Cómo había llegado hasta ahí? Giró la cabeza por encima de un hombro y miró hacia atrás.

El capitán, un mercenario de gorra, con el torso repleto de tatuajes caseros, escupió a un costado el cigarrillo que llevaba entre los dientes y, sin quitar las manos del timón, hizo que el cigarrillo apagado que traía en la reserva de una oreja se deslizara hasta sus labios con una serie de contracciones y estiramientos de la cara y el cuello; a su espalda iba el guía, un caníbal bilingüe, y más allá, sentado a popa, estudiando un mapa que el viento hacía aletear sobre sus rodillas, un periodista rubio y todavía joven, del que Sabana lo ignoraba todo, incluido el nombre. Casi no había cruzado palabra con ninguno de ellos desde el comienzo de la expedición. Su mente, más que su corazón, estaba llena de dolor y de emociones residuales que luchaban por desplegarse y que ella reprimía desde que una tarde, veinte años atrás, conduciendo un auto alquilado en un barrio desconocido se llevó por delante el acoplado de un camión, salió volando por el parabrisas y su cara se arrastró ruidosamente, lo que es curioso si se piensa en lo blanda que es la carne, varios metros sobre el pavimento

Había sido hermosa. Hija única de un agente de los servicios secretos de inteligencia y de una ama de casa adinerada, la vida le sonreía… hasta entonces. Una semana después, cuando los médicos le permitieron por fin mirarse a un espejo, pensó que su única salida era pegarse un tiro. No obstante, luchó, y aunque su lucha no nos interesa ahora, salió adelante. Muerta su belleza, puso en marcha una Agencia de Investigaciones Especiales. Su nariz había desaparecido casi por completo, pero su olfato se había agudizado. La frente era un mapa de cicatrices en el que su perspicacia latía con la fuerza de una red de contactos internacionales de primer nivel. Sus labios, más rosados ahora que eran insensibles, se abrían solo para dar en el clavo. Una

tarde la llamó Tom.

Sabana llegó a la cita con puntualidad. Tom la esperaba sentado en posición de loto en un sofá; se levantó cuando la vio entrar ("Qué alto", pensó Sabana) y se calzó los zapatos sin usar las manos. Vivía en un monoambiente del tamaño de una caja de fósforos, con luz artificial.

Sabana paseó la vista por el lugar, demorándose en el desorden como en un rasgo de carácter, para darle tiempo a Tom de absorber el impacto de sus horribles cicatrices. Después ocupó una silla y Tom fue al grano. Le dijo que Saupol estaba vivo. Sabana arqueó la cicatriz que tenía por ceja. Tom le alcanzó una carpeta. Quería que ella lo encontrara. La expedición, financiada por un multimedios, debía mantenerse en absoluto secreto. Sabana abrió la carpeta; ahí estaba toda la información que Tom había reunido en los últimos meses, desde el resultado de las pericias efectuadas a los restos carbonizados en el interior del amasijo de hierros de la avioneta, hasta el rastreo de sus llamadas telefónicas. Tom incluso había viajado a la ciudad de X, donde el conserje de un hotel de mala muerte le había confirmado que el hombre de la foto -recortada de la solapa de uno de sus libros- había pasado unos días allí. En ese punto el rastro de Saupol se perdía en la más absoluta oscuridad. Si un grupo de antropólogos no se hubiera internado en el Amazonas para molestar a los integrantes de una tribu que aún vivía en la prehistoria, Tom nunca se hubiera enterado de la existencia de una segunda tribu, gobernada por un dios blanco de baja estatura, con aspecto de pusilánime. "Tiene que ser él", dijo.

Sabana cerró la carpeta y le preguntó si la viuda estaba al tanto. "No", dijo Tom. "Y no tiene que saberlo". "Entiendo", dijo Sabana. El propósito de Tom era escribir un libro revelando la estafa de Saupol, con el que se haría rico. ¿A qué clase de arreglo había llegado con la empresa que financiaría la expedición, en qué porcentajes? De acuerdo, no le importaba.

Como todo el mundo, Sabana estaba al tanto de la relación sentimental que Tom mantenía con Ingrid, la viuda ahora teórica de Saupol, así que, mientras consideraba la cifra que Tom acababa de ofrecerle por el trabajo, se entretuvo observando la exposición de contradicciones que lo mostraban como a un ser inmundo: llevaba puesta una camisa de seda de Louis Vuitton, pero daba pequeños sorbos del pico de una botella de whisky sin etiqueta; estaba profusamente bronceado, a pesar de que el departamento era un pozo en penumbras; el perfume con el que se había rociado zigzagueaba por entre el menú de varios vecinos a la redonda, que inundaba el lugar. Aceptó. Puso algunas condiciones menores que no vale la pena mencionar, y que Tom también aceptó, y se fue bamboleando el

trasero como un cazador.

Ahora hacía ya varios días que remontaba el Amazonas al ritmo de los chisporroteos de la radio del lanchón.

De haber sido por ella no se hubieran detenido nunca. Los hombres la detestaban por su firmeza y su disciplina -aunque la respetaban por su aspecto-, pero el motor recalentaba cada cinco o seis horas de marcha y no tenían más remedio que parar. Durante esos descansos Sabana se entretenía descargando a un lado y a otro su machete sobre las plantas, algunas de ellas con cuellos espectacularmente largos y jugosos y flores de color esmeralda del tamaño de una luz en un ojo coronando sus cabezas. Los hombres la miraban como desde abajo. Todo en ella los hacía vacilar: su cara era la cara de un monstruo, pero el cuerpo era perfecto; tenía un carácter acrísimo, pero sus manos eran dulces y hasta graciosas; sus ojos, tironeados en todas direcciones por una red de nervios secos y ya duros, debían esforzarse para encontrar lo que buscaban, pero había algo en su mirada que estaba más allá de todo. ¿Era buena o era mala? ¿Era monstruosa o era bella? ¿Les pagaba bien, o no era ella la que pagaba?

De noche no se movían. Armaban carpas cuando el terreno se los permitía y trataban de dormir. Cuando no, dormían en cubierta.

Seguían adelante a primeras horas del día, aunque aún no hubiera luz. A medida que iban acercándose al punto señalado en el mapa con una X roja (una X vaguedad en el mundo real) empezaron a tomarse más y más en serio la posibilidad de encontrar la tribu que buscaban, como si los propósitos se dirimieran en el espacio y en los hechos, más que en la información. "¿Y si el dios no es más que un negro pintado?", se preguntaba el joven periodista rubio, único de los tres varones que estaba al tanto del objetivo final de la misión.

La pregunta, por el momento, no iba más allá, en parte porque más allá no había nada todavía y en parte porque no se le había ocurrido aún robarse la historia; si Saupol no estaba allí, si el que estaba allí no era Saupol, igual había cobrado bien. Los insectos lo enloquecían.

Los días y las noches se sucedían duplicados, como por fuera del mundo natural. A veces el amanecer tenía algo oscuro, algo que brillaba en la luz y la invertía, como una ilusión. Estaban todos muy cansados. Sabana solía pararse en el borde de los claros donde acampaban, de espaldas a los demás, y no moverse hasta que la noche la cubría, pensando en nada con dramatismo. La memoria de su párpado derecho, cuya ausencia dejaba el ojo al desnudo, empezaba a temblar. ¿Soy yo? ¿Cómo sería si fuera yo? ¿Qué estaría haciendo ahora si no fuera yo?

—No se ve nada… —le dijo una noche a Sabana el joven periodista rubio. Se le había acercado por detrás, paso a paso, como al descuido, y el tono de su voz, por efecto de la selva, resultó sensual.

—Por supuesto —le dijo Sabana. Giró con desprecio y fue a meterse en la carpa.

Eran las once de la noche, aunque podrían haber sido las siete de la tarde o las tres de la mañana: la oscuridad era tan abrumadora como el ruido, a su vez apoyado en un silencio tan profundo que el frotamiento de las patas de un mosquito sonaba como una risa. ("Paisajes, querida, solo te damos paisajes", solía decir Saupol). En efecto, una hora después el joven periodista rubio supo que Sabana vendría a visitarlo con solo escuchar el sonido de sus articulaciones, abandonando la bolsa de dormir. El cierre de la carpa se oyó como una sierra.

—¿Qué onda? —le dijo Sabana un minuto después, en cuatro patas, con la cabeza ya metida en la carpa.

Gil, el joven periodista rubio, que la esperaba acostado boca arriba, con las manos en asa bajo la nuca, tanteó el suelo en busca de la linterna.

—Dejá —le dijo Sabana—, no hace falta. Venía a disculparme —y ya estaba adentro.

Era una carpa diminuta, apenas si cabía uno. Ahora eran dos, y encima se oía todo. Hicieron un largo silencio. La respiración de Sabana parecía la respiración de un oso. Gil tragó saliva, y su garganta sonó como si acabara de romperse.

—¿Qué hacemos? —dijo en un susurro, un susurro tan débil que ni él mismo se escuchó.

Sabana gateó hacia él y, con su único párpado vivo a media asta, le pidió que bajase la voz.

En la siguiente parada, al saltar del lanchón, Sabana aplastó dos caracoles que charlaban de lo más animados en la orilla. Uno de ellos decía: "Yo soy afuera-afuera y vos afuera-adentro, siempre en espiral. Por eso nos llevamos bien".

Todavía había luz y el motor no había recalentado, pero Sabana escuchó unos tambores, avanzó paso a paso hasta donde se lo permitió la selva y aguardó a que los hombres terminaran de bajar y amarrar el lanchón para indicarles con un gesto que la siguieran.

Se internaron en la espesura en fila india, los cuatro abriéndose paso con sus machetes. Anduvieron hasta que ninguno tuvo fuerzas para dar un paso más. Los tambores no habían vuelto a sonar, y ya tenían la noche encima. Después de un breve descanso entre alimañas que se desplazaban por debajo del colchón de hojas húmedas del suelo treparon a los árboles y durmieron abrazados a las ramas hasta que amaneció.

Sabana fue la primera en despertar. Había dormido boca arriba

sobre una rama del ancho de su cuerpo después de haber clavado el machete sobre la punta de su camisa en la rama vecina, para despertarse al menor desequilibrio, al menor tirón, y evitar así una caída desde varios metros de altura: el recurso había funcionado, y además le había permitido inclinarse un poco durante la noche sobre el costado izquierdo, sujeta como estaba desde la derecha por el machete. La camisa se le había abierto y un grupo de monos, inmóviles por encima de ella, le miraba los pezones, que asomaban por los bordes del corpiño. Sabana se cubrió. Ya se disponía a bajar cuando vio algo que le puso los pelos de punta. El capitán estaba tendido boca abajo en el suelo y un tigre se alejaba de él con paso vacilante, como borracho. Sabana despertó a Gil y al guía arrojándoles unos frutos que colgaban por encima de su cabeza y que arrancó sin ruido, pero ninguno de ellos se animó a bajar: el tigre volvía sobre sus pasos. Era inmenso.

El tigre dio unos pasos en dirección al capitán y se detuvo. Alzó la cabeza, una acción en la que pareció haber invertido el máximo de energía, y la sostuvo un momento en alto hasta que ya no pudo más y la dejó caer, golpeando el suelo con el hocico. Después de tomarse un respiro, giró y empezó a alejarse otra vez. Sabana lo vio chocar contra un árbol, corregir el rumbo y tropezar con sus propias patas antes de perderse por fin en la espesura. Entonces bajó del árbol.

—¿Se fue? —le dijo el capitán, todavía inmóvil en el suelo.

Había tenido al tigre encima. Para convencerse de que seguía vivo se miró los tatuajes: ninguna línea se cortaba, ningún trazo se interrumpía. Estaba entero. El guía, aterrado, dijo en su dialecto una frase que, aunque incomprensible, claramente los instaba a huir. Lo siguieron. “O comió demás, o comió algo que no debía”, le comentó Gil a Sabana en el camino de regreso, refiriéndose al tigre. Sabana lo dejó pasar, literalmente: se detuvo y Gil siguió adelante solo. Ella aguardó a que el capitán, que venía detrás, la alcanzara, y reinició la marcha caminando a su lado.

“¡Dios mío, me pasó la lengua por la nuca!”, repetía el capitán. Caminaba tres pasos y se daba vuelta a mirar. Parecía inconsolable, y al mismo tiempo fascinado. Los tatuajes eran más intensos ahora que él estaba pálido, en especial un sol negro con rayos azules y verdes, y un águila y el nombre de una mujer sobre el hombro y la tetilla izquierdas. En determinado momento le preguntó a Sabana por qué era tan grande su interés en “ese tal Saupol”.

—¿Quién le habló de Saupol? —dijo Sabana.

—Gil.

—¿Gil? ¿Qué Gil?

—El joven periodista rubio.

En efecto, Gil leía una y otra vez los informes sobre Saupol, así que no podía evitar hablar del tema. De hecho, lo primero que hizo cuando llegó al lanchón fue abrir la carpeta, mientras el capitán ponía el motor en marcha y el guía se encaramaba en la popa, fija la vista en el río.

Sabana se le acercó, le arrancó la carpeta de las manos sin violencia (ya había abusado sexualmente de él y ya conocía su nombre) y se puso a leer, contagiada por el fanatismo de Gil.

En el fondo Sabana era, aunque feroz, una irresponsable: había leído los informes una sola vez, en Río, la noche que Tom le entregó la carpeta, y no había vuelto a hacerlo desde entonces. Se consolaba pensando que su tarea consistía en encontrar a Saupol, no en comprender las razones de su estafa. Tom ni siquiera le había pedido que lo llevara de vuelta; con una foto alcanzaba. Gil debía entrevistarlo y grabarlo, y escribir un relato -largo, en la medida de lo posible- que firmaría Tom, el biógrafo del escritor, el amante de su viuda, el paranoico detrás de la verdad.

Sabana leyó:

> Mauro Saupol nace en el seno de una familia de clase baja, hijo de Joao, barman, y María, árbitro de fútbol femenino. Ingresa en el colegio militar Milton Rey, de Río de Janeiro, de donde es expulsado apenas dos meses después. Para su padre este hecho es una gran decepción, pero no para Mauro, quien a la sombra de los tanques que adornan los jardines del colegio ha empezado a escribir poesía, descubriendo una vocación que ya no lo abandonará nunca y por la que habrá de convertirse en objeto de estudio y discusión cultural. Sus padres quieren que sea, si no militar, al menos abogado. El joven Saupol se muestra intransigente. Está determinado a entregarle su vida a las Letras. Lee una y otra vez el poemario *Siddhartha*, de Herman Hese (o Hesse). Su padre lo castiga a diario y con dureza. Como resultado de una de aquellas golpizas el joven Saupol es internado en un hospital, donde se debate entre la vida y la muerte. Tiene la entereza de no delatar a su progenitor, acusando a un grupo parapolicial que, por el largo de su pelo, lo confunde con un rebelde. Curado (teóricamente), tres semanas después le dan el alta y regresa a la casa paterna. Ahora todo marcha sobre ruedas. Mauro sonríe, se levanta temprano, busca trabajo, lleva a la cocina su plato después de cenar. Toda una etapa se pierde en este punto… Lo reencontramos en compañía de los miembros de una incipiente comunidad hippie: artesanos, vagos, músicos, etcétera. Son los años sesenta. En el mundo ha estallado el movimiento rok (*sic*).

Mauro consume drogas y deambula por las calles con una guitarra al hombro. Junto a Chico Malalo compone y graba una canción que se convierte en un hit underground: *Lavanda*. En 1973, Mauro y Chico ingresan a una comunidad autogestionada que propone vivir por fuera del sistema y, con cierta lógica, Mauro se inclina hacia la magia y el espiritismo. En ese período escribe y mimeografía (y vende en las calles) una revista (se adjunta ejemplar) titulada *Brrr*, en favor de la despenalización de la marihuana. Es encarcelado. Y no solo él, también Chico, que aparentemente lo acompañaba en todo. Allí en la cárcel se pelean, sin embargo, y no hay noticias de que hayan vuelto a reencontrarse desde entonces. Saupol es liberado catorce meses después. Con solo veinticinco años de edad, decide que ya ha sufrido demasiado y se enamora de la hija del gerente local de Sony. Era hora de tener, como quería su padre, una vida normal. Pero la relación amorosa no prospera. Apenas unas semanas luego de su inicio, Mauro ya está otra vez solo. Decide volcarse de lleno a la literatura. La decisión está tomada y es firme, pero ahora tiene que escribir. ¿Qué? Un libro. Sí, tiene que escribir un libro; basta de collares y canciones. Se propone escribir un libro serio y cargado de verdades y emoción. Y escribe *El heredero*, que no publica todavía. Abre un pub de mala muerte en San Salvador de Bahía (*Pub Pub*), supuestamente financiado por la cantante María Olim, con la que contrae matrimonio. La pareja viaja a Florencia, Italia. Allí visitan la catacumba de Priscilla, donde Saupol tiene una visión: ve la figura de un hombre al que años después (ya viudo) encuentra en una cafetería de Bruselas, Bélgica. Saupol se le acerca. Conversan. El hombre le revela la ubicación de una caverna medieval en España y otra en el sur de la Argentina, ambas secretas, aparentemente magnetizadas y capaces de activar el máximo de poder espiritual latente en personas como él. Un año después escribe *La ida*. El libro narra sus experiencias en el interior de las dos cavernas. ¿Su tema? Todos los hombres son extraordinarios. Paga una edición de autor. *La ida* es un fracaso, pero Saupol no se deja desanimar. Escribe y tira, escribe y tira. Mientras tanto, estudia astrología y quiromancia y realiza un curso intensivo sobre fenómenos paranormales con un tal Uki Camacho (se adjunta fotografía). Asiste a un seminario sobre el poder curativo de las piedras. Toma clases de batería y percusión, hace yoga y capoeira. Todo lo abandona. Él mismo ha declarado que “tenía un sueño y estaba dispuesto a realizarlo”, pero no acierta por dónde seguir. Una tarde recuerda el manuscrito de *El heredero*. Contento de

haberlo encontrado (y de lo bien que queda después de unas pocas correcciones a mano alzada allá y aquí) lo lleva a una pequeña editorial carioca, arrugado, lleno de tachaduras y manchas de vino y de café. Paga también esta edición. El libro vende 300 ejemplares. En 1992 es reeditado por Mirko Suaya. En menos de un mes ya había agotado la primera edición (2000 ejemplares). En los quince días siguientes agota la segunda. Era, según palabras de Saupol, un libro simbólico, un libro que "habla de la puja por sacar afuera el don". Resultado: *El heredero* se vende como pan caliente. De hecho, es el libro más vendido del idioma, según *Folha de Letras*. La editorial neoyorquina Harper Guffin publica una edición de 30.000 ejemplares, la mayor tirada inicial de un libro sudamericano en los Estados Unidos. El director de marketing de la editorial, Paul McLyndon, presenta la segunda edición del libro diciendo: "No lo podía creer. Revisaba una y otra vez los números de las tiradas y las ventas y no lo podía creer". Saupol está feliz. "Es un momento increíble", dice en su discurso de agradecimiento. El éxito de *El heredero* en Estados Unidos marca el inicio de una carrera internacional. Britney Spears declara en una revista alemana: "*El heredero* es un libro precioso". El Grupo de Editores Populares afirma que *El heredero* ha sido el libro mejor vendido durante el año 2000 en España. En 2001 se funda la MSC (Mauro Saupol Collection), creada con la suma de *El heredero* y una versión ampliada y corregida de *La ida*. La MSC supera el millón y medio de copias. El editor danés de *El heredero* comenta: "Es un impacto". "En cualquier lugar donde uno ponga un dedo, encontrará poesía y filosofía", aseguran en toda Francia. En abril de 1995 (perdón por el desorden con las fechas) la editora alemana le escribe de puño y letra: "¡Estamos primeros!". Ese año Saupol cobra un anticipo de 1.000.000 de dólares por *El espejo celeste*, que consolida su carrera internacional. El Ministro de Cultura galés lo nombra Caballero de las Artes y las Letras. Por su próxima obra, *Nunca digas dónde*, una novela simbólica en todo sentido, ya que además del tema y de la historia consta apenas de cincuenta páginas en cuerpo 26, cobra un anticipo de 3.000.000 de dólares. *Nunca digas dónde* repite el éxito de sus obras anteriores y lo vuelve directamente sensacional. Saupol ya es un fenómeno de masas. En la Feria del Libro de Frankfurt firma ejemplares durante horas, mientras decenas de autores consagrados se van a dormir. En París se realiza una cena en su honor en la sede del Ministerio de Cultura a la que asisten centenares de personalidades, en su mayoría periodistas de interés general.

"Todos venimos del mismo rayo y somos parte de su misma luz", dice Saupol sin levantarse de la mesa, ante un auditorio infinitamente silencioso y expectante. La crítica lo aplaude a rabiar, incluido el famoso columnista italiano Umberto Eco, que declara: "Me ha conmovido". Barbra Streisand asegura que *Nunca digas dónde* es el mejor libro que he leído en la vida. Saupol presenta sus obras en Dresde, Budapest, Copenhague, Oslo, etcétera. En 1999 es distinguido con el prestigioso "Award and Award". Según el Banco Mundial, la contribución más importante de Saupol ha sido "reducir la incredulidad general con el poder de la palabra". En el año 2000 muere su padre. No hay registros de pena ni dolor. Se sospecha que ni siquiera viajó al entierro, y que el hombre que lloraba desde cierta distancia en el interior del Rolls de vidrios oscuros era en realidad un asistente cuya tarea consistía en engañar a la prensa, además de a su propia madre (de la que huyó precipitadamente cuando la vio acercarse). En octubre de ese año viaja a Sri Lanka para internarse en el Centro de Limpieza Interior Aií. Durante un mes entero no bebe más que agua y no come más que arroz (aunque reconoce haber fumado a escondidas como un demente). En diciembre visita Suiza y Suecia, y también Viena, donde sus libros han sido un enorme éxito de ventas. El dueño de la cadena de librerías más importante del país murmura ante las cámaras su ilusión de que "algún día la gente haga colas tan largas para ver a un escritor vienés". Viaja a Hiroshima, donde da una conferencia, y a Nanking, donde da dos. Cada vez que sale a la calle es aplaudido. Recibe el premio Alce 2001 en Múnich, Alemania. Durante un reportaje público en Varsovia, Polonia (octubre de 2002), en la sala colmada del auditorio del Palacio Dansk, amenaza con publicar un libro al estilo de *Plegarias atendidas*, del autor norteamericano Truman Capote. Ante la pregunta que le realizan inquiriendo por el título del libro, responde: *Profundo y expeditivo*. El grueso de los presentes festeja la ocurrencia con sonoras carcajadas. Saupol, ofendido, abandona la sala. Los treinta días de agosto de 2003 son particularmente intensos. Hace un…

Sabana pasó de largo dos páginas repletas de números y nombres ignotos y encaró el final.

…oficialmente postulado al Premio Nobel. Tras el anuncio y a lo largo de esa noche hace repetidas veces el amor (según su propio testimonio) con una bella mujer mexicana de origen alemán llamada Ingrid, de la que ya no se separará. Rechazado

por la crítica literaria de élite, que lo vapulea, publica un largo artículo (se adjunta ejemplar) en el que expone su visión del arte en general y de la literatura en particular. El artículo concluye diciendo: “Vivir y dejar vivir”. Pero la confrontación se intensifica y adquiere dimensiones de escándalo nacional cuando Saupol insulta violentamente en la televisión a sus detractores con nombre y apellido. Viaja a Rusia, donde se han vendido 150.000 ejemplares de sus libros en solo cinco días. El director ejecutivo de la cadena KRUC declara: “Nunca he visto a tanta gente con tal deseo de leer. Colas y colas y más colas de lectores. Esto es verdaderamente asombroso”. Visita Helsinki y Estocolmo (2004) y participa de fantásticos eventos tradicionales, donde es el centro de atención. En el programa televisivo Book vomita al aire (es decir en cámara). El programa no es emitido, pero sí editado y distribuido clandestinamente, vendiendo miles de copias cada día. Su presencia en los medios de comunicación es constante. Algunas de sus frases…

Sabana levantó la vista. El lanchón acababa de encallar en un banco de arena.

El capitán exigió el motor hasta hacerlo chillar, pero el lanchón escoró a un lado y a otro sin avanzar ni retroceder un solo centímetro; era mejor esperar el cambio de marea.

Empezaba a oscurecer. Sabana guardó el informe sobre Saupol en un bolso de nylon y fue en busca de Gil. Le pidió el mapa. Después, hasta que la oscuridad le impidió ver, lo estudió con atención, tratando de ubicar el mundo en su representación: el islote boscoso que tenía detrás y el recodo de adelante, a menos de cien metros de distancia, donde el río se angostaba.

Era más fácil perderse en ese río que en un desierto. No había dos metros que fuesen iguales. La jungla, sirviéndose de muy pocos elementos -árboles, agua, barro, arena-, barajaba un millón de formas distintas, siempre nuevas, únicas y cambiantes, imposibles de recordar.

“Ah, qué bonito”, se dijo de pronto Sabana en tono de reproche, mirando al capitán, que había armado un cigarrillo de marihuana y fumaba bamboleándose en la proa a la luz de la luna, menos plateada que nunca. Gil hacía chasquear los dedos rítmicamente mientras el guía emitía un bajo gutural, echando el mentón hacia adelante y contrayéndolo después a toda velocidad. ¿Habían enloquecido o estaban asustados? Probablemente las dos cosas a la vez, se dijo Sabana, porque la luna hacía que todo pareciera tranquilo y en calma y al mismo tiempo era imposible sustraerse a su costado espectral, que

avanzaba sobre ellos milímetro a milímetro, lleno de intenciones y propósitos conscientes. Algo parecido había advertido la tarde anterior, durante un tramo en el que la corriente era tan fuerte que el capitán apagó el motor para dejarse llevar: en determinado momento el guía irguió la espalda y clavó la vista en la espesura, sobre la margen izquierda, como si acabara de ver algo; no era nada, o nunca se enteraron. Pero la imagen a la que de inmediato tradujeron la inquietud del guía (un desplazamiento ágil y sutil entre los árboles, con forma humana, y con una lanza en la mano) fue tan viva que empezaron a hacer un ritmo con los dedos y la garganta y el capitán a bailotear. Fue un segundo, pero ahora se repetía. Ella, sin embargo, era la única que lo notaba; el capitán, el guía y Gil ni siquiera eran conscientes de haberse movido. Estaban convencidos en partes iguales de que no pasaba nada y de que algo pasaba, con la particularidad de que ese "algo" era algo obvio, algo que ya sabían y con lo que tarde o temprano esperaban encontrarse: salvajes. ¿Los habían descubierto? ¿Los estaban acechando?

El cambio de marea levantó el lanchón, como alzándolo en brazos, y lo sacó del banco de arena. Pusieron rumbo hacia la margen derecha; el canal era más profundo de ese lado y, a juzgar por las señales de amenaza que habían percibido en la margen izquierda mientras estuvieron encallados, era mejor apartarse y encarar el recodo por allí.

El sol no había salido todavía, pero estaba cerca, apenas por debajo de la línea del horizonte: la única luz visible era un reflejo de piedras preciosas en la palma de su mano recién abierta, como en una habitación a oscuras. Una luz tan débil que el capitán encendió su pipa con la intención de ayudar. Al mediodía ya estaban lejos.

El río se ensanchaba y angostaba caprichosamente, enroscándose siempre. Ahora que empezaban a tener la sensación de profundidad, más que la de estar alejándose, experimentaban el efecto general de la misión: entrar en territorios ignotos, hacer contacto con tribus detenidas en el tiempo, con las que nada era posible más allá de un éxito en simpatía; todo era amenazante. A veces la inmovilidad era completa: ni el agua, ni el aire, ni las hojas de los árboles se movían; a veces se agitaba un sector de la selva, nunca toda, como ante vientos tubulares, y en la superficie del río aparecían inmensas trompas de remolinos que debían esquivar con rápidas maniobras.

El capitán solía jactarse de su habilidad para sortear remolinos, con un gesto: echaba la cabeza hacia atrás y, cerrados los ojos, se bronceaba durante cinco o seis segundos, como si la amenaza no fuera más que un episodio puramente descriptivo, que él acababa de evitar. Sabana empezaba a verlo como a un imbécil. Odiaba el tono de su voz, odiaba su cara, el brillo de su piel, y si lo hubiera tenido cerca en

un lugar distinto hubiera odiado también su olor. Gil no se quedaba atrás, aunque iba siempre sentado a popa.

"Pobre chico", pensaba Sabana. "Quién sabe cuánto le pagan".

Gil era apenas el *ghostwriter* de Tom, un siervo a sueldo. El guía le parecía menos infeliz, pero más asustado. ¿Qué sabía?

Una noche Sabana se acercó a él y no le preguntó nada. Eso fue suficiente. El guía le dijo que estaba todo bien. Esa banalidad, después de un minuto de silencio, redundó en una larga charla sin sentido, de la que Sabana sacó en limpio que no estaba asustado sino atento: había hecho ese mismo viaje una decena de veces, pero nunca había llegado hasta el punto en el que navegaban ahora; el territorio, desconocido para ella desde el comienzo de la expedición, se hacía desconocido también para él. Debía prestar atención. De modo que la suya era una atención nueva, fresca, en tanto que la atención de los demás, incluida la de Sabana, según le dijo el guía en un susurro, estaba anestesiada por el hábito. Por eso él *parecía* asustado.

En la mañana del día siguiente, apenas una hora después de reiniciada la navegación, entraron a una zona de bruma liviana y extrema que les permitía ver con toda claridad a treinta centímetros de distancia pero que a partir de allí, ni un centímetro más, ni un centímetro menos, parecía infinita. El silencio era total. Lo único que se oía, se oía en la memoria; el motor, que el capitán había apagado un minuto atrás, ya que estaban en un tramo poco profundo -un tramo que prefirió estudiar un poco allá y aquí con el palo de fondeo antes de continuar-, se oía menos que su propia respiración. Y entonces un chillido hizo que los hombres agitaran espasmódicamente las cabezas. Sabana enderezó la espalda. A ese chillido, después de una larga pausa, le siguió otro, y otro, y otro más, y aunque la sucesión de chillidos guardaba una cierta periodicidad, a veces se trataba de un solo chillido y a veces de decenas de chillidos simultáneos. Cuando dejaron de escucharse, quedó flotando la impresión de que no habían sonado nunca.

Sabana le preguntó al guía de qué se trataba. El guía fingió no haberla oído.

Una hora después la niebla se disipó. Ahora, como cualquier otra especie ante un cambio de luz, tenían hambre.

El hambre no era un problema de la misma índole que el de la luz, que pasaba de enceguecerlos a dejarlos ciegos; los estómagos apretaban sin sutileza. Ahora el "más" y el "menos" de las provisiones, racionadas de antemano -aunque ninguno de ellos había cumplido nunca-, daba qué pensar. Nadie había pescado, ni una sola vez. Ni siquiera lo habían intentado. El río bullía de peces; de tanto en tanto, incluso, alguno de estos peces (opacos, como sucios, de grandes ojos ovales) salía del agua y, antes de hundirse otra vez, parpadeaba en

cámara lenta. Hubieran podido atraparlos con solo estirar una mano, o solo con pensar en hacerlo.

Comían lo que habían traído de tierra, como reyes, sin preocuparse por el futuro y sin considerar que, así como había una diferencia entre ellos y los reyes, había una diferencia entre la extensión del río dibujado en el mapa y la extensión del río real; de hecho, no llegaban nunca. El hambre era lo que se los hacía notar.

Pero la zona de los peces voladores lentos había quedado atrás. Sus estómagos se retorcían; hacía rato ya que sus estómagos eran lo único que se movía en el lanchón y sus alrededores. Silencio, quietud total. De tanto en tanto, como un recorte de la realidad que de pronto se pone en movimiento, un cocodrilo salía de la espesura y se sumergía en el río sin romperlo.

El guía mató a uno con el fusil. En el acto, decenas de cocodrilos aparecieron de la nada y se pusieron a pelear por el cadáver, destrozándolo en un bullir de agua ensangrentada. Una piraña (o decenas de pirañas idénticas) saltaba una y otra vez atravesando la película de la superficie como una esquirla, o como una escama del cocodrilo despedazado.

En ningún momento Sabana pensó que el guía había matado al cocodrilo por diversión, sino para comérselo, y que si era capaz de comerse un cocodrilo crudo, perfectamente podría comérsela a ella. Después de todo, se dijo, es un caníbal. Mientras no tuviera hambre, los guiaba, y haría de intérprete cuando encontraran la tribu en la que estaba Saupol, pero era lógico que el escudo protector de su función de traductor fuera evaporándose con la aparición del hambre, dejando al caníbal otra vez en libertad de acción.

Gil abrigaba la misma suspicacia que Sabana, e incluso mayor: era más blanco que ella, era menos musculoso, menos fuerte, y sus facciones, a pesar de que tenía unos treinta o treinta y cinco años de edad, eran todavía apetitosas, casi juveniles, el extremo opuesto a la red de cicatrices de la cara de Sabana, en la que ella ocultaba su temor.

Mientras los cocodrilos hacían girar por turnos el cadáver, desmembrándolo, el capitán le arrancó al guía el fusil de las manos; estaba tan enojado que amagó llevárselo a la cintura, como si se tratara de una pistola. Si había alguna tribu cerca, sin duda habían oído el disparo. No le extrañaría vadear el archipiélago que tenían adelante y encontrarse de pronto rodeado de canoas atiborradas de pigmeos con cerbatanas y dardos envenenados. Dejó el fusil en el suelo y se concentró en el timón.

Una nube rosa, mezcla de sol y gasoil, se levantó cubriendo la embarcación; se alejaron rápido de allí.

Por la tarde un pájaro salió volando de abajo del agua sin que lo

hubieran visto sumergirse antes… El último punto navegable, meta de la expedición, debía ir haciéndose evidente en la medida en que el paisaje se fuera enrareciendo (confiaban en eso), pero lo cierto es que no empezaron a acercarse verdaderamente al objetivo hasta que dejaron atrás las rarezas del mundo natural.

Esa misma noche, quizá afectado por la brusca normalización del paisaje, Gil se masturbó en la cabina fingiendo que maniobraba el timón mientras el capitán dormía boca arriba en el suelo, con las piernas muy abiertas. Todo había cambiado. Ahora la luz, tanto la luz de la luna como la luz de la mañana, daba de pleno sobre ellos, como si acabaran de salir de un túnel.

El río fluía suave, lento, sin sobresaltos. El sonido del motor del lanchón se acoplaba al entorno con naturalidad, como el motor de un camión en una ciudad, y los pájaros saltaban de la copa de un árbol a otro peleándose a muerte por nimiedades. Tenían la impresión de haber navegado en círculos y de haber llegado de nuevo al punto de partida. Gil se acercó a Sabana y le hizo el mismo comentario banal que le había hecho al partir; por milésima vez desde que lo había conocido, Sabana no le prestó atención. Y en ese momento el guía soltó un alarido, señalando con el índice de las dos manos a la vez una lluvia de flechas. Eran miles, miles de flechas de un centímetro de largo, ahora de cinco, ahora de diez. Sus puntas de piedra pulida, seguramente envenenadas, resplandecían al sol; sin ese efecto, se hubiera dicho que acababa de oscurecer, a tal punto lo cubrían todo.

Las flechas venían desde la margen izquierda, donde el cauce del río era menos profundo, pero el lanchón navegaba por la orilla opuesta; esa casualidad, sumada a la perspectiva, les salvó la vida: el lanchón tenía un techo de chapa de un metro y medio de altura, debajo del que sus tripulantes debían andar siempre medio encorvados, de modo que las flechas, disparadas hacia arriba desde varios metros de distancia, describían una comba perfecta, calculada por instinto, e iban todas a clavarse en el techo: un disparo en línea horizontal desde esa distancia era imposible. Ninguna flecha dio en el blanco.

Tampoco dio en el blanco el capitán con el fusil, aunque no podía estar seguro de eso, ya que disparó a la espesura como un loco en la oscuridad. Dejó el fusil a un costado y forzó el motor al máximo, una vez más.

Una larga serie de siluetas pintarrajeadas de blanco y oro (o completamente pálidas y lavadas, en las que el reflejo de las flores imprimía su color) se deslizaba a lo largo de la orilla, por entre los árboles, a la misma velocidad del lanchón, sin perderlos de vista, disparando siempre. Disparaban sin detenerse, disparaban en movimiento. Quizá se detenían un segundo antes de hacerlo, pero la fe

que tenían en dar en el blanco eran tan grande que parecían volar. La lluvia de flechas no cesaba nunca. O se trataba de una tribu numerosa, o eran pocos y se habían dispuesto en fila india a lo largo de la orilla, relevándose a la carrera unos a otros, como en un sistema de postas; fuera como fuese, las flechas no dejaron de caer hasta una hora después del comienzo del ataque.

Enseguida (a menos de un segundo del fin del ataque) Gil le quitó la tapa a su petaca, acodado tranquilamente a babor; Sabana lo miró deseando que, después de lo que habían pasado, no se le ocurriera contarle cosas de su vida: Gil era de esa clase de personas que jamás padecen lo que disfrutan, que disfrutan limpiamente, como si no supieran nada sobre nada, a lo grande. Aterrado hasta apenas un segundo atrás, ahora vivía con plenitud la suerte de haber salido ileso. Le pasó la petaca a Sabana, luego de un largo trago insonoro. Sabana la aceptó indiferente, casi con desprecio.

Era todo tan preciso, de pronto estaba todo tan bien definido, que tuvieron la sensación de conocerse desde mucho tiempo atrás (y de haberse evitado desde entonces, con la misma intensidad con la que lo hacían ahora). La única diferencia entre ellos era que Gil quería hablar y Sabana, beber callada. El cielo estaba lleno de estrellas muertas. Millones de ranas festejaban el fin del conflicto gritando todas a la vez. Gil despegó los labios para decir algo. Casi en el acto, como si la realidad entera (una realidad todavía no tomada por ninguna escuela) saltara para ordenarle que no lo hiciera, cerró la boca. Frente a ellos, de pie en una canoa, en perfecto equilibrio, apareció un enano pálido y completamente desnudo, completamente inmóvil, sujetándose de una lanza clavada en el lecho del río.

El capitán soltó el ancla; tenían que detenerse: el salvaje había cruzado la canoa en un punto donde el río se angostaba, cerrándoles el paso.

Se agruparon en la proa y durante largo rato lo observaron en silencio, bamboleándose al ritmo de la corriente. Era flaquísimo, de piel gris. Las órbitas de sus ojos emitían un destello rubí; daban la impresión de ser lo único húmedo en todo su cuerpo. Sabana le indicó al guía que le hablara.

El guía pensó un segundo y dijo algo breve, en tono grave, empujando la voz. Por toda respuesta el salvaje sacó la lanza del agua, en la que había media docena de peces ensartados, y la extendió hacia ellos. “¿Qué le dijo?”, preguntó Sabana. “Que estamos muertos de hambre”, le contestó el guía, estirando una mano hacia los peces.

El ademán del guía fue de lo más curioso, porque los separaba una distancia de varios metros; era imposible que alcanzara los peces con la mano, y aún así lo intentaba, lo intentó una y otra vez. El salvaje, por su parte, no adelantó la lanza un solo milímetro, al contrario,

encogió un poco el brazo, como si le mostrara los peces para desafiarlo a acercarse, más que para invitarlo a comer. El guía no se dio por vencido hasta que el salvaje bajó el brazo. Entonces le mencionó a Saupol.

"Saupol" no le decía nada. El salvaje negó con la cabeza (que creían completamente rapada), dejando a la vista una larga trenza negra, pero permaneció callado e inmóvil cuando el guía, a instancias de Sabana, repitió la pregunta sustituyendo el nombre del escritor por la expresión más específica de "hombre blanco". En el acto les llegó un vocerío desgarrador, una combinación de lamento, angustia, protesta e impotencia desde los árboles a ambos lados del río. Estaban escuchándolos. La tribu entera había seguido el diálogo palabra por palabra desde sus frondosos escondites. El guía le preguntó al salvaje qué decían, y el salvaje, por primera vez desde que se habían encontrado, habló y habló y no dejó de hablar hasta que lo dijo absolutamente todo. Después se dedicó a reestablecer su equilibrio en la canoa mientras Sabana escuchaba la traducción: "No quiere que se lo lleven".

¿A quién? Al hombre blanco, por supuesto. Era evidente que nunca habían oído hablar de Saupol, pero había una posibilidad -una posibilidad en dos- de que se tratara efectivamente de él, que se hacía llamar de otra manera, o al que los salvajes habían bautizado con otro nombre. La segunda posibilidad -un hombre blanco cualquiera raptado por ellos, o afincado allí por su propia voluntad, un antropólogo canadiense, por ejemplo- no tenía ningún sentido. Debía tratarse de Saupol. Después de lo que habían pasado, estaban incluso dispuestos a matarlo si no era él.

"Aquí vive Mauro Saupol. Socorro, socorro". Saupol trabajaba en la última "o" del segundo "socorro" cuando de pronto Irina, que se le había acercado por detrás, le tapó los ojos con las manos. "¿Quién soy?", le dijo. "Irina, mi amor", respondió Saupol con voz cansada.

Irina lo soltó y se puso a mirar lo que había escrito. No sabía leer, así que la frase no tenía ningún sentido. Pero se fingió admirada con el tesón de Saupol (su adorado Jan), que desde varias semanas atrás golpeaba una piedra afilada sobre un obelisco de mármol en la entrada al palacio, dibujando gusanos mordidos.

Saupol nunca había trabajado tanto en la construcción de una frase. En mitad del segundo "socorro" pensó que la repetición era totalmente innecesaria, pero ya había invertido la mañana entera en la primeras cuatro letras de la palabra, así que siguió adelante, arrepentido en parte y en parte convencido de la necesidad de completarla; borrar era romper, literalmente, arrasar, y no quería que si alguien, algún día, se topaba con su talla, pensara de él que había

dudado y corregido una simple voz de auxilio. Soltó la piedra y caminó a la par de Irina.

Iban a la Choza del Fuego, como solo él la llamaba, una construcción enorme, vagamente circular, en la que desde hacía ya varias semanas los nativos mantenían vivo el fuego que les había enseñado a encender, turnándose para soplarlo o apantallarlo. La tarea no tenía sentido, porque efectivamente habían aprendido a encenderlo (podían dejar que se extinguiera y encenderlo de nuevo cuando les hiciera falta), pero se aplicaban a su cuidado como si no fueran conscientes de saber lo que sabían. Durante el trayecto, Irina no paró de hablar y Saupol de asentir con la cabeza. No entendía una palabra de lo que decía, excepto por el tono, por la modulación de su voz, o por los gestos: abría los brazos, alzando la cara al cielo, y se acariciaba el vientre. Saupol interpretó que Irina quería un hijo.

Ella tampoco entendía nada de lo que decía él. Pero Saupol hablaba poco y gesticulaba menos, así que Irina no tenía de dónde agarrarse. “Irina”, “mi amor” y “la concha de la lora” eran casi las únicas tres cosas que él repetía con cierta regularidad. Irina sabía que “Irina” se refería a ella (ella misma le había dicho que se llamaba así, además) y que “mi amor” era un sonido que expresaba ternura y sometimiento. El resto era incomprensible. Saupol, a su vez, lo único que sabía era que lo llamaban “Jan” (y ni siquiera estaba seguro de eso: podía ser “Ian” o “Yan” o incluso “Ya”). No obstante, Irina no dejó de hablar y gesticular y Saupol de asentir hasta que llegaron a la choza.

El lugar estaba lleno de humo. Un nativo apantallaba el fuego con una hoja de banano, otro arrojaba palos a las llamas, dos más tendían en el suelo una esterilla y un grupo de diez, en el que había menos hombres que mujeres, carneaba un hipopótamo inmensamente morado. Todos se pusieron de pie al verlo entrar. “Bueno”, se dijo Saupol mirando al animal, “por lo visto no era un hijo lo que quería” y “he comido cosas peores”. Hizo un gesto con la mano indicándoles que podían continuar y fue a sentarse en el fondo de la choza, donde el humo era más espeso, sobre unas pieles. Irina se sentó a su lado.

Apenas un momento después entró el rey. Ocupó sus lugares junto a ellos -nunca ocupaba un solo lugar sino el lugar de tres hombres, echándose de costado, apoyado sobre un codo- y, mientras un niño repartía entre los presentes un manojo de espinas de treinta o cuarenta centímetros de largo, delgadas y puntiagudas como estiletes, el rey le dirigió a Saupol una única frase interminable, en un tono que rozaba la sumisión. Irina se sonreía mientras su padre hablaba, pero Saupol ni se dignó mirarlo. Durante el discurso del rey mantuvo la vista fija en el hocico del hipopótamo y solo la levantó para observar al niño cuando este le alcanzó una espina. Era un niño feroz. Lo conocía. Días

atrás él y sus amigos se habían comido una hiena después de matarla a puñetazos. Saupol le arrancó la espina de la mano con un gesto de fastidio. Alguien le acercó una bandeja con un trozo de carne del tamaño de su cabeza. Saupol lo ensartó en la espina y se inclinó hacia adelante para ponerlo sobre las llamas. En el acto, todos lo imitaron. Pero Saupol no los imitó a ellos cuando apenas unos segundos después retiraron sus porciones del fuego para llevárselas a la boca. Él, que les había enseñado a encender el fuego y a dorar la carne, esperó hasta que la suya estuvo completamente calcinada. Incluso el mango de la espina se había calentado.

Los otros ya iban por la segunda o tercera porción. Comían y se contaban cosas y reían como chicos, golpeando el suelo con los pies. Irina estaba fascinada con las extravagancias de Saupol, que masticaba carne carbonizada y debía hacer un gran esfuerzo para tragar, como si algo lo asqueara, y con los relatos y comentarios del resto de los comensales, que se burlaban de él con veneración.

Cada vez que algo le causaba gracia, Irina bajaba la vista y se cubría pudorosamente los labios con la mano libre, pero enseguida volvía a ponerla otra vez sobre la rodilla de su adorado Jan. Estaba siempre en contacto físico con él. Lo agarraba, lo acariciaba, ni por un instante dejaba de tocarlo. Al término del banquete, cuando Saupol salió de la choza haciendo arcadas, ella fue con él, prendida de su brazo, y mantuvo la mano sobre su espalda hasta que terminó de vomitar. Después lo agarró de la cintura y, caminando por entre los integrantes de la tribu que aún no habían comido, lo llevó a su recámara en el palacio, donde le hizo el amor.

Todos los días eran más o menos así, una larga serie de sueños en tiempo real; lo adoraban como a un dios. Y de hecho lo era. ¡Había pasado por tantos cuerpos, había padecido tantos embrujos y transfiguraciones! De príncipe de la montaña invisible a tigre, de tigre a ser humano, de ser humano a despojo y de despojo a dios, distinto cada vez, con otra cara y otro cuerpo y otra piel, pero siempre con la misma luz y voluntad de amar. Esta, sin embargo, era su etapa más difícil, la etapa en la que el dios se asienta en su forma definitiva.

Ninguna de las decenas de brujas que los emisarios del rey raptaron y trajeron desde tribus a veces increíblemente lejanas fue capaz de hacer nada para devolverlo a su forma original: lo escupieron, lo forzaron a tragar pócimas inmundas, lo mantuvieron colgado de los pulgares durante días enteros, le cantaron, se arrodillaron cada mañana ante él, lo bañaron con el producto de sus miembros erectos, le introdujeron una cánula en el ano y soplaron en su interior un líquido resinoso, pero nada de todo eso dio ningún resultado. Al contrario, el ser en el que había derivado Jan estaba más obstinado que nunca en conservar su forma actual; incluso gritaba y

pataleaba.

Ney, el viejo amigo de Irina, se había atrevido, luego de una decena de experimentos inútiles, dolorosísimos para ambos, a confesarle a su querida amiga que Jan había muerto y que él lo había inventado todo; la confesión le costó la vida. Lo ahogaron en un charco de agua sumaria luego de un juicio en el que el pobre Ney no alcanzó a explicar ni la causa de su inventiva (la solidaridad con el dolor de Irina) ni la fidelidad de hierro con que había guardado el secreto. Un negro de frente estrecha le sostuvo la cabeza bajo el agua hasta que Ney dejó de resistirse.

Segundos antes de aspirar el agua barrosa en la que lo ejecutaban alcanzó a decirse que la quería de todos modos y que ya se verían de nuevo en otro mundo, igual de selvático que este y habitado por la misma clase de necios, donde Irina le daría una segunda oportunidad. No importa. Ney desaparece para siempre.

Irina confiaba en las distintas formas de su amado. Para ella era siempre uno y el mismo, o varios y el mismo. La espiral de sus transformaciones no hacía mella en lo que sentía por él: la satisfacía sexualmente, reavivaba su deseo, la hacía soñar, gemir, caminar más rápido, peinarse, adornarse, pensar. Para la tribu, cada vez que Saupol abandonaba el palacio y aparecía tambaleándose en el claro frente a las chozas, salía el sol; todos querían algo de él. Los ancianos, que les tocara la cabeza; los niños, que silbara; las mujeres, sin ninguna connotación sexual, que escupiera en sus morteros, bendiciendo el polvo de insectos y semillas de cada mañana, con el que amasaban entre los dedos una golosina vidriosa que tragaban sin masticar. Saupol no podía negarse a nada; tenía que estar en todo, incluso tenía que estar presente si algún peligro los acechaba, para dejarse proteger. Cada vez que una fiera hambrienta merodeaba por los alrededores lo iban a buscar (Irina se los prestaba de buen grado), lo ponían en su camino y, cuando la fiera saltaba sobre él, la acribillaban a flechazos, salvándolo. Del mismo modo, con la misma naturalidad, era libre de entrar a la choza que quisiera, y su elección resultaba un gran honor para sus ocupantes.

Últimamente, mientras Irina dormía, Saupol, que apenas si había pegado un ojo en meses, iba más seguido que nunca a la choza de una anciana diminuta, que vivía con una niña también diminuta; era el único lugar en el que se sentía en paz. Entraba sin decir nada, se acostaba de espaldas en el suelo y la anciana y la niña se acuclillaban a su lado, una junto a su cabeza y la otra junto a sus pies, y lo frotaban con piedras pulidas. Él se quedaba dormido. Cuando despertaba, Irina estaba allí. Pero a veces no había nadie, ni siquiera la niña o la anciana, y Saupol permanecía largo rato tendido en el suelo, disfrutando del perfume de los miles de pétalos algodonosos con

que lo habían cubierto antes de irse, como con una manta. La choza estaba en penumbras y dos eventos naturales ligeros, una ligera lluvia y una ligera brisa, se combinaban para refrescar el ambiente, en general bochornoso. Casi a diario Saupol debía hacer un gran esfuerzo para ahuyentar de su mente las imágenes de la vida civilizada, que lo lastimaban, pero esta vez se dejó llevar, y paladeaba con la boca entreabierta el recuerdo de sus chapuzones en la pileta de su casa de Leblon. Tenía un truco para no resultar mortificado por los recuerdos: no sintonizaba escenas o imágenes en movimiento; se limitaba a visualizar imágenes fijas, sin sonido, como fotografías. De modo que ahí estaba ahora, congelado en mitad de la pileta, con el mentón sumergido, soltando un chorro de agua a presión por entre los labios.

Miró (recordó) con más atención. Tenía los brazos abiertos y el pelo flotaba sobre su espalda; por detrás asomaba un talón; así que no estaba parado en el fondo, como sugerían sus párpados a media asta, sino nadando. Aunque podía ser que estuviera haciendo las dos cosas a la vez, por más ridículo que fuera: impulsarse con el pataleo de una pierna, mientras se mantenía apoyado en el fondo con la otra. El recuerdo era tan nítido que incluso advirtió una gota de agua en la imagen, como si realmente se tratara de una foto; quizá había salpicado la lente de la cámara con el chorro que escupía por la boca.

En ese momento entró corriendo un joven con una rama en una mano. Estaba alterado. Emitía un sonido gutural y señalaba alternativamente la rama -negra, de puntas quemadas, todavía humeante- y un punto a lo lejos por encima de su hombro. Saupol entendió que se le había apagado el fuego y venía a pedirle ayuda. Se incorporó, sacó un encendedor del bolsillo del pantalón y lo extendió hacia el joven, que lo agarró y partió volando; hacía varios días ya que el grueso de la tribu había salido de caza y podían castigarlo con la muerte si al regresar encontraban el fuego apagado. ¿A causa de la lluvia? ¿Por una distracción? Las dos cosas eran imperdonables.

Saupol se echó de espaldas y trató de concentrarse nuevamente en el álbum de fotos de sus recuerdos. No lo consiguió. Repasó un párrafo de una novela de B. Traven que había memorizado años atrás y que, de no haber sido tan difícil escribir a golpes de piedra en las paredes del palacio, hubiera copiado y firmado sin pudor junto a su último *socorro*: “En cuanto sienta que se aproxima mi fin, me refugiaré como una bestia en la maleza más tupida, donde nadie pueda seguirme. Ahí esperaré la sabiduría infinita con gran devoción y reverencia y volveré, en paz y con tranquilidad, a la unidad de la que surgí al nacer. Daré las gracias a los dioses si tienen a bien saciar con mi cadáver el hambre de zopilotes famélicos y perros abandonados, para que no quede de mí ni siquiera un huesito blanco”. ¡Qué maravilla! Traven había sido un maestro en fabricar falsas noticias sobre su vida.

Había hecho correr el rumor de que él era Jack London, quien fingió su muerte en 1916 para reaparecer convertido en Traven, autor de la célebre *The Treasure of the Sierra Madre*, llevada al cine por John Huston, con Humphrey Bogart.

"Para que no quede de mí ni siquiera un huesito blanco". Era realmente un párrafo perfecto, parte por parte. "Daré gracias a los dioses si tienen a bien saciar con mi cadáver el hambre de zopilotes famélicos…". Se lo dijo una y otra vez, de principio a fin, al derecho y al revés, de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante, en orden y en desorden, como un lector extraordinario, hasta que empezó a oír las voces de los cazadores que regresaban. ¿Eran los cazadores que regresaban? ¿O era el joven ahumado que no sabía cómo usar el encendedor? Regresaban los cazadores.

A juzgar por la excitación del vocerío, los cazadores traían más presas que de costumbre, más de las que podían comer, y eso los desconcertaba; era algo habitual en ellos: menos, o más, era siempre motivo de discusión; *menos* los angustiaba, porque no cubría su necesidad, y *más* los confundía porque la sobrepasaba. El vocerío era tan grande que Saupol terminó por levantarse. Fue hasta la puerta de la choza para ver qué era lo que pasaba y en ese momento, justo cuando estaba por salir, Irina se arrojó sobre él tapándole los ojos con las manos. "Dios mío", dijo Saupol mientras caía de espaldas bajo el peso de una Irina visiblemente alterada. "Dios mío". Había alcanzado a ver a tres hombres blancos -dos varones y una mujer- que avanzaban rodeados de nativos en dirección al palacio del rey.

Los hombres entraron mirándolo todo a su alrededor. Sabana, que acababa de leer el mensaje grabado en el obelisco frente al palacio, apretaba las mandíbulas para contener su excitación: ya no había ninguna duda, Saupol estaba allí. Lo habían encontrado. Lo único que tenían que hacer ahora era fotografiarlo y volver a casa.

Se sentaron en el suelo formando un círculo. Inmediatamente el rey puso ante ellos una fuente repleta con pedazos de carne putrefacta y los invitó a servirse. Excepto el guía, los demás declinaron el convite con gestos hambrientos e idénticas sonrisas de frustración. Acto seguido el capitán le pidió al guía (en voz baja, como si el rey pudiera entenderlo) que averiguara si había alguna fruta fresca a mano, y el rey dijo que sí, que había muchas: "Allá (señalando), detrás del palacio, en los árboles". Y revolvió la fuente con un dedo en busca de algo en particular.

Se hizo un largo silencio. Cruzaron miradas. El rey comía vorazmente, con la generosidad de un anfitrión al que sus visitas sirven de excusa para saciarse. No parecía dispuesto a ordenarle a ninguno de sus súbditos que fuera en busca de las frutas. Incluso daba

la impresión de haberse olvidado del asunto; así que terminó yendo el guía. Su salida dejó el diálogo en suspenso.

Mientras aguardaban el regreso del guía, Sabana enteró a Gil de la inscripción en el obelisco de entrada. Gil hizo ademán de levantarse para ir a fotografiarlo, pero ella lo retuvo poniéndole una garra en un brazo. El rey vio el reloj en su muñeca y soltó una carcajada. ¿Qué le causaba tanta gracia? Imposible saberlo. Sabana se rio con él; después, por las dudas, desprendió la correa metálica del reloj y se lo ofreció como regalo, pero el rey lo rechazó alzando una mano de la que colgaba una tripa agusanada, o un gusano que se había comido la tripa, eso también era difícil de saber; nada tenía forma en la fuente. Ni siquiera la fuente tenía forma de fuente, aunque cumplía esa función. La risa le dio sed. Sacó el miembro, orinó en un cuenco de madera, se lo llevó a los labios, todo sin levantarse, bebió hasta el final y siguió comiendo. Pronto se le unió el guía. Había traído unos frutos enormes, de cáscara porosa y amarilla, que Sabana, Gil y el capitán rompieron rápidamente con las manos; en su interior eran ocres y blandos, y también dulces, y estaban llenos de semillas negras en forma de lágrima. El guía traducía con la boca llena las preguntas de Sabana y las largas respuestas del rey, que no parecía sentir ninguna curiosidad por sus visitas pero que se explayaba a gusto en las respuestas, como si la curiosidad de ellos por él y por su tribu lo estimulara. De tanto en tanto hacía una pausa, sacaba el miembro, orinaba en el cuenco y bebía a grandes sorbos, ansioso por continuar con el relato.

Durante más de una hora Sabana lo escuchó con suma atención, igual que Gil. La mitad de las cosas que dijo el rey no tenían para ella ningún interés (dijo que eran vecinos de una tribu mágica, en una montaña invisible, con poder de teletransportación, etcétera) pero explicaban con toda claridad la otra mitad, referida a Saupol. Finalmente, a una pregunta de Sabana, el rey, ya saciado, se levantó y la llevó en busca de Jan.

Atravesaron el claro a paso rápido, bajo una lluvia de miradas. La tribu entera había salido de sus chozas. Se habían pintado el cuerpo y la cara y permanecían quietos, en cuclillas, apoyados en sus lanzas, o de pie en las elevaciones del terreno, con los párpados a media asta; de algunas bocas colgaba un hilito de baba.

Encontraron cierta resistencia frente a la choza de las mujeres diminutas; en primer lugar Irina, que temía perderlo (perder a Jan) y en segundo lugar el brujo, un hombre todavía influyente al que Irina le había perdonado la vida luego de hacerlo confesar su complicidad con Ney y que desde entonces la apoyaba como un demente. Pero el rey era el rey: los apartó con un brazo y Sabana entró. No se veía nada. La choza era un cono sin aberturas y la oscuridad, al menos en

un primer momento, fue total. Se oía el ronroneo de un insecto atrapado bajo el colchón de pétalos; desde algún lugar le llegaba el silbido de una respiración humana. Cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad vio un bulto en un rincón.

—¿Saupol? —dijo.

La respuesta tardó en llegar: una especie de gruñido, un gemido. Sabana dio un paso adelante, en dirección al bulto.

—¿Mauro? —dijo—. ¿Mauro Saupol?

Saupol asintió en silencio, se reacomodó sobre los pies y su cabeza salió por un instante de la sombra. Era un cráneo más que una cabeza, un cráneo quemado por el sol y cubierto por una delgadísima película de piel que daba la impresión de estar a punto de cortarse. Miraba al suelo, ocultando la cara, y se pasaba una mano por la nuca. Tenía los dedos encogidos, las articulaciones petrificadas y largas uñas que empezaban a enroscarse sobre sí mismas, excepto la del pulgar, que se había quebrado; un jirón de tela sucia y deshilachada envolvía el nudillo del dedo índice.

—Basta… —dijo y volvió a meterse en la sombra—. Va a comerme el corazón…

Temblaba. Sabana oyó el golpeteo de sus dientes. Se acuclilló frente a él, tan cerca que hubiera podido tocarlo con solo extender un dedo. Olía a humo, a estiércol, a miedo, a enfermedad. Sus pulmones emitían un silbido intenso pero lejano, como el de una embarcación a kilómetros de distancia, entre tinieblas. “El corazón”, repitió. Hablaba en hilos de voz. Después de meses sin medicamentos, alimentándose con carne descompuesta y sometido a presiones de toda clase, su debilidad era extrema; tenía que esforzarse hasta para gemir. Dijo que no había dormido en los últimos diez o doce días. Dijo que lo adoraban. Gritó y se rio, siempre con la cabeza gacha. No había entendido nunca una sola palabra de lo que decían; no emitían nunca dos veces el mismo sonido. Lo trataban como a un niño. Si miraba algo, todos giraban hacia allí. “No, por favor”, dijo y se estremeció. “¡El corazón, señala mi corazón!”. Su discurso era inconexo, lleno de pausas, de largas pausas en línea recta, como un sendero que su mente recorría a centímetros del suelo, sin tocarlo nunca y en el que de tanto en tanto, sin embargo, tropezaba. Sabana pensó que había enloquecido.

Le contó la historia completa de Jan, casi con las mismas palabras que había empleado el guía al traducir el relato del rey. Recién entonces Saupol alzó la cara y se adelantó, saliendo de la sombra. ¿Quién era esa mujer? ¿Qué hacía ahí? Se miraron. ¿Había pasado por el mismo horror que él? ¿O era un espejo? ¿Podía una mujer reflejar a un hombre de esa manera, dejar que él viera su espanto en ella?

—¡Sáqueme de aquí! —rogó Saupol extendiendo una mano

mutilada—. ¡Por favor, sáqueme de aquí!

Sabana se echó instintivamente hacia atrás. La nariz de Saupol no era más que un agujero sanguinolento. Le habían descarnado las mejillas, lo que le daba a su cabeza un aspecto de calavera, con los huesos de la mandíbula a la vista; le faltaba el labio inferior (los dientes aparecían apoyados sobre el mentón) y las dos orejas. Irina se lo estaba comiendo.

Tirado boca arriba en el lanchón, con el torso desnudo para que el sol apurase la cicatrización de las heridas (las más recientes: el bíceps izquierdo, la tetilla izquierda, el antebrazo derecho cortado en lonjas), Saupol agonizaba creyendo que dormía, acunado por el ronroneo del motor. Tenía la cabeza llena de imágenes que se traducían solas, en frases clarísimas y extrañas, como: "El perro, que finge venir cansado" o: "Yo, ayer, en short, al frente de mi vida…".

Sabana iba sentada a su lado. No le quitaba la vista de encima. De tanto en tanto se inclinaba hacia adelante y retiraba el paño húmedo que había puesto sobre su frente, lo humedecía y volvía a ponérselo, ahora sobre el cuello, o en el pecho. Gil, sentado a babor, fascinado con el espanto que le producía Saupol, le tomaba una foto tras otra cada vez que Sabana se daba vuelta para mojar el paño en el río. Era consciente de que las fotos no probaban nada; Saupol estaba irreconocible (por eso lo llevaban de regreso, como a una prueba de que lo habían encontrado, más que por compasión), pero no podía sustraerse al impulso de registrarlo: un hombre comido en ceremonias de adoración. De tanto en tanto Sabana exprimía sobre los labios resecos de Saupol (sobre su único labio reseco) el jugo de uno de los frutos que el rey les había obsequiado al partir. Irina no se había resistido; al contrario, se había mostrado totalmente dispuesta al experimento: los blancos se llevarían a Jan y le practicarían su magia -en un centro especializado en brujerías al otro lado del mundo- para devolvérselo reconvertido en el amado original. Creía en todo, así que también creyó en eso y los dejó partir.

"No mueras", le pedía Sabana sin despegar los labios; solo abría la boca para hacer callar con un grito, de tanto en tanto, a los pájaros, empeñados en convertir el regreso en una pesadilla con su trinar alucinado.

Nadie decía nada. El capitán no se movía de su puesto en el timón. El guía, quizá reconsiderando su fe original, se mantenía a su lado en silencio, con la vista fija en el río: quería llegar, pero también volver.

Un chaparrón les permitió llenar los recipientes. En mitad de la noche, mientras dormían, un pez rayado saltó al interior del lanchón, donde se retorció hasta despertarlos. El capitán lo hirvió en una olla al fuego de una garrafa y lo dividió en partes iguales (al guía le dio la

cabeza). Sabana consiguió que Saupol comiera su porción, aún de espaldas en el piso, con los ojos cerrados, muy despacio; en determinado momento creyó oírlo susurrar un trabajoso "gracias".

Al atardecer del día siguiente abrió los ojos por unos segundos. Gil llamó la atención de Sabana tocándola en un brazo; ella, que en ese momento retorcía el paño sobre la borda, giró y alcanzó a ver que los cerraba de nuevo, pero tuvo la sensación de haber sido minuciosamente observada. Le puso el paño en la frente y no retiró la mano hasta que sintió su fiebre a través de la tela: volaba.

El guía desapareció dos días después, durante un descanso, robándose el fusil. El capitán dijo que no había por qué preocuparse: estaban cerca y ya se orientaba solo. No obstante, frente a una isla rodeada de bancos de arena apenas sumergidos, uno detrás del otro, como puntos suspensivos, optaron, luego de discutirlo, por la dirección incorrecta, y durante el resto del día y buena parte del siguiente navegaron por riachos laterales que tarde o temprano volvían a bifurcarse; unos zigzagueaban como serpientes, otros eran tan rectos y angostos como un riel de ferrocarril.

—¿Cuánto te paga Tom? —dijo de pronto Sabana.

Gil, consciente de que estaban en dificultades, iba con la espalda muy derecha, como un suricato, mirando a un lado y a otro, ansioso por captar alguna particularidad del terreno que los llevara de vuelta al cauce principal; se desarmó al oír la pregunta.

—¿Cómo? —dijo.

—¿Cuánto te paga Tom?

—No estoy autorizado a revelar ese dato —respondió con la cara llena de tics, y volvió a su posición expectante. Ya no esperaba reconocer nada en el paisaje sino desbrozar un poco la maleza interna, la red de árboles tejida con lianas y colgajos de toda especie en busca del claro al que apuntaba la pregunta.

—Fracasamos —le dijo Sabana después de un silencio—. Este hombre no es Saupol.

Gil se desarmó de nuevo, pero esta vez no dijo nada: solo tics.

—¿Se entiende? —dijo Sabana sugestivamente, mirándolo con tal ferocidad que Gil se estremeció.

Sí, lo entendía, lo entendía a la perfección. Era un escritor fantasma, y como todo fantasma debía registrar hasta el menor de los detalles del rescate de Saupol para que Tom firmara el resultado del trabajo, alzándose con el mérito de su prosa y embolsando una cifra sin duda muchísimo más alta que la suya.

Sin embargo una cosa era la cifra y otra la prosa. La cifra podía dejarle un gusto amargo en el paladar, pero la prosa era capaz de convertirlo en un traidor. ¿Por qué regalarle a Tom el caleidoscopio

completo de su estilo, que iba (o que iría, cuando se pusiera a escribir) más allá de los hechos, llevando sus observaciones al plano de lo desconocido, remontándose a una época previa a la divulgación física del mundo, como si nadie antes hubiera visto nada ni tuviera ninguna posibilidad de verlo, salvo en sus descripciones, que le imprimirían al relato un halo alucinatorio, una mezcla de transcripción fiel y promiscuidad sensible que sería su marca de fábrica? Eso, ni más ni menos, era lo que se proponía. ¿Era lo mismo que le proponía Sabana, sin saber que ya se lo había propuesto él, pero dándole la posibilidad de llevarlo a cabo? ¿Y por qué no? Volvió a adoptar su posición de suricato.

Y entonces vio pasar a lo lejos, por encima de un muro vegetal, el triángulo de lona de una vela con sus botavaras barnizadas ("y resplandecientes", agregó, ya sintiéndose dueño de lo que veía). El capitán gritó largo rato sin ningún resultado. Gil gritó a la par, y aún más que él.

Saupol se sentó por sí mismo, apoyó la espalda en la banqueta de estribor y preguntó si pasaba algo malo. No daba la impresión de haberse recuperado "de pronto y milagrosamente" sino apenas la de alguien que acaba de despertar. Sabana le dijo que estaban perdidos. Saupol no hizo ningún comentario.

Permaneció mudo, inmóvil, con la vista fija en un punto cualquiera -un punto que parecía moverse por encima del paisaje como una mancha en un ojo y con independencia de él, como en un trance-, hasta primeras horas de la tarde del día siguiente, cuando se toparon con un pequeño destacamento militar. Allí comieron, bebieron e impresionaron a todos. Un chino calzado con largas botas de goma y el torso desnudo le aplicó a Saupol los primeros auxilios. Después de un breve intercambio de preguntas y respuestas -no eran militares, precisamente-, el capitán decidió no abandonar su lanchón y seguir adelante por el camino que le indicaban. Gil, Sabana y Saupol se trasladaron a una lancha con doble motor fuera de borda.

Unas horas después ya estaban de nuevo en tierra firme.

CAPÍTULO 4

Saupol no salía más que para internarse. En esas ocasiones se vendaba la cara, se ponía anteojos negros, se calzaba un sombrero y se abotonaba la camisa hasta el mentón, como el Hombre Invisible. Bastaba con que las hojas eléctricas de la reja de calle empezaran a abrirse para que decenas de cronistas se abalanzaran sobre la trompa del auto que salía.

El cerco periodístico montado frente a su casa llevaba semanas, pero las cámaras fotográficas y de televisión no habían conseguido captar ninguna imagen todavía, aparte de sus propios reflejos sobre el parabrisas polarizado. La cara de Saupol era un enigma nacional, una intriga de cuyo carácter truculento daban cuenta los cirujanos que trabajaban en su reconstrucción: desautorizados a revelar el más mínimo de los detalles, sugerían espanto al sonreír y cuando decían que marchaba todo bien. Saupol era el único que les creía. Se miraba al espejo y, aunque estaba seguro de que no iba a volver a ser el mismo, confiaba en salir bien parado, e incluso mejor. Su optimismo tenía que ver con la literatura, más que con la ciencia: estaba escribiendo.

De hecho, las primeras fotos que alcanzaron a tomarle, varias semanas después de expulsar a Ingrid y de recuperar su casa y su existencia legal, lo mostraban cómodamente sentado en una silla, en short, junto a la pileta, escribiendo en una computadora portátil que mantenía apoyada sobre las piernas. Sí, trabajaba; el odio que había sentido por sí mismo y por su ocurrencia la primera vez que se miró a un espejo pudo haberlo fulminado de no intervenir la literatura, que en ese momento lo envolvió como un escudo protector: “Tengo que contar esta historia”, se dijo. “Lo único que necesito es encontrar a alguien que la escriba”.

Pronto entendió que esa era una tarea que debía hacer él mismo. La oportunidad de que un escritor se convierta en escritor no es algo que ocurra dos veces en la vida. Tenía que aprovecharla.

Escribía. No muy lejos, de pie al otro lado de la pileta, con los pechos al aire y los puños en la cintura, vestida nada más que con la parte de abajo de un bikini amarillo, Sabana estudiaba el movimiento

de los teleobjetivos por encima del muro, entre las hojas. De tanto en tanto Saupol levantaba la vista hacia ella. Tenía un cuerpo espectacular.

—¿Seguro que no te importa? —le dijo Sabana un momento después, sentándose de nuevo a su lado y señalando todavía en dirección a los cronistas con el pulgar.

Saupol, que volvía al presente, negó con la cabeza.

Debajo de una sombrilla, con el sombrero enterrado hasta las cejas, con anteojos y un barbijo cubriéndole el resto de la cara, escribía y, de tanto en tanto, dolorosamente, succionaba un Martini con una pajita a rayas. Escribía, no tenía ningún problema. Excepto que ya había hecho un contrato con Gil, y que Gil, trabajador incansable, estaba bastante avanzado. ¿Por qué había hecho un contrato con Gil? Para no dejarlo en manos de Tom ni del multimedios que había financiado la expedición (aunque la teoría de la farsa quedó inmediatamente desacreditada: no era Saupol el que se había alojado en aquel hotel sino alguien parecido, no era Saupol el que había llamado al teléfono de Ingrid sino un bromista estúpido y perverso, Saupol nunca había estado en aquella ciudad; un hombre al que se habían comido crudo no podía estar mintiendo) pero también para neutralizarlo: la única forma de impedir que el joven periodista rubio escribiese la historia de todos modos, en forma independiente, era (excepto matarlo, por supuesto, pero eso ni se le cruzó por la cabeza) que lo hiciera *para él*, para Mauro Saupol, bajo su auspicio, con información preciosa y siempre fresca al alcance de la mano. Bien. Lo había conseguido. Ahora tenía que despedirlo.

Hubiera sido un error. Enseguida se dio cuenta. Prescindir de los servicios de Gil hubiera sido un error: Gil usaba su libertad como cualquiera (es decir, iba de los brazos de uno a los brazos de otro). Lo que tenía que hacer era justamente lo contrario: retenerlo, estirar, inventar y, mientras tanto, escribir la suya. Sus encuentros de trabajo con Gil podían servirle incluso como ensayos, como una forma de rodear -o de pasearse alrededor de- los hechos, para ver qué había más allá de ellos, en la periferia de la verdad, de esa verdad que él escribiría solo, cada tarde, con su propio estilo, apenas Gil se fuera.

No perdió un minuto y empezó a escribir. Poco tiempo después ya lo había alcanzado y dejado atrás; aunque Gil le llevaba unas cincuenta páginas de ventaja, su texto no terminaba aún de redondear la cena con que las autoridades de la ciudad de X había agasajado a Saupol la noche previa al vuelo fatal -cena sobre la que Saupol, ladinamente, volvía una y otra vez, como un cerdo obsesionado con exquisiteces inagotables- en tanto que en su propio texto, con cincuenta páginas menos y una prosa que daba lástima, ya estaba haciendo el amor con la hija del rey.

Además de su aparente pasión por los detalles y por toda clase de episodios menores y carentes de importancia, Saupol tenía una excusa perfecta para hablar despacio y lentamente, retrasando el fin de la aventura: las intervenciones quirúrgicas a las que se sometía con regularidad, más de diez hasta la fecha, apenas si le permitían abrir la boca. Ni Scheherezade lo hubiera hecho mejor.

De noche, sin embargo, sentado al escritorio, sus siete dedos volaban como locos sobre el teclado, ya habituados a ignorar la presión en falso de los dedos faltantes, los dedos que le había comido Irina y que al principio escribían solos, de memoria, como espectros, dejando a cada rato sus huellas vacías en mitad de las palabras. Así que las dos obras, el texto de Saupol y el texto de Gil, se fueron desarrollando en paralelo, a distintas velocidades.

Sabana, que era incapaz de escribir una nota para decir que salía y que enseguida volvía, hacía rato ya que estaba al tanto de la historia completa de los padecimientos de Saupol. Pero sus caras destrozadas los habían unido aun más que la condición de salvado y salvador.

Saupol le había pedido que se quedara con él y, en agradecimiento por no haberlo abandonado en la jungla, le pagaba una batería de cirugías plásticas, de modo que los dos pasaban a veces días enteros con las cabezas cubiertas.

Por las noches, sentados en la sala, con las luces bajas, escuchaban música, los dos en bata, como en suspenso, aguardando sus respectivas cicatrizaciones. Cuando ese día llegaba, la ansiedad con la que uno miraba al otro mientras se quitaba las vendas frente al espejo era notable; el crick y crack de sus almas retorciéndose como nudillos podía escucharse con toda claridad. El resultado les parecía siempre bien, y era motivo de infinidad de acotaciones minuciosas sobre el trazado de una línea, sobre el relleno de una mejilla, que solían derivar en charlas de lo más dramáticas o triviales. La belleza perdida de Sabana era un tema recurrente.

—Sí —decía ella en voz baja, echándose contra el respaldo del sofá, con las manos en asa bajo la nuca, como una atleta del arte de la evocación—, me iba muy, muy bien…

A veces, cuando hacía mucho calor, se metían en la pileta y, con el agua al cuello, hablaban largo rato del pasado a la luz de la luna, como dos monstruos melancólicos. Una de esas noches, precisamente, se besaron (y Saupol la masturbó).

Se habían tocado un millón de veces, pero siempre de forma casual, o con un motivo preciso que no incluía al deseo; ese mismo día, sin ir más lejos, se habían tocado en la cocina, en la mesa, varias veces y largamente en el sofá, y ahora en la pileta. En la cocina Sabana le había puesto una mano en un brazo, impidiéndole meter el tenedor en la olla. Forcejearon riéndose. Durante el forcejeo Saupol la

tomó del cuello y por un instante fingió ahorcarla y ella, morir. No tenían personal doméstico, ni querían tenerlo; ahora en la cocina mandaba Sabana. En la mesa, en cambio, mandaba Saupol. Cuando Sabana puso por fin un plato ante él, repleto de un puré humeante, anaranjado, bañado en aceite, lo hizo apoyando la mano libre sobre su hombro y Saupol se la apretó y palmeó con impaciencia hasta que Sabana fue a sentarse. Se tocaron también al coincidir con los dedos en la botella de vino, de la que sirvió Saupol, y por encima de la panera, llena con unas galletitas alargadas, ideales para él. Inmediatamente después de almorzar se tiraron en el sofá a mirar televisión. En cuestión de minutos se quedaron dormidos y cayeron uno contra el otro sin despertarse. Pero lo de la pileta fue voluntario: Saupol le agarró los pechos.

No podían besarse, así que Sabana cerró los ojos y se echó hacia atrás, recostándose en el agua. No pesaba nada. Saupol le pasó por la espalda la mano mutilada y, sosteniéndola en la punta de sus tres dedos como a un diamante, con la otra mano la acarició detenida y delicadamente de arriba abajo, una y otra vez, hasta hacerla gemir.

Después metió los dedos por debajo del bikini; el contacto con su sexo le hizo notar que el agua estaba fría. Sabana tenía la boca abierta, los labios húmedos. Le introdujo un dedo, solo por un instante, y ni siquiera todo, y al retirarlo ella abrió los ojos y lo insultó en susurros, arqueándose y empujándose hacia adelante. (“¡Más!”). Su pelo flotaba en silencio, ondulaba al ritmo de la corriente que sus piernas imprimían en el agua con chasquidos apenas audibles, deliciosos y brillantes. Saupol la mantenía abierta con los dedos índice y anular mientras el dedo mayor giraba en círculos imposibles, cada vez más cerrados, tan rápidos y suaves que velocidad y suavidad eran ya la misma cosa. El resto es penetración.

O debió serlo, porque en realidad… (No conviene adelantarse).

No habían recibido nunca a nadie, ni a amigos de Saupol (agentes y editores) ni a amigos de Sabana, a los que apenas si habían atendido por teléfono alguna vez. Pero al día siguiente Saupol se puso una máscara de plástico, salió con Sabana por la parte trasera de la casa, burlando a la ya muy menguada guardia periodística, y durante horas se pasearon tomados del brazo por A, por B y por C. Saupol (no él en vivo y en directo sino su nombre, sus fotos, sus filmaciones) no había estado nunca tanto tiempo en los medios de comunicación como a partir de su regreso, lo que no es poco decir tratándose de alguien tan famoso como él: la noticia de que los caníbales le habían comido la cara estaba en boca de todos, así que muchas de las personas con las que se cruzaron durante el paseo, al reconocer a Sabana (sus cicatrices habían sido exhibidas sin piedad durante semanas, a toda hora) deducían que el de la máscara era Saupol, aunque nunca nadie se

atrevió a detenerlo y preguntarle si efectivamente era él; se daban vuelta, lo miraban y, con el pudor curioso típico de los pueblos latinos, seguían adelante caminando marcha atrás, sin quitarle la vista de encima.

Nadie no. Una nena que jugaba con sus amiguitas en una plaza -todas televidentes compulsivas de siete años de edad- lo tomó de una manga al verlo pasar y le preguntó si era cierto que le habían comido la cara. Saupol se levantó la careta y le mostró que sí. Diez metros en dirección al interior de la plaza la madre de la chica y las madres de sus amigas, que charlaban desinteresadamente sobre un millón de asuntos a la vez, enderezaron de pronto las espaldas al ver el desbande de sus hijas aterradas. Saupol y Sabana se alejaron a paso rápido.

De regreso en casa escribió hasta que llegó Gil, grabador en mano. Gil parecía molesto. Puso el grabador en funcionamiento, lo apagó y, retorciéndose los dedos, le transmitió la necesidad de avanzar aunque fuera un poco: hacía meses que trabajaba en los hechos previos a su "muerte"; en los últimos encuentros incluso habían ido hacia atrás, alejándose más y más del punto a partir del cual su relato debía cobrar verdadero interés. Pidió que se saltearan el vuelo. "Hay tiempo para eso", dijo.

Saupol asintió con la cabeza, pensativo.

—Entonces la avioneta cae… —dijo Gil después de una pausa, encendiendo el grabador.

—Suavemente —dijo Saupol—. Suavemente. No fue una caída a pique. Caímos suave, suavemente, pero en llamas. Sobre un árbol. El impacto fue tremendo. Cuando todo quedó otra vez quieto y en silencio veo que tengo la cabeza del piloto sobre las piernas. *Stella*, se había tatuado en una mano. Me gustaría mucho conocer a la tal Stella… La mano tatuada quedó estirada hacia la cabeza, como si quisiera agarrarla y ponérsela de nuevo. Me gustaría contarle eso. Yo, que perdí una parte fundamental del cuerpo, aunque no tan fundamental como la de él, sé lo que se siente.

—¿Entonces?

—Abro la puerta a patadas, me deslizo por el árbol hasta donde puedo y salto a tierra. La avioneta estalla. El árbol se enciende como una antorcha. ("¿Escribí eso?", pensó). No tengo la menor idea de dónde estoy. Empiezo a caminar, aturdido. Enseguida me pierdo. Intento volver sobre mis pasos. Me digo que tengo más posibilidades de ser rescatado si me mantengo cerca de la avioneta que si me alejo, pero ya es tarde: no encuentro el camino de regreso. Esa misma noche diviso un resplandor a lo lejos, desde una elevación del terreno: las luces de una ciudad. Decido esperar a que amanezca para ir hacia allí. Dormito en las ramas de un árbol. Mosquitos enormes y toda clase de insectos me inyectan sus minúsculas dosis de veneno. Al amanecer,

bajo y me encuentro con esos dementes. Son cinco. Me agarran de los pelos, me arrojan a una canoa y me llevan a la aldea. La chica…

—Irina —dijo Gil.

—Sí, me vio y empezó a llorar, me besaba los zapatos. Pensé que me confundía con otro porque me llamaba "Jan", pero no estaba seguro: todo lo que decía sonaba parecido. "Jon, Gin, Yun". Me llevó a las ruinas donde vivía y me obligó a poseerla.

Saupol se introdujo en la boca la pajita por la que bebía whisky y dio una breve y trabajosa chupada antes de continuar.

—Tres veces. ¡Y no contra mi voluntad, aunque sabiéndome obligado! —añadió—. Al menos la primera vez. La segunda, ya eliminado el efecto sorpresa, le presté un poco más de atención: lo daba todo.

—¿En qué sentido?

—Yo le ponía una mano debajo de las costillas y ella se daba vuelta. Le tocaba la nuca y me besaba el pecho.

—Entiendo.

—Le ponía una mano en el pelo y bajaba. La rozaba en las nalgas con los talones y subía. La tercera vez estaba presente el rey.

—¿Hicieron el amor delante del padre?

—Horrible —dijo Saupol asintiendo con la cabeza.

—¿A ver?

—El rey estaba a dos metros comiéndose una pata de yacaré con la vista perdida ("como haríamos nosotros frente al televisor encendido en la sala contigua al dormitorio donde un extraño paladea las virtudes de nuestra hija", pensó Gil), y yo caí en la cuenta de que no tenía ni la menor idea de cuándo ni cómo podría irme de allí. Hubo un cuarto intento de parte de Irina, al que no fui capaz de responder, y de cuya insistencia me salvó un griterío en la puerta del palacio. Digámosle palacio. Un joven al que llamaban Ney venía a decirle algo urgente. Irina salió desnuda. Lo escuchó ("Jan, Gin, Yun") y lo mandó matar. Me llevaron a verlo. Fue un ajusticiamiento breve pero terrible, sin pataleos (lo ahogaron), como si Ney conociera de antemano su destino y lo aceptara. Enseguida volvimos al palacio. "Ojo", me dije, lo recuerdo perfectamente. "Esto viene en serio". El próximo podía ser yo. La besé de arriba abajo rogando por una erección e hicimos el amor por cuarta vez. Era insaciable.

—¿Más que yo? —dijo Sabana, que acababa de entrar.

Dejó sobre la mesa un plato con gomitas azucaradas de formas prehistóricas y fue a darse una ducha. Gil miró su reloj: hacía más de una hora que estaba allí; a Saupol le había llevado una hora (*toda* una hora) contarle sus cuatro encuentros sexuales con Irina, un número del que Gil no podía menos que sospechar, aun cuando el temor de Saupol

a ser ejecutado pudiera obrar milagros en su capacidad amatoria, en su hándicap sexual.

—Maestro —le dijo. ("¿Maestro?". Saupol le dirigió una mirada de asco)—. ¿Cómo fue que…? Usted sabe, cómo fue que… —No se animaba a decir "cómo fue que se lo empezaron a comer". Saupol le sostuvo la mirada—. ¿Cómo fue que se lo empezaron a comer?

—Gil, por favor, no lo tortures… —pidió Sabana apareciendo de nuevo en la sala, envuelta en una salida de baño con las iniciales de un hotel bordadas en las mangas. ¿O eran las iniciales de Ingrid?—. Mañana tiene que internarse…

—¿Cómo? —preguntó Saupol.

Había aparecido el donante.

Sí, había aparecido el ansiadísimo donante. Acababan de llamar.

A primera hora del día siguiente Saupol debía internarse para ser sometido a un complicado transplante facial que incluiría huesos, músculos, piel, vasos sanguíneos y nervios. Estaba feliz. Volvería a ser una persona normal. Tendría otra vez una cara. Podría encontrarse de nuevo con Ingrid y preguntarle cómo había sido capaz de… Eso fue lo único que empañó su alegría.

Sacudió la cabeza para quitarse a Ingrid de la mente y, aún con ella en el corazón, alzó la copa para brindar.

Un equipo de nueve cirujanos trabajó veinte horas en el transplante.

Semanas después, cuando la hinchazón desapareció, Saupol era otro.

Había sido varios durante el proceso: la cara cambiaba a medida que el nuevo tejido era aceptado; cada mañana al mirarse en el espejo se encontraba con alguien distinto al del día anterior. Finalmente, cuando la inflamación desapareció por completo, sus rasgos dejaron de variar y se estacionaron en los de un extraño total: el donante, fallecido el día anterior a la operación.

Saupol no parecía ser consciente de que llevaba la cara de un muerto. Su principal interés era habituarse a ella. Pasaba largas horas frente al espejo mirándose con detenimiento para que su mente grabara los nuevos rasgos. Sabana, que al término de sus propias intervenciones plásticas no había cambiado tanto como él, le daba ánimos ("Te queda bien", le decía como si se tratara de un traje); sabía lo que era perder la cara, pero no lo que era tener una nueva.

Volvió a escribir. A veces se levantaba en mitad de una frase y corría a la biblioteca para mirar su foto en la solapa de los libros. Su prosa no lo ayudaba: escribía siempre igual, pero él era distinto; el estilo, que no había cambiado, no se correspondía con su cara. Al leer,

incluso -leía poco, pero a veces leía-, lo hacía con otra voz. Tuvo que habituarse también a esa clase de cosas.

Lo asaltaban recuerdos de tajos, de cortes y sangre, de los que sacaba siempre algo positivo. En su juventud, cuando tocaba la guitarra en la banda punk *Verga*, se llevaba muy mal con el bajista, un mulato llamado Bebel, que vivía agrediéndolo. Una noche (Bebel medía dos metros de alto por uno de ancho y no creía en nada) Saupol reaccionó y le rompió la guitarra en la cabeza. Bebel, que bebía como una esponja y que a esa hora de la noche ya era invulnerable, con la frente bañada en sangre, sacó una navaja y le cortó los nervios del pulgar de la mano izquierda. (*"Cirkus pub", Florianópolis, 3 de diciembre de 1976*). Milagrosamente, Saupol empezó a tocar mejor desde que Bebel le inutilizó el pulgar, con el que hasta entonces se había agarrado demasiado fuerte del arco del instrumento, impidiéndole al resto de los dedos avanzar más allá del primer contraste, y terminó convirtiéndose en el líder de la banda.

Cierta vez, en la calle, al pasar al lado de dos hombres que cargaban un vidrio, se cortó el dorso de una mano. El tajo tenía unos cinco centímetros de largo y se veía el hueso, pero no sangró hasta que llegó al hospital. A Saupol le gustó una pulsera de piedra que llevaba el médico que lo cosía y le preguntó dónde la había comprado. El médico le dio la dirección de un sótano en las afueras de la ciudad. Saupol fue hacia allí, pero las pulseras se habían agotado. El vendedor, un hombre sencillo, de bufanda y gorra a pesar del calor, le dijo que las había traído de Estambul y le contó una historia que luego Saupol narró en *El heredero*, su primera novela.

Mil veces se había cortado. Algo bueno tenía que salir también de esto, aparte del libro. Sin embargo no se sentía todavía seguro para mostrarse otra vez en público, lo que tanto anhelaba, así que durante un tiempo se dedicó exclusivamente a escribir y a planear los detalles de su reaparición.

Se llevaba muy bien con Sabana, pero pensaba cada vez más en Ingrid. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía? Su editor le había confirmado que no seguía con Tom, pero su paradero era un misterio; ninguno de sus conocidos había vuelto a verla ni a tener noticias de ella. Sabana se había encargado de quitar de la casa una por una las fotos de Ingrid, excepto la foto que Saupol guardaba en su billetera y que lo había acompañado siempre, en todo el periplo. Aun odiándola como la odiaba entonces, durante su largo cautiverio en la jungla sacaba fuerzas de su imagen como un soldado en un film de guerra para resistir los embates de la adoración de Irina.

Reaparecer en sociedad era, en primer lugar, reaparecer ante Ingrid. El resto podía esperar. Su cara tendría que hacerse famosa de nuevo, ponerse otra vez a la altura de su nombre.

Por el momento el único que iba a verlo, el primero que lo vería desde el transplante, era Gil. Acababa de tocar el timbre.

Saupol lo recibió en su escritorio y acentuó adrede el azoramiento inicial de Gil, moviéndose a su alrededor con absoluta naturalidad mientras le ofrecía algo para beber. Le contó que la semana próxima Sabana y él partían de vacaciones a París -acababa de inventarlo, planeando librarse de Gil por unos días, pero de inmediato le sonó factible- y, para absolverlo de cualquier comentario sobre su cara, se frotó las manos y le preguntó dónde habían dejado.

—Creo que… —vaciló Gil consultando sus notas, que por otra parte conocía de memoria—, iba a contarme cómo fue que se lo empezaron a comer… Pero antes permítame decirle que se lo ve muy bien, Mauro. ¡Felicitaciones!

—Gracias. No sabés qué terrible es lo que acabás de decir.

—¿Perdón?

—Podrías incluso quitarle los signos de pregunta a tu perdón.

—Mauro, yo…

—No importa —dijo Saupol sirviendo una copa de whisky. En ese momento le daba la espalda—. ¿Qué se dice ahí afuera de mí? —le preguntó. Servía una segunda copa, todavía de espaldas—. Leí tu nombre en los diarios. Varias veces. Da la impresión de que está todo el mundo esperando el libro.

—No fui yo, le puedo jurar que yo no…

—Fui yo, fui yo, querido, fui yo —dijo Saupol alcanzándole la copa —. ¿Es verdad que me ves bien? No me mientas; te vas a hacer rico con mi dolor, merezco un poco de sinceridad.

Gil permaneció en silencio. Sus labios y su lengua se movieron a la velocidad del rayo en busca de las palabras que su conciencia, sus creencias, su corazón, su edad, su cultura, su sensibilidad, entre otras cosas, trabajando codo a codo, debían enviarle de un momento a otro desde la sala de máquinas de la réplica correcta, sin que ese momento llegara nunca.

—Sentate —le dijo Saupol—, queda feo beber de pie. Salud.

Brindaron. Saupol se sentó frente a él. Lo miró.

—Irina creía que yo era Jan, ¿verdad? Bien. El problema es que yo no lo sabía; de otro modo me hubiera defendido. Sus reclamos sexuales eran cada vez más frecuentes y cada vez más intensos. Ponete en mi lugar.

Gil alzó las cejas y asintió con la cabeza.

Saupol se llevó el whisky a los labios.

—Ah, odiaba beber con pajita —dijo. Se echó contra el respaldo y continuó—. Una cosa es entender de qué se trata, y otra muy distinta es sospecharlo todo sin entender una palabra. Sus gestos, sus acciones,

la expresión de sus ojos, yo debía prestarle mucha atención a esas señales; eran como puntos trigonométricos que me servían para orientarme en una realidad desconocida. Pero antes debo contarte qué comía y qué bebía, para que el lector experimente al menos un poco de mi náusea…

Y durante un largo, largo rato, describió una dieta repugnante de reptiles, insectos, roedores, a veces frescos, a veces en estado de descomposición, a veces macerados en saliva humana, que él no siempre lograba evitar, ya que a las ceremonias y festejos de la tribu se sumaban los agasajos cotidianos de Irina, que se desvivía por atenderlo. Frutas y peces y algunos pájaros eran su único alivio.

La primera vez que se enfermó lo metieron adentro de un cocodrilo que previamente abrieron desde la punta de la cola hasta las mandíbulas, lo envolvieron atándolo con unas cuerdas y no lo sacaron hasta dos días después, ya curado y al borde de la locura. La primera y única vez que lo vieron llorar, debió subir a una especie de litera que ocho salvajes alzaron sobre los hombros para lanzarse de inmediato a la carrera por la jungla a toda velocidad, en cualquier dirección, durante horas. Pero estos shocks de extravagancia, aunque muy efectivos —nunca más lloró, nunca más rechazó un plato ni volvió a enfermarse— no lo eran todo, al contrario: en general los salvajes pasaban sus días trabajando, cazando o fabricando flechas. Por las noches…

—Perdón. ¿Ya habían empezado a comérselo?

Saupol dijo que estaba refiriendo algunos hechos de la primera semana.

Había intentado huir. Siempre lo atrapaban. La oportunidad de fuga más seria que tuvo se dio una tarde en la que toda la tribu se reunió a comer unas raíces alucinógenas en su honor. ¿Cómo sabía que era en su honor? Porque todos se sentaron en círculo, dejándolo ocupar el centro. Ni siquiera Irina estaba a su lado.

—Mascaron un poco y enseguida empezaron a ver cosas en el aire. Señalaban a un lado y a otro, no divertidos sino inquietos y temerosos. Giraban las cabezas, las alzaban, o se encogían de golpe como si algo acabara de rozarlos. Presencias, me dije, seres invisibles. Nadie hablaba. Todo sucedía en absoluto silencio. Entonces me puse de pie y estiré un brazo hacia uno de estos seres. Fingí que el ser me tomaba de la mano y que me animaba a seguirlo. Así, dejándome llevar, atravesé el círculo de salvajes y me interné en la jungla. Ya fuera de la vista de todos, empecé a correr. Corrí hasta que noté que yo también había comido de las raíces y que ahora, además de drogado, estaba perdido. No me importó. Ya me había perdido otras veces, perderme era lo mío. Recuperé el aliento y seguí corriendo, aún con el brazo extendido, como si realmente uno de esos seres me llevara de la mano.

En determinado momento me cae una red encima, y enseguida un grupo de diez o quince pigmeos de una tribu vecina (nunca antes los había visto) bajan de los árboles y me llevan de regreso a la aldea. Allí, según creo entender, se produce una negociación. El nombre "Jan" es casi lo único que dicen. Irina se aferra a mí y grita algo en tono posesivo y autoritario, ante lo que el grupo de pigmeos se echa a reír. Ríen a carcajadas, doblándose y empujándose unos a otros, como si nunca antes hubieran oído nada tan gracioso. Mientras se ríen, Irina me toma de un brazo y me arrastra hacia el palacio. Los pigmeos ven que nos alejamos y se ponen serios de golpe, hacen gestos violentos con sus cerbatanas y profieren voces de amenaza. Tuve la impresión de un canje de rehenes frustrado.

—Usted por Jan. Es decir Jan por "Jan" —dijo Gil haciendo un gesto de comillas con los dedos.

—Efectivamente. Ahí comprendí que Jan no era el nombre de un dios, con el que me habían bautizado, sino que existía y que era otro, un dios real al que, por alguna razón, confundían conmigo, ya que los pigmeos se les habían reído en la cara cuando Irina les dijo que Jan era yo. Gil —Saupol hizo un alto en su relato, agarró la botella del pico y se sirvió otro whisky—, siento una leve y también profunda humillación en este momento, después de lo que pasé. Quizá debamos obviar la risa de los pigmeos…

Gil se fingió de acuerdo.

—¿Te sirve algo de todo esto? —le preguntó Saupol.

—Asco, dolor, extravagancia, fugas, dioses y drogas —dijo Gil—. Por supuesto que sí.

—La semana pasada, en París —dijo Saupol—, Sabana y yo salíamos del Jeu de Paume cuando de pronto…

—¿La semana pasada *en París*…? —lo interrumpió Gil.

—Perdón —dijo Saupol borrándolo todo con la mano—, estoy muy cansado, se me empiezan a mezclar las cosas. —No obstante siguió hablando un par de horas más. Por último, le pidió leer lo que llevaba escrito ("Nunca te molesté con relación al libro, pero ya es hora de ver cómo va"). Esa misma noche Gil se lo envió por correo electrónico.

Saupol leyó hasta la madrugada, conmovido en partes iguales por la revisión de su desdicha y por la prosa del joven, superior a la suya. "Qué raro", se dijo. "Lo contrato para dejar a Tom fuera de combate, lo entretengo para ganarle de mano, y el que resulta noqueado soy yo".

Pero no se trataba solo de una diferencia de calidad. Sorprendentemente, Gil había sido capaz de detectar (y evitar) los episodios inventados "sobre la marcha" en los encuentros de trabajo, mientras que él mismo, en su propio texto, había sucumbido a ellos

como un principiante, de modo que el texto del joven resultaba más acertado que el suyo.

Ahora la pregunta era: ¿cómo había sabido Gil qué era cierto y qué no? Tratándose de un libro millonario, de un libro que vendería millones, que recaudaría millones, que se mantendría activo durante décadas, como *Viven*! o *Papillon*, se le cruzó por la cabeza una sospecha horrible: Sabana y Gil estaban asociados. No había otra explicación.

Fue a su computadora y, en efecto, comprobó que "alguien" había estado abriendo su texto a intervalos regulares durante los últimos meses, siempre a horas insólitas para él. "¿Alguien?". Sabana. ¿Quién más, si no?

Horrible pero real. Sabana le había ido entregando a Gil su texto, página tras página, a medida que lo escribía. Esa era la razón de la eficacia del libro de Gil, un destilado de tres fuentes: lo que él le contaba, lo que le había contado a Sabana (y Sabana transmitido a Gil, quizá incluso en la cama) y lo que Gil leía y extraía del texto escrito por él.

Eran las mismas fuentes de las que Gil se hubiera servido de todos modos, si él no se hubiera puesto a escribir en secreto. Pero a las ventajas de Gil en el plano de la prosa y en el acercamiento a la verdad tenía que sumarle la traición de Sabana, lo que hacía más hondo su fracaso. ¿Por qué todos lo traicionaban así? Ahora Gil sabía que, entre una operación quirúrgica y otra, lo había demorado adrede con inventos y minucias; debía resultarle despreciable, sin duda. ¿Por qué seguía adelante, después de haberlo descubierto?

Se le ocurrió algo tremendo: Gil *creía* en la versión de Tom. Probablemente ya había escrito un prólogo o una introducción en la que revelaba su estafa. Lo único que le faltaba para completar el libro era el capítulo del canibalismo, central para los lectores a los que iba dirigida la obra; cuando tuviera por fin entre manos la forma y los detalles de lo que había sucedido, lo publicaría y lo hundiría sin piedad. El resultado sería demoledor.

¿Qué podía hacer para neutralizarlo? Interrumpir los encuentros de trabajo no era buena idea; ya los había interrumpido decenas de veces durante sus internaciones y post operatorios y Gil se había mostrado paciente y comprensivo, pero ahora ya no tenía excusa. Lo único que conseguiría sería irritarlo e impulsarlo a dar a la obra el toque final, basado en conjeturas plausibles: sin duda había reunido ya los materiales suficientes para redondear su relato con apenas unas pizcas de fantasía caníbal allá y aquí. De hecho, había dejado una página en blanco en el documento, destinada al capítulo central, página que planeaba desplegar y multiplicar con la información que él debía brindarle en las semanas siguientes. Incluso había escrito ya el

viaje por el Amazonas en su busca y narrado su rescate con maestría. Tenía el final. ¿O se guardaba un epílogo secreto, que nadie conocería, ni siquiera Sabana, hasta el día de su publicación? Y en ese caso, con el libro ya publicado, ¿qué hubiera podido hacer él? ¿Decir que no era verdad, negar que hubiera ocurrido así, cuando todo el asunto se edificaba sobre un fraude?

El único camino que le quedaba era desbaratar el verosímil de la historia de Gil. Le daría el capítulo que estaba esperando, pero haciéndolo funcionar como a un virus capaz de contagiarlo todo, de modo que nadie diera crédito a la teoría de la estafa; en tanto, él abriría otro archivo y escribiría la verdad. El riesgo que presentaba esta idea era que Gil acabara firmando una obra literaria y él, paradójicamente, una crónica periodística.

—Hola… —dijo Sabana con voz adormilada, semidesnuda en el umbral—. ¿Qué hacías? Son las cinco de la mañana. ¿Escribís?

Saupol le sonrió y estiró un brazo hacia ella.

Sabana dio un paso adelante, lo tomó de la mano y él la atrajo y la hizo sentar en sus rodillas. Después, con el labio superior (también con el labio inferior, aunque seguía insensible), le dio medio beso en el cuello y le dijo que no. Pensaba.

Finalmente llegó el gran día de su reaparición pública: un homenaje en la Sociedad de Escritores Nacionales. Estaban presentes todas las autoridades habidas y por haber. En el jardín se habían dispuesto un centenar de mesitas redondas con manteles de lino, atiborradas de platos típicos, frutas, canapés, jamones, quesos y bebidas, alrededor de las cuales su agente y sus editores revoloteaban excitados. Había cámaras de televisión, actores, deportistas, empresarios, políticos, cineastas, escritores y un amplio abanico de funcionarios y ricachones del mundo cultural. Mauro Saupol debía llegar a las siete de la tarde. Pero ya eran las ocho y todavía no daba señales de vida. Los más ansiosos empezaron a murmurar.

A las ocho y media, un hombre al que nunca nadie había visto antes se paró de pronto frente al micrófono y dijo:

—Buenas noches, soy Mauro Saupol.

Entonces muchos de los presentes lo reconocieron. No a Mauro Saupol, sino al que decía ser Mauro Saupol: lo habían visto paseándose largo rato por entre las mesas, e inmiscuyéndose sorpresivamente en sus conversaciones.

Se hizo un silencio enorme, un abismo de silencio sobre el que por un momento quedaron todos colgando, con las patitas en el aire. De las manos cayeron copas, botellas, canapés, servilletas, encendedores, platos, cigarrillos, como por arte de magia.

Algunos se replegaron confundidos; otros dieron un paso adelante, alargando los cuellos para mirar por encima de los demás. Los que tenían buena vista achinaron los ojos, escudriñándolo; los que no veían a un metro de distancia hicieron memoria: no se parecía en nada. Sabían que se había hecho un transplante facial, pero ¿ningún parecido? Incluso era más alto, y hasta tenía más pelo. ¿Era un loco, un borracho o un número cómico contratado de urgencia para entretenerlos mientras llegaba el verdadero Saupol?

Un grupo heterogéneo integrado por dos guardias de seguridad, por sus editores, por su agente y por el Ministro de Cultura corrió hacia él. Iban en fila india, zigzagueando por entre las mesas, sin perder la unidad, como una serpiente.

Uno de los guardias de seguridad tomó a Saupol de un brazo; lo hizo sin violencia, incluso con cierta delicadeza y en combinación con su compañero, que lo había tomado del otro brazo y tiraba en la dirección contraria, de modo que Saupol quedó inmovilizado.

Su agente literario y sus editores se pararon frente a él y lo estudiaron rápidamente, como habían hecho siempre con los originales de sus libros; no, no era. Saupol les sonreía, con los brazos abiertos a la fuerza, tratando de recordar sus nombres.

Ante la duda, su agente le preguntó:

—Mauro… ¿sos vos, realmente?

El Ministro de Cultura les pidió a los guardias que lo soltaran.

—No hagamos un escándalo —dijo, pero ninguno de los dos obedeció; el escándalo ya estaba hecho, y no habían sido ellos los autores, precisamente. Así que se mantuvieron todos en un forcejeo inmóvil hasta que de pronto, desde el fondo del jardín, una voz de mujer se impuso al murmullo general:

—¡Sí, es él! ¡Es él! —gritó.

Todo el mundo giró hacia ella.

Era Ingrid.

A su lado estaba Sabana. Ingrid tenía una mano sobre el antebrazo de Sabana, una mano que retiró apenas los presentes dieron vuelta la cabeza para mirarla. Los que la conocían, una amplia mayoría, no dudaron de su palabra. Si lo decía Ingrid… Ahora se daban cuenta: la mujer que estaba a su lado era Sabana, irreconocible después de tantas cirugías, enfundada en un largo vestido negro.

Acto seguido, los presentes volvieron otra vez las cabezas en dirección a Saupol. El Presidente de la Sociedad de Escritores Nacionales, avergonzado, dio una carrerita hacia él e intentó abrazarlo, pero Saupol se lo quitó de encima sacudiéndole los dedos sobre la cara, con la mirada fija en Ingrid. Su asombro era más grande que el de los doscientos invitados juntos.

A una seña del Presidente los músicos contratados para animar la velada arrancaron con un suave Jobim de fondo. Los mozos recogían del suelo copas rotas mientras la gente pujaba por acercarse a Saupol.

Con un hábil movimiento de piernas hacia atrás, como un jugador de fútbol rebobinado en una gambeta plena de inspiración, Saupol se quitó de encima a los que lo rodeaban y alcanzó el micrófono.

Dijo, sin ningún resentimiento en la voz -al contrario, con mucho humor, señalándolos a todos con la mano mutilada- que acababa de pasar un momento casi tan malo como en poder de los salvajes. Pidió que lo dejaran tomar un poco de aire a solas para recuperarse y, fingiéndose dolido y ofendido, les dijo que, mientras tanto, revisaran sus discursos, a fin de añadirles una disculpa. Enseguida volvía.

Después avanzó en dirección a Ingrid y Sabana por el sendero humano que se abría a su paso, entre risas histéricas y aplausos.

Sabana estaba sola cuando llegó.

—¿Ingrid?

—Se fue.

—¿Adónde?

—No dijo.

Saupol miró a su alrededor. Todos lo miraban a él. Agarró a Sabana de una mano y la arrastró hacia el interior del edificio.

Atravesaron un salón desierto en dirección a la puerta de salida. "¿Te vas a ir?", le preguntó Sabana. "¡Es tu homenaje!". Lo único que oyó a continuación fue el golpeteo de sus tacos aguja sobre las inmensas losas del piso, siguiéndolo.

Una vez afuera, Saupol vio a Ingrid en todas partes: subiendo a un auto, entrando a una casa, doblando una esquina, ajustándose una sandalia, comprando una revista, besándose con alguien y perdiéndose en la oscuridad.

Detuvo un taxi. Sabana subió después que él y cerró la puerta.

—¿Por qué no dijiste enseguida que era yo? —le preguntó Saupol de malhumor.

—Iba a decirlo. Pero entonces apareció ella y me puso una mano en un brazo. Dijo que esperara un poco, que el escándalo te iba a venir bien.

Saupol se sonrió sin mover los labios.

Al otro día su cara estaba en la primera plana de todos los diarios. Las imágenes del "bochornoso homenaje" eran repetidas en la TV una y otra vez. Saupol se negó a mirarlas. Un par de días después llamó a Gil, se reunió con él y, luego de felicitarlo por lo que había escrito, le dijo:

—Querido Gil —como si encabezara una carta—, me habrás visto en la prensa. No soy yo.

—En *Folha* salió muy bien…

—No soy yo —repitió Saupol—. No es lo mismo mirarse al espejo que verse en un diario. Por primera vez desde que tengo de nuevo una cara, vi que no soy yo. Tampoco soy otro. ¿Estás grabando?

Gil puso en funcionamiento el grabador.

—Como sabemos, durante mi largo cautiverio no entendí nunca una palabra; nunca entendí por qué Irina me hacía lo que me hacía, a pesar de su veneración. Lo entendí recién después de tu encuentro con el rey. ¿Le recordamos al lector? El rey dijo que yo era Jan, el amado de Irina, transfigurado en mí. Comprendí entonces, durante el regreso en lancha, mientras me debatía entre la vida y la muerte, el sentido de sus ritos, de las viejas que me escupían, de las quemaduras que me infligían, de las danzas infinitas que me dedicaban, de los innumerables alucinógenos que debí comer y beber y, principalmente, mi querido Gil, de un largo viaje por la jungla hasta una aldea abandonada: devolverme al cuerpo de Jan. Muy bien. Llegamos a la aldea. No había nadie. Nadie aparte de un anciano delgadísimo, pálido como un junco, con el que Irina cruzó unas palabras. El anciano se arrancó de la mejilla una lágrima de resina, aunque eso podemos obviarlo, y nos llevó hasta un árbol múltiple, un árbol hecho de muchos árboles enroscados que inmediatamente se puso a golpear con un palo. De entre las raíces salieron miles de hormigas furiosas, de abdomen ambarino, hinchado de veneno. El anciano recogió algunas en el interior de una caña, tapó la abertura y se la entregó a Irina. Al marcharnos nos cruzamos con un grupo de mujeres que llegaba, un muy nutrido grupo de mujeres, pero en ese momento no le di importancia… Ya de regreso en nuestra aldea me ataron desnudo a una camilla, soltaron una parte de las hormigas sobre mí y me cubrieron con una manta de hojas húmedas. En el acto las hormigas me picaron. El dolor que sentí fue tan intenso que me desmayé. Días después, un joven que manipulaba la caña aún repleta de hormigas con intención de protegerla de una lluvia torrencial fue picado en un dedo por una de ellas, solo por una, y la mano se le hinchó tanto que parecía haberse calzado un guante de béisbol. A mí me habían picado decenas. ¿Me ves? ¿Ves cómo estoy? La segunda sesión tuvo lugar poco tiempo después, en la misma camilla, con el mismo método, pero con menos ansiedad: esta vez tocaron tambores, bailaron, bebieron y cantaron. La tercera y última vez me aplicaron el resto de las hormigas y me dejaron ahí hasta el otro día. Después, finalmente, nada. Paz. En las semanas que siguieron a esa última intervención Irina me miraba de otra forma, como examinándome. A mi paso los salvajes se inclinaban para olfatearme, a veces incluso me rozaban con la punta de los dedos. Estaban esperando que actuase el veneno.

Gil frunció el ceño.

—Una noche sentí un ardor insoportable al orinar; mis genitales se habían encogido, tenía los huevos del tamaño de un maní. Traté de tranquilizarme. Era tarde y estaba agotado, así que conseguí dormir. A primeras horas del día siguiente me despertó un gran alboroto frente al palacio. Me levanté y, sin ser visto, fui a la puerta a ver qué pasaba. Irina estaba furiosa. Lloraba y gritaba, sacudiéndose al rey de encima, que, muy angustiado, trataba de calmarla. Después se sentaron al aire libre, Irina, el rey, el brujo y unos pocos asistentes, y discutieron largo rato, intercambiando puntos de vista. Al terminar la reunión se incorporan y, mientras que Irina viene en mi busca, el rey y los demás imparten órdenes a diestra y siniestra. No alcanzo a comprender el sentido de las órdenes; corro hasta el lecho, me acuesto y me finjo dormido. Irina entra, se acuclilla a mi lado y me besa largo rato la nariz. Después vuelve a salir. Entonces me incorporo sobre los codos y me veo…

Un nudo en la garganta. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Perdón. Tengo que hacer una elipsis, aunque sé que voy a llorar de nuevo.

Se llevó una mano al pecho y aspiró lenta y profundamente hasta que las lágrimas retrocedieron.

—Grito. Grito sin sonido, como en una pesadilla. Un grupo de salvajes me sujeta de los brazos y de las piernas y uno de ellos me clava una espina en el pecho. Pierdo el sentido. Cuando despierto noto que me falta la nariz. Irina estaba tendida a mi lado, boca arriba, con los ojos en blanco, como en trance. Mi espanto no podía ser más grande. Había empezado a comerme…

Saupol dejó caer la cabeza y se acarició largamente la nuca.

—Al día siguiente se repite la operación: me clavan una espina en el pecho, pierdo el conocimiento, y al despertar me falta una mejilla. Pero, mientras que yo estaba cada vez más desesperado, ellos parecían tomárselo todo con la más absoluta naturalidad, Irina, el rey, la tribu entera. A Irina mis súplicas le causaban gracia. Me tomaba de la mano y, sonriéndome, se la llevaba a los labios. De tanto en tanto entraba el brujo y me cauterizaba las heridas con un líquido en llamas, pero eso queda librado a tu imaginación. Si no fuera porque lo recuerdo, diría de mí que estaba demente. No sabía qué hacer, ni adónde ir. Mi desesperación no podía ser más grande. Si me ponía a correr, aullando de espanto, los salvajes se reían de mí como en un teatro. Cuando perdí el labio inferior me interné en la jungla a toda velocidad, pero estaba muy débil y tan confundido que un chimpancé me agarró de la mano y me llevó de regreso. El día que llegaron ustedes Irina iba a comerme el corazón.

Gil abrió la boca para expresar su contrariedad, pero Saupol alzó un dedo y lo hizo callar.

—Ahora unamos los cabos sueltos. Hagámoslo de adelante hacia atrás. Obviamente, después de una larga serie de fracasos en su intento por devolverme al cuerpo original, Irina, ya derrotada, me comía para hacerme carne de su carne, sangre de su sangre, mierda de su mierda: fundirme en ella era lo que había resuelto en la reunión con el rey, el brujo y los asistentes. Desde su punto de vista, no le quedaba otro camino. El anciano al que visitamos en la aldea aparentemente abandonada había dado en el clavo: el veneno de sus hormigas iba a transformarme. Pero no les dijo en qué, o en quién. De hecho, cuando nos íbamos de allí, no recuerdo si ya lo dije, vimos llegar a un grupo de mujeres, muchas de ellas embarazadas… Después lo entendí: el anciano había convertido en mujeres a los varones de la aldea, valiéndose de sus diabólicas hormigas. Por eso estaba físicamente consumido, y por eso fuimos a consultarlo: porque era un dios, un dios abocado a la tarea de crear su descendencia. La derrota de Irina era total. ¿Qué falta? ¿Qué no dije?

—Nada —balbuceó Gil apabullado—, nada. ¿Se miró y gritó porque…?

Saupol asintió con la cabeza. Y también lo puso en palabras:

—Sí. Exactamente.

—Pero… ¿cómo es posible? —dijo Gil.

Saupol se puso de pie, se desprendió la hebilla del pantalón, descorrió el cierre, dejó que el pantalón cayera, enganchó los pulgares al elástico de un slip rosa y, antes de bajárselo, preguntó:

—¿Sigo?

Gil estaba pálido, mudo.

—¿Sigo?

Gil vomitó.

Saupol dio vuelta la cara con asco. Se abrochó el pantalón, fue en busca de un trapo y se lo arrojó desde lejos. Gil lo atajó en el aire. Saupol fue a servirse una copa.

Mientras se limpiaba la remera, Gil le preguntó si Sabana estaba al tanto.

Saupol giró hacia él:

—Por supuesto. ¿Acaso no te lo dijo?

—No —respondió Gil, ahora limpiando el sillón entre sus piernas —. ¿Por qué me lo iba a decir? ¿Estaba autorizada a decirme algo así? Además, si no me equivoco, la última vez que hablé con ella fue en el lanchón.

Parecía sincero.

—Dios mío… —agregó Gil.

Hizo una arcada, también sincera.

Saupol le ofreció su copa. Gil bebió un sorbo, hizo una pausa y

bebió el resto de un solo trago. El líquido quedó trabado como un sólido a mitad de camino. Gil enderezó la espalda para poner el esófago en vertical y, mientras el alcohol goteaba sobre su estómago, extendió la copa pidiendo más.

Saupol metió el pico de la botella en su copa y luego fue alzándolo hasta que el chorro tuvo medio metro de altura.

—Es muy, muy, muy difícil de creer, Mauro… —dijo Gil.

—¿Por eso vomitás?

Gil se quedó pensando. Le había creído, sí, pero eso no quería decir que fuera cierto. Los médicos, en principio; se había internado decenas de veces, decenas de médicos lo habían revisado. ¿Ninguno de ellos lo había visto?

—Todos —dijo Saupol—. Mis abogados les pusieron un bozal, desde luego, a fin de reforzar la confidencialidad básica del juramento hipocrático, e incluso trabajaron entre mis piernas más de una vez… También tomaron muestras de sangre y de tejidos que un laboratorio americano analiza por enésima vez en estos momentos. No hallaron ni el más mínimo rastro de veneno, pero no hay ninguna duda de que el sistema nervioso, fisiológico, morfológico, fue afectado por una neurotoxina desconocida, tan desconocida como la especie de hormigas que me picaron. Ahora mismo hay un equipo de investigadores de primerísimo nivel internacional ultimando los detalles de una expedición en busca de esas hormigas. Sabana está al frente.

—¿Sabana?

—Vamos, Gil, terminá ese libro de una buena vez. Hoy hablé con mi editor. Lo está esperando. Todo el mundo lo espera. Te doy una semana.

Gil estaba paralizado. No sabía qué hacer, ni qué decir, ni qué creer.

—Si todo esto fuera verdad —titubeó Gil— sería una revolución, sería… sería una…

Harto de sus dudas, harto de la incredulidad de Gil, Saupol, en un arranque de furia, se bajó el pantalón y el slip y abrió las piernas frente a sus ojos.

—Quizá tu vida —dijo Saupol— no sea más que un soplo al lado de la mía; no tenés un minuto que perder. Corré a terminar ese libro. Ya encontraremos la manera de festejar a solas cuando me lo traigas —agregó guiñándole sugestivamente un ojo.

Y lanzó una risotada tan vibrante que, ya a cien metros de su casa, Gil la seguía oyendo.

Lo que había tramado para contaminar la narración de Gil le sirvió

también para sacarse de encima a Sabana. No podía decirle simplemente que se fuera; teniendo en cuenta las intimidades que habían compartido, echarla de la casa hubiera resultado una catástrofe para él y para su libro. Estaba en sus garras. ¿O estaba en las garras del libro?

Una noche recibió un llamado de Ingrid. Fue un llamado sorpresivo y muy breve: diez segundos. Ingrid dijo lo que tenía que decir y cortó. Saupol se pasó otros diez segundos gritando su nombre en susurros, como si Ingrid siguiera allí. Estaba pálido. No le resultó fácil procesar la noticia. Cuando por fin lo consiguió, fue al dormitorio donde Sabana dormía (o fingía dormir), abrió la puerta silenciosamente y, desde el umbral, inmóvil, la observó largo rato, con el picaporte fundiéndose en su mano. Era todo mucho peor de lo que había pensado.

En los días que siguieron, en lugar de alterarse se estabilizó en una cierta serenidad indiferente, a fuerza de ocultar y simular; de tanto en tanto, sin embargo -cada vez que Sabana le sonreía, o cada vez que fracasaba en sus intentos de escribir-, algo en él se relajaba de pronto, provocándole una serie de contracciones musculares convulsivas. No volvió a la normalidad hasta que Sabana se marchó, ahora en compañía de un biólogo y en condiciones óptimas comparadas con la expedición anterior.

Ya solo, hizo una compra en un hipermercado -siempre le habían gustado los mercados grandes-, contrató una cocinera y se sentó a escribir.

Tres horas después, cuando la cocinera le sirvió la comida, no había escrito una palabra. Pensaba una y otra vez en una escena de la que había sido testigo esa misma tarde en el mercado: circulaba por entre las góndolas empujando un carrito repleto cuando de pronto, al fondo del pasillo, en el sector de productos congelados, lo vio a Paulo Coelho.

Coelho, muy sonriente, firmaba autógrafos a un grupito de cinco o seis personas que acababan de descubrirlo. Como nadie llevaba encima ninguno de sus libros, Coelho, siempre cortés e inmutable, debió estampar su firma en una caja de cereales, en una agenda, en un ticket, en el dorso de una mano sin venas y, después de una carcajada, en la primera página del ejemplar de una novela que le había alcanzado un chico de origen nipón. Saupol, interesadísimo, se acercó un poco más. Se trataba de la última novela de Mario Gismonti, el escritor de la élite.

Un año y medio atrás Saupol había coincidido con Gismonti en una de esas fiestas que consiguen reunir a la gente más dispar sin mover un dedo, y no se habían saludado. Pero, mientras que Gismonti apenas reparó en él, Saupol se pasó la noche fingiendo ignorarlo: abrazó a

cualquiera exageradamente, sobreactuó una y otra vez un mismo gesto de interés en lo que oía, dando la impresión de estar burlándose del que le hablaba, y festejó comentarios anodinos con una risa tan potente que la gente se daba vuelta a mirarlo. Al final de la noche, cuando por fin decidió irse, estaba extenuado. La esposa de un alto funcionario de la Embajada de Irán, que había bebido una copa de más y con la que había sido excesivamente cortés, se atrevió a seguirlo hasta la puerta. No le hubiera extrañado que lo condenaran a muerte. ¿Y todo para qué? Para captar la atención de su enemigo, que lo acomplejaba solo porque hacía bien lo que él hacía mal.

Coelho, en cambio, he aquí la cuestión, había salido del paso con una sonrisa y firmado el ejemplar de la novela de Gismonti de buena gana, como si no le importara nada.

Qué lejos estaba él, Saupol, de la humildad del triunfador. Aun después de haber desplazado a Coelho de todos los rankings, seguía sin desprenderse del afán de ser único. Se lo tomaba todo demasiado en serio, como si no tuviera otra cara, e incluso otro sexo. Ni siquiera Irina, comiéndole los genitales, ni el brujo, cauterizando la herida y cerrando toda posibilidad de reconstrucción futura, habían conseguido disolver el deseo de convertirse en un escritor serio, honesto y particular. Irina se lo había tenido que comer en busca de un poco de verdad. Al comérselo le había otorgado una cierta singularidad, de acuerdo; pero no alcanzaba con llevarla encima, no era suficiente, además tenía que ponerla sobre papel. Como hacía Gil, sin ir más lejos. Un párrafo cualquiera de la narración del joven le hacía sombra al mejor y más largo capítulo de su texto. ¿Era hora de darse por vencido? ¿Había llegado el momento de ser el que era, aunque transformado en otro, el momento de contarle la verdad a Gil y disolverse, desaparecer? ¿Quién era ese joven, después de todo? ¿De dónde había salido?

Lo llamó y le dijo que quería verlo. Eran las doce de la noche; aun así, Gil se ofreció a ir de inmediato. Saupol le dijo que prefería ir él. “¿Ahora?”, preguntó el joven. “No, Gil”, le dijo Saupol, “mañana”.

Salió a la calle para estirar un poco las piernas y se encontró con el esposo de la mujer que le había donado la cara. El hombre se llamaba Carlo, era italiano, hacía dos años que estaba en Río y dos días que aguardaba frente a su casa, esperando el momento de verlo. Al principio no le dijo nada; cruzó la calle directamente hacia él (Saupol retrocedió creyendo que era un ladrón), lo tomó de un brazo y lo miró en silencio hasta que sus ojos se nublaron. Recién entonces lo soltó y le dijo quién era y por qué lo miraba así.

—Le suplico que no me diga cómo se llamaba —dijo rápidamente Saupol refiriéndose a la esposa, la donante. Hasta ese momento ignoraba que le habían transplantado la cara de una mujer.

—Ornella —dijo Carlo, y rompió en llanto.

Saupol había pedido expresamente no enterarse de nada. Lo primero que pensó al saber que llevaba la cara de "Ornella", sin embargo, fue que los médicos tendrían que habérselo dicho. ¿Se hubiera negado? No. En aquél momento, a ojos de los demás, era un monstruo. Ahora el monstruo era este hombre que aparecía de la nada para turbarlo. ¿Qué necesidad tenía de revelarle algo así? ¿Estaba loco? No era más que un hombre en la oscuridad, una mera silueta con ojeras, pero le había dicho lo único que no quería escuchar. Se lo quitó de encima con un ademán violento del brazo, como hubiera hecho ante una rata con un pie.

Carlo (no solamente le había dicho que ella se llamaba Ornella, sino también que él se llamaba Carlo) trastabilló y volvió a abalanzarse sobre Saupol, ahora con los brazos extendidos, siempre llorando, como una pesadilla que se repite; trataba de hablar y no podía, trataba de contenerse y no podía, quería decir algo y lo decía.

Alcanzó a rozar la cara de Saupol con la punta de los dedos. Después, repentinamente, se echó a correr a toda velocidad.

Saupol volvió a su casa.

Se acostó en un sofá, temblando aliviado, como si acabara de quitarse un peso de encima, o de elevarlo y suspenderlo a cierta distancia sobre su cabeza; apenas un instante después el peso volvió a depositarse en él, ahora con más fuerza que antes. Saupol resistió todo lo que pudo. Ya vencido, descorrió sobre la mente una membrana blanca, como los ojos de un tiburón que va a morder, y dejó que el cuerpo se hundiera. Era el mismo ejercicio de aquel sabio sin nombre que había inventado en *El heredero*, pero que nunca había llevado a la práctica, ni antes ni después. Algo menos que un abandono, algo más que una separación. No había sentido nunca ninguna necesidad de comprobar si funcionaba: eran palabras; pero una cosa era poner la mente en blanco y otra muy distinta descorrer sobre ella una membrana. ¿Cuántos miles de lectores suyos, a los que ahora por fin se parecía, lo habían intentado, quizá con éxito? No pudo resistirlo. Consciente de que estaba embaucándose a sí mismo, se levantó de un salto y corrió hasta el espejo.

No era necesariamente la cara de una mujer, excepto porque ahora lo sabía. Se puso de perfil para observar la nariz. Carlo había visto su foto en el diario; le había dicho que había estado a punto de dar vuelta la hoja cuando de pronto reconoció la nariz. Ningún otro rasgo hubiera llamado su atención. Suaves aletas sobre fosas ovales, con la punta levemente curvada hacia abajo, como el pico de un pájaro que empolla dos huevos.

Se apartó del espejo y, a mitad de camino en su regreso al living, lo embargó de pronto una extraña e intensa felicidad. Desde el

trasplante se había pensado siempre con su cara original; cada vez que se miraba al espejo recibía el impacto de no verse: era él, pero no estaba ahí. Ahora, por primera vez, se reconocía en la cara que acababa de ver, la cara de Ornella.

Pasó el resto de la noche haciendo sus valijas. A primeras horas de la mañana decidió no llevarlas. Puso su computadora, sus documentos y unos pocos papeles personales en un bolso de mano, compró un pasaje de avión a Roma y lo llamó a Gil. "Tuve un pequeño contratiempo", le dijo. "Voy para allá".

Gil vivía con la madre en un departamento céntrico, a unas veinte cuadras del mar. Saupol llegó empapado; en el breve trayecto desde la puerta del taxi hasta la puerta del edificio lo había sorprendido un chaparrón torrencial. Se quitó los anteojos y los sacudió en el aire mientras Gil le ponía un trapo bajo los pies.

—¿Quiere café? ¿Quiere que trabajemos acá? —dijo Gil señalando la mesa del living.

Saupol no tenía ninguna intención de trabajar en nada, pero aceptó el café y se sentó a la mesa. No había terminado de acomodarse en la silla cuando la puerta se abrió y entró la madre.

—¡Lo vi, lo vi, sabía que era usted! —dijo. Traía una bolsa con frutas en una mano, un paraguas en la otra y una cartera colgando del hombro—. Usted esperaba el ascensor, lo vi desde la puerta de calle. Habrá pensado: "¿Pero quién es esta loca que me sonríe así?". Bueno, era yo. No encontraba la llave.

A Saupol le cayó bien inmediatamente. Era una mujer alta, suave y distinguida, aunque se notaba que vivía con lo justo. La mujer le dio la mano y se disculpó por haber ido a comprar provisiones a último momento: su hijo le había contado que vendría a desayunar apenas un minuto atrás. A pesar de la sorpresa, sin embargo, no parecía molesta, ni con su hijo ni con Saupol. Al contrario, daba la impresión de estar muy contenta de tenerlos allí a los dos, como testigo privilegiada de una obra en construcción.

Fue a la cocina y reapareció trayendo una bandeja con una jarra de café y tres tazas de loza blanca tan cascadas que no tintineaban al chocar. Dejó la bandeja sobre la mesa y dijo:

—Séquese, por favor —ofreciéndole una toallita de mano.

Saupol tenía la cara empapada. Lo sabía porque su nueva nariz, todavía no muy sensible, aunque ya aceptada, goteaba sobre el mantel.

—¿Le fue difícil encontrar la casa?

—No. Vine en taxi —dijo Saupol.

La mujer se sonrió.

—Usted debe estar harto de hablar de libros y salvajes. Hablemos de taxis. ¿Sabía que Gil nació en un taxi? ¿No? Si no le contó eso, tampoco debe haberle contado quién era el chofer —hizo una pausa —. Xuxo Nieva.

—Xuxo Nieva… —murmuró Saupol, ligeramente desconcertado.

—Usted es mucho menor que yo, pero sin duda su madre ha visto alguna de sus telenovelas; pregúntele quién fue Xuxo Nieva. ¿Su madre vive?

—No.

—Ah, entonces… Si yo tuviera la capacidad de imitar voces, usted lo recordaría en el acto. ¿Puedo contarle cómo fue? —Saupol asintió —. Estaban grabando una escena en exteriores. Habían cortado la calle en la esquina, y en esa época yo vivía a mitad de cuadra… Tuve contracciones. Estaba sola. Salí corriendo y me subí al primer taxi que vi. "Señora", me dice una voz conocidísima. "¿Qué hace?". Lo miré y apenas pude creer que fuera Xuxo. Se armó un revuelo importante. Unos productores y asistentes intentaron bajarme, pero Xuxo puso primera y encaró hacia el hospital. Unas cuadras después le pedí por favor que se detuviera, no podía más. Resultado: las manos de Xuxo Nieva fueron la primera cosa del mundo exterior que tocó mi hijo. Podría decirse que nació en manos de un personaje de ficción.

—Qué notable —comentó Saupol.

—¿Verdad que sí? Siempre le dije: "Tu cadena de nacimiento y renacimiento vendrá de la mano de la ficción". Y no me equivoqué: nació en manos de Xuxo y ahora renace en las suyas, Mauro. Nunca lo he visto tan feliz. Se pasa el día escribiendo. No piensa en otra cosa.

Saupol oyó unos chasquidos a su lado. Era Gil, que se llevaba una rodaja de sandía tras otra a la boca. Con aire de haber sido descubierto, Gil le acercó la fuente (sandía, melón y mango, las frutas que su madre había comprado un momento atrás) invitándolo a servirse. Saupol clavó el tenedor en un cubo de mango.

—Su hijo escribe mucho mejor que yo.

—Eso está por verse —dijo la madre mientras Gil, que se había atragantado con el elogio, tosía y carraspeaba—. Aquella tarde, apenas Xuxo lo dejó en mis brazos, le dije que lo iba a llamar como él. ¿Sabe qué me dijo Xuxo? Que prefería que lo llamara "Gilberto", como a su padre. Sacó de la guantera del taxi el guion que estaban filmando y me lo dedicó. ¿Puedo mostrárselo?

Saupol asintió y la mujer fue y vino en cuestión de segundos con un guion amarillento entre las manos. El actor había estampado su dedicatoria en diagonal sobre los diálogos de la primera página: "*Para María y Gilberto, con el mismo amor que les daría si hubiera estado siempre allí*".

—Qué lindo —dijo Saupol.

—¿Me lo dedicaría también usted?

—Mamá, por favor —intervino Gil—. Tenemos que trabajar…

—¿Sabe lo que decía Joyce? —dijo Saupol—: "Es más difícil dedicar un libro que escribirlo". Pero, tratándose de un guion…

La mujer revolvió su cartera hasta que encontró un lápiz. Era un lápiz negro, hexagonal, de unos cinco centímetros de largo, con la punta redondeada. Saupol lo miró como a un objeto extraño.

—Dios mío, cuánto tiempo hacía que no tenía un lápiz en la mano…

La dedicatoria del actor, tan emotiva, lo cohibía. Alcanzó a leer algunas líneas de diálogo en el taxi ("¿Por dónde quiere ir?"… "Por cualquier parte, con tal de que sea rápido") antes de lanzarse a escribir un puñado de palabras con letra diminuta. La madre de Gil agarró el guion. Trató de leer la dedicatoria sin anteojos y con anteojos y finalmente se levantó y se perdió de vista. Gil dijo que el libro estaba listo. Saupol lo retuvo tomándolo de un brazo cuando Gil amagó ir a buscarlo y le preguntó si alguien lo había leído.

—Nadie —dijo Gil.

—Tiempo atrás llegué a pensar que Sabana se metía en mi computadora y te pasaba mis archivos… —dijo Saupol mirando a la mujer, que ahora intentaba leer la dedicatoria a la luz de la ventana, con un nuevo par de anteojos—. Después supe que en realidad se los pasaba a Tom. ¿Cómo lo sé? Me lo dijo Ingrid. No, no la vi: me llamó. No importa, es todo muy intrincado y no hace a la cuestión. El caso es que por suerte mis archivos no eran más que notas. Y aunque Tom no tiene forma de demostrar que esas notas me pertenecen, intentará usarlas contra tu libro cuando sea publicado.

Saupol sacó una tarjeta de memoria del bolsillo y se la entregó.

—Está todo ahí. Lo que me robó Sabana y lo que escribí después. Leelo, puede servirte. Te autorizo a contarlo todo hasta el final. Me gustaría que digas que vomitaste cuando viste el resultado de la operación a la que no tuve más remedio que someterme. Te cedo las regalías; me sobra el dinero. Ya te haré llegar algunos documentos e indicaciones. Desaparezco, mi querido Gil. Tu libro será lo último que se sepa sobre mí.

—¿Qué va a hacer? ¿Adónde va a ir? —dijo Gil—. Tengo un millón de preguntas que hacerle…

—Imagino que sí, pero ya no puedo responder a nada. Me voy. Me voy esta misma tarde. Quiero empezar una nueva vida. Yo ya no soy Mauro Saupol. Ni siquiera soy un escritor.

Gil estaba pálido. Saupol se levantó y fue al encuentro de su madre.

Ella se disculpó por su vista y él por su letra. Y le dijo lo que había escrito. A ella no le produjo ninguna emoción, pero se sintió muy orgullosa por el abrazo que le dio.

CAPÍTULO 5

A sus quince años, Pavel odiaba más que a ninguna otra cosa algo que centenares de millones de chicos de su edad ni siquiera sabían que existía: el Hotel Winston Palace de Venecia. Cada verano, a comienzos de junio, sus padres, un rico empresario ruso y una rica ama de casa, se instalaban en una de las lujosas suites del Winston Palace, con vista al Adriático, donde permanecían hasta fin de mes. Pavel se aburría como una ostra. Era hijo único, y encima de padres viejos: él tenía cincuenta y siete años y ella cuarenta y seis. Hacía décadas que el Winston Palace era el primer punto en el itinerario de sus largos veraneos.

Pavel había compartido la suite con sus padres hasta que cumplió trece. A los trece y a los catorce había ocupado su propia suite, vecina a la de ellos. Ahora, por primera vez, a los quince, le habían permitido llevar un amigo. Su elección recayó en Kirill, un compañero del colegio al que admiraba y con el que se había iniciado en las drogas y en el sexo grupal. El año anterior Kirill había violado a una chica dos años menor que él, al término de una fiesta en la casa de Pavel. La chica estaba tan alcoholizada que nunca se enteró. Su novio, también presente en la fiesta, y tan alcoholizado como ella, le hizo "el amor" después de buscarla largo rato por las habitaciones de la casa y al día siguiente debió lidiar con la acusación. En su descargo dijo que "estaba borracho y no sabía lo que hacía".

Kirill, al igual que Pavel, era hijo único, pero -a diferencia de Pavel, que vivía bajo el ala de sus padres- apenas si conocía a su madre: Kirill se había criado con un ejército de mucamas; últimamente, incluso, había empezado a manosearlas; una de ellas lloró abrazada a sus pies cuando la despidieron. Era más rico que Pavel, lo que no es poco decir, aunque nunca había recibido siquiera un beso de parte de los administradores de su herencia, pero también más inteligente: no se sentía una víctima. Él *sabía* que lo era, y quería vengarse.

Cualquier cosa que le hiciera mal a otro le parecía bien. Sus compañeros de colegio, sus vecinos, sus parientes, todos los que lo conocían, en definitiva, decían que era un demonio. Le temían. No

había nadie que se atreviera a mostrarse siquiera antipático con él. En esa paradoja vivía Kirill: el mundo le sonreía, pero él quería aplastarlo. Y lo deseaba con tanta fuerza y tan claramente que le apareció un seguidor: Pavel.

Hacía rato ya que Pavel era consciente de que podía bastarse a sí mismo (no quería vengarse de nadie, las chicas lo adoraban, empezaba a interesarse por el negocio del arte), pero nunca se divertía tanto como en compañía de Kirill. Se sabía superior a él -su léxico era más amplio, era físicamente muy agraciado- y lo dejaba ser el maldito del dúo. Para Kirill, Pavel era un admirador. Para Pavel, Kirill era un bufón; incluso tenía algo de mono: demasiados pelos, demasiadas cejas, demasiados dientes. Pavel, en cambio, era un galán, un adolescente de modales aristocráticos refinados por la TV, en el que ya se adivinaba el poder de una belleza que lo acompañaría para siempre. Así que se complementaban a la perfección. Kirill pensaba las maldades y Pavel las hacía posibles.

Del mismo modo en que desde el punto de vista arquitectónico el Winston Palace se destacaba por su estilo renacentista y desde el punto de vista social, por sus huestes de ricachones de la tercera edad, el silencio era su principal característica biológica. Bastaba con levantar la voz para ser amonestado. Por las noches, durante la cena, en el salón restaurante, siempre a *full*, era más fácil escuchar el sonido de las olas que rompían en la playa que la voz de la persona que se tenía enfrente. El susurro mismo con el que se dirigían unos a otros sonaba como un reclamo de silencio. En ese contexto, Kirill, que era un nuevo rico, desafinaba ostensiblemente, con sus risotadas, sus bruscas correcciones al menú, hechas sobre la marcha, cuando el camarero ya se retiraba, o los gestos evidentes con que solía señalar a alguien digno de burla unas mesas más allá.

Todos los sectores del hotel eran víctimas de su estilo. Se lanzaba a la pileta abrazado a las piernas, salpicando a los demás, orinaba en el agua y pisaba las toallas. En el jardín pateaba las flores al pasar; durante varios días seguidos dibujó una rayita roja en el pubis de una Venus de mármol, que un empleado se encargó cada mañana de borrar. Con una moneda escribió insultos en inglés en un ascensor. Pero estas pequeñas acciones maliciosas no eran más que el resultado de un carácter en precalentamiento, bailoteando siempre sobre la punta de los pies a la espera de un objetivo mayor.

Una tarde llegó al hotel una nutrida comitiva familiar: un matrimonio con sus padres (quizá los padres de uno de ellos, o un padre de cada uno de ellos) y sus cinco hijos. Kirill y Pavel comían una hamburguesa sentados a una mesita en el bar junto al lobby cuando los vieron entrar, seguidos por un ejército de empleados que cargaban sus numerosas valijas. En el acto, Kirill hizo foco en una

chica rubia y pálida, muy hermosa, de unos quince años, vestida como una punk, aunque de primera calidad. Codeó a Pavel llamando su atención. “Me gusta”, le dijo.

Volvieron a verla esa noche en el restaurante y al día siguiente en la playa. Kirill le pidió a Pavel que hiciera un primer contacto. Después de pensarlo un poco, Pavel fue a su encuentro. La chica estaba sola, parada en la orilla, observando a un hombre de mediana edad que, sobre una tabla de surf apuntada al horizonte, esperaba una ola en un mar planchado como un espejo. La chica llevaba puesto un bikini y tenía un tatuaje en la espalda, una libélula semihumana y malhumorada que flotaba entre sus omóplatos con los brazos cruzados y las alas extendidas. Pavel se le acercó por detrás y la saludó en inglés. Cuando la chica se dio vuelta para ver quién le hablaba, Pavel le preguntó de dónde era.

—Londres —dijo ella, lacónica.

—Moscú —dijo él, imitándola.

—¿Sos comunista?

—No…

—Qué lástima —dijo la chica y se alejó en dirección al hotel.

Esa tarde la vieron de nuevo en el salón; tomaba el té con su familia. Sus tres hermanos menores, todos varones, se comportaban como adultos, pulcros y ya flemáticos, mientras que ella daba la impresión de estar allí de mala gana, el mentón apoyado en un puño. Kirill y Pavel la observaban a la distancia, repantigados en los sillones del salón oval. Kirill bebía una cerveza. El fracaso de Pavel lo había estimulado, de modo que cuando la chica advirtió que estaban mirándola y se dio vuelta hacia ellos, Kirill alzó la cerveza en señal de saludo. Sorpresivamente, la chica se levantó y caminó directo hacia allí.

—¿Un trago? —le dijo Kirill extendiendo la lata.

—¿Es sin alcohol?

—Sí.

—Qué lástima —dijo la chica y siguió de largo. Atravesó el salón y salió a los jardines del ala norte.

Kirill y Pavel quedaron un momento mirándose callados, se diría que atónitos; después se levantaron y salieron tras ella. Acababan de bautizarla Whatapity (“What a pity”, “Qué lástima”). La buscaron allá y aquí por los jardines sin encontrarla. Ya estaban a punto de darse por vencidos cuando la vieron subir la escalinata de piedra que conducía a la calle. Corrieron hacia allí. A esa hora en la calle había una marea de turistas, y por más que Pavel y Kirill fueron y vinieron en una dirección y en otra no pudieron localizarla. Se había esfumado.

Compraron unas latas de cerveza con alcohol (en el hotel estaba

prohibida la venta de alcohol a menores de edad) y se pusieron a vagar por la ciudad. En un puente se cruzaron con un grupo de chicos bastante mayores que ellos que tocaban la guitarra y fumaban hash. Eran españoles. Pavel y Kirill se acercaron con intención de abastecerse. Tuvieron suerte, porque los españoles no solo aceptaron venderles, sino que además lo hicieron en cantidad.

—¿Qué onda el rock de Moscú? —les preguntó uno de ellos.

—Yeah —respondió Pavel.

Armaron un cigarrillo mientras se alejaban y lo fumaron entero antes de subirse a un vaporetto. Pavel había hecho ese mismo viaje decenas de veces en compañía de sus padres, que adoraban sentarse a tomar una copa en la Plaza San Marcos y protestar por la sobreabundancia de norteamericanos y japoneses, pero nunca se había reído como ahora. El "yeah" con que había respondido a la pregunta de los españoles por el rock ruso le causaba una gracia enorme. "Yeah", se decía una y otra vez, y al hacerlo golpeaba el vidrio de la ventanilla con la frente. Kirill lo tomó de un brazo y le señaló con el mentón a un hombre que iba sentado en la fila opuesta, a la altura de ellos.

—¿Qué tiene? —dijo Pavel.

—Te mira —dijo Kirill—. Ahora no. Recién te miraba fijo. Está viviendo en el hotel. Ayer en la playa también te miraba.

Pavel no lo reconoció. Nunca lo había visto antes. El hombre resultaba muy extraño con su camisa de seda abierta, su sombrero de ala ancha, sus sandalias, sus cejas depiladas y la cara cubierta de maquillaje. Llevaba un libro que acababa de comprar, todavía envuelto en papel satinado; cuando advirtió que los chicos hablaban de él se abocó a la tarea de desenvolverlo, cuidadosamente, como si no quisiera romper el papel, quizá porque era un regalo y planeaba envolverlo otra vez luego de echarle un vistazo. Pavel se desentendió del asunto y volvió a mirar afuera por la ventanilla. Ahora también Kirill miraba afuera, con el mentón casi apoyado sobre el hombro derecho de Pavel.

—Guau… —dijo Pavel.

—¿Qué? —preguntó Kirill.

—Nada, ya pasó…

—¿Qué era?

Pavel giró hacia Kirill, de modo que sus narices casi se rozaron.

—¿Qué te importa? —le dijo y se lo sacudió de encima.

Kirill le puso la mano abierta sobre la cara y lo empujó contra el vidrio. Pavel le hundió un dedo en la axila, muerto de risa, hasta que Kirill no tuvo más remedio que soltarlo.

—Shh… —dijo Pavel—. Estamos haciendo mucho ruido.

Se callaron y volvieron a mirar por la ventanilla.

—¡Slash! ¡Slash! —gritó de pronto Kirill golpeando el vidrio con un dedo. Lo más parecido a Slash que vio Pavel fue un hombre de espaldas, al borde del canal, con el mismo pelo del célebre guitarrista, pero de menor estatura y con una nena de cara redonda en brazos que los saludaba al pasar.

—No es Slash, idiota —dijo Pavel.

Y volvieron a cruzar empujones y cosquillas. En ese momento el vaporetto llegó a destino. Tenían la sensación de haber hecho un largo viaje, pero al incorporarse para bajar vieron que el hombre del libro, imperturbable, recién terminaba de quitar el papel satinado y empezaba a doblarlo en cuatro.

La Plaza San Marcos estaba cubierta por unos cuantos centímetros de agua. Kirill se quitó las zapatillas, ató los cordones de una con la otra y se las colgó del cuello. Pavel lo imitó. Se arremangaron un poco los pantalones y caminaron por el agua en dirección a la Basílica.

Había una larga fila de turistas esperando para ingresar, pero ellos entraron directamente, o al menos lo intentaron. Un guardia los detuvo: descalzos no podían pasar. Kirill le preguntó en tono desafiante por qué no y Pavel lo agarró de un brazo y trató de llevárselo de allí antes de que el guardia notara que estaban drogados. Kirill pateó el agua, salpicando al guardia, y se puso a correr a toda velocidad, con Pavel todavía prendido de un brazo.

—¡Whatapity! —gritaba Kirill llamándola—. ¿Dónde estás, Whatapity? ¡Whatapity!

De regreso en el hotel se desplomaron en sus camas, unas enormes camas Heavenly Bed, y se quedaron dormidos. Despertaron a medianoche, muertos de hambre. Los padres de Pavel habían cenado a la luz de las velas en el restaurante terraza y ahora bebían una copa; disfrutaban con evidente contrariedad de la música de un grupo de mariachis que zigzagueaba por entre los comensales aturdidos. Apenas Pavel y Kirill se sentaron a la mesa, la madre de Pavel les comentó que un minuto atrás un hombre les había dicho que los mariachis se habían colado en el hotel: no eran parte de los shows, nadie los había invitado ni contratado. Él ya había padecido al mismo grupo en otro hotel semanas atrás, donde alguien, después de varias noches de tolerancia, se atrevió por fin a preguntarles qué hacían allí, desatando una refriega con empujones, guitarras en alto y amenazas de muerte a viva voz. Por lo visto, los mariachis, amparados en sus disfraces y en la férrea formalidad de los hoteles de lujo, se colaban sin ningún problema. La madre de Pavel señaló al hombre que les había pasado la información. Pavel reconoció al hombre del libro, el que había viajado con ellos esa misma tarde en el vaporetto. El hombre cenaba solo. Tenía el libro sobre la mesa. Cuando advirtió que Pavel lo miraba

enderezó la espalda y despegó los labios. Una simple mirada suya parecía haberlo perturbado.

Whatapity no dio señales de vida hasta dos días después, en Intimo Blue, el piano bar del hotel, un pequeño salón decorado en una gama de tonos pastel al estilo de los años sesenta, informal y sofisticado a la vez, en el que los tres (Pavel y Kirill por un lado y Whatapity por el otro) coincidieron una noche de tormenta; era el único lugar al que podían ir. Pavel y Kirill habían cargado los bolsillos con toda clase de botellitas de vodka y whisky y las vaciaban en sus copas a intervalos regulares (cada dos tragos) hablando de todo y de nada, cuando vieron entrar a Whatapity. Venía en compañía de un tipo de alrededor de veinticinco años con aspecto de funcionario público.

Whatapity dio la impresión de haberlos visto, a juzgar por la vehemencia con la que intentó fingir que no; a Kirill, que solía ver fantasmas y que, como todo paranoico, solía estar en lo cierto, el gesto no le pasó desapercibido. Pero esta vez, en lugar de pedirle ayuda a Pavel, decidió actuar por sí mismo. Se levantó y fue a sentarse en una de las banquetas de la barra, desde donde podía ver a Whatapity por el espejo (entre botellas) y desde donde, llegado el momento, podía hacerle alguna seña. Muy bien. Pero ¿qué seña? Había pensado que, apenas su mirada se cruzara con la de ella, le sonreiría, por supuesto, pero inclinando la cabeza sobre un hombro, como diciéndole: "¿Todo bien? ¿O podrías estar mejor?". Ahora pensaba que tal vez sería más efectivo inclinar la cabeza sobre un hombro seriamente, sin sonreír, como diciéndole: "¿Y? ¿Todo bien? ¿O voy a tener que esperar mucho tiempo más?".

Lo pensó tanto que, después de una breve distracción para pedirle hielo al barman, volvió la vista hacia la mesa y vio a Pavel sentado con Whatapity (el funcionario iba camino al baño). No lo podía creer. Giró, dándole la espalda al barman para que no lo viera vaciar su botellita de vodka en la copa, y le hizo una seña a Pavel preguntándole qué onda y, en segundo plano, si podía acercarse. Pero Pavel fingió no haberlo visto. Conversaba de lo más entusiasmado con Whatapity.

Esa noche Kirill se fue a dormir temprano. Dos horas después, cuando por fin llegó Pavel, Kirill seguía despierto, con el cuerpo enredado en las sábanas. Al verlo entrar se incorporó de golpe y le preguntó qué había pasado. Pavel le dijo que nada. Dijo tres o cuatro veces que nada en menos de un minuto. Tenía sueño. Se quitó los pantalones y la camisa y se metió en la cama. Estaba agotado. Un rayo lunar, tan pleno sobre su frente como sobre el Adriático, iluminaba a la vez las débiles olas del mar y el deseo que lo agitaba, por decirlo de alguna manera: Whatapity le había dicho que les chuparía la pija a los dos si no fueran tan idiotas. A partir de ese momento su charla con

Whatapity se había vuelto más difícil, pero aún fluía. No obstante, en determinado momento -cuando el funcionario dijo que le gustaría mucho bailar esa pieza- Pavel había optado por retirarse.

Todo esto se lo contó a Kirill recién al otro día, durante el almuerzo que compartieron con sus padres en el Taverne, uno de los restaurantes del hotel, al nivel de la playa, en un decorado de cañas de bambú y de vid entrelazadas. "¿Que nos chuparía la pija a los dos si no fuésemos tan idiotas?" preguntó Kirill. "¿Lo dijo *así*?". Pavel asintió. Kirill no volvió a abrir la boca.

Después del almuerzo fumaron hash y salieron a la calle. Ahora iban tranquilos y callados.

Kirill había sido el primero en ver a Whatapity. Pavel, el primero en acercarse a ella. Hasta ahí las cosas marchaban bien. El problema aparecía cuando, siguiendo la lógica histórica en la que se fundaba su amistad, Pavel debía entregarle su conquista; decirle, por ejemplo, cómo se llamaba, en lugar de asegurarle que no recordaba su nombre, o cuál era su habitación, o planear la forma de presentarlo y dejarlo a solas con ella en la próxima oportunidad. Y Pavel no lo hacía. No decía una palabra sobre el asunto. Caminaba en silencio, como ausente, mirándose en las vidrieras; de tanto en tanto se detenía a contemplar la arquitectura de la ciudad con fascinación, como si hubiera envejecido. Pero ni una palabra sobre Whatapity ni sobre sus intenciones con ella.

De regreso en la suite miraron televisión hasta altas horas de la noche.

Al día siguiente Kirill se presentó ante una de las recepcionistas del hotel. Le describió a Whatapity y le preguntó en qué cuarto estaba. La recepcionista se negó: no estaba autorizada a dar esa información, pero le dijo que se alojaba en la suite número 15 cuando Kirill sacó del bolsillo un billete de 100 euros. Esa noche, cenando en compañía de Pavel y de sus padres, como todas las noches, Kirill vio que en la mesa de Whatapity estaba toda su familia menos ella. Siguiendo una corazonada se excusó, se levantó y se dirigió a la suite número 15.

Dejó el ascensor en el segundo piso y avanzó por el pasillo retorciéndose los dedos. Al pasar frente a la suite número 14 la puerta se abrió y salió el hombre del libro, que le sonrió. Kirill no le llevó el apunte. Se detuvo frente al número 15 y llamó a la puerta con dos golpecitos. El ascensor se cerró tras el hombre del libro.

Kirill volvió a golpear. El pasillo daba a un gran ventanal sobre el jardín iluminado. Más allá estaba la pileta de natación. Mientras esperaba que la puerta de la habitación se abriera, Kirill giró hacia el final del pasillo y le pareció ver a Whatapity echada en una reposera junto al agua, con una pierna cruzada sobre la otra. Fue hasta el ventanal. ¿Era ella? Bajó la estrecha escalinata de acceso al jardín

saltando los escalones de tres en tres y se acercó a la reposera.

Whatapity se asustó al verlo aparecer de pronto.

—Perdón —le dijo Kirill—. Recién llamé a tu cuarto.

—Qué lástima —dijo ella—, estaba acá.

Kirill le preguntó qué hacía y Whatapity le dijo que "juntaba hambre para soportar a su familia a la hora de la cena". Kirill no le dijo que su familia ya estaba en el restaurante, pero sí que -a una pregunta suya- la había ido a buscar porque… no supo qué decir.

Whatapity puso los ojos en blanco.

—Ya sé. Pavel te contó que les chuparía la pija a los dos si no fueran tan idiotas —dijo Whatapity volcando sobre él la mirada ahora llena de sentido, del sentido que había ido a buscar al otro lado de la mente al poner los ojos en blanco— y eso te excitó, ¿no? ¿Ustedes no se dan cuenta de lo tontos que son?

—Mi padre vende armas —dijo Kirill, como diciendo: "¿Qué leías?".

—Le pedí prestado este libro a un portugués que vive acá en el hotel, está bueno —y se lo alcanzó. Era el libro de Gil, con la cara original de Mauro Saupol en la cubierta. Versión italiana. Kirill no sabía una palabra de italiano y se lo devolvió enseguida—. Es muy, muy, muy interesante —dijo Whatapity.

—¿Habrá una versión en inglés, o en ruso? —preguntó Kirill.

Whatapity se sonrió:

—¿Te gustaría besarme? —le dijo de repente.

Kirill se quedó duro como una piedra, como un diamante; soltaba un arcoíris de luces primerizas en cualquier dirección, como si acabara de ser pulido y no dominara todavía el resplandor de sus facetas. Hubiera necesitado un poco más de tiempo para reaccionar. No lo tuvo. Whatapity no se lo dio; se levantó y se alejó sin decir nada más. Parecía decepcionada, pero también satisfecha.

Un momento después, ya de regreso en el restaurante, Kirill no probó bocado, ni respondió a las preguntas de su amigo. La madre de Pavel se mostró interesada en su silencio y quiso saber si se sentía bien. Kirill asintió con la cabeza. Cerca de allí, la familia de Whatapity (ella seguía ausente) festejaba con aplausos insonoros el primer sorbo de champagne de uno de sus hijos, un varón de once años. Más allá, sentado solo a su mesa, como siempre, el hombre del libro miraba abiertamente a Pavel. Solo apartaba la vista de Pavel para clavar el tenedor en algo parecido a papas, bañadas en algo parecido a crema, todo muy rojo y brillante. Cuando notó que Kirill lo había descubierto, quitó el sobrecito interno de un CD de música que agarró de encima de la mesa (trabajosamente, luego de varios intentos, como si su mano nerviosa se empeñara en fallar), lo abrió y pasó un buen rato leyendo

los títulos de las canciones y toda la información impresa en su interior. Ahora, privado de mirar lo que quería, daba la impresión de estar asfixiándose, como si todos sus sistemas hubieran colapsado al desacelerarse, en tanto que antes aparecía de lo más relajado y confortable, aun con el corazón a mil.

Pavel sabía que Kirill había ido en busca de Whatapity, pero no si la había encontrado, y en ese caso qué había ocurrido. Kirill no dijo palabra; después de los encuentros de uno y otro con ella, siempre individuales, los ganaba alternativamente el ensueño y la irritación. Querían agarrarse a golpes. Como la suite que ocupaban (un verdadero desastre hasta que a primeras horas de la mañana el personal doméstico entraba a limpiar), las cosas entre ellos volvían a la normalidad recién al día siguiente. Orgulloso, Kirill le contó a Pavel que Whatapity lo había invitado a besarla. Pavel no le creyó, pero se puso inmediatamente serio y triste. Un momento después se tiró a la pileta y nadó veinte largos apretando los dientes.

Comieron hamburguesas en la habitación y miraron TV. A primeras horas de la tarde bajaron a la playa. Whatapity no estaba por ninguna parte. Kirill y Pavel fumaron un poco de hash y, en traje de baño, con ojotas y remera, salieron a caminar por la ciudad. En la vidriera de una librería vieron una decena de ejemplares del libro de Gil en su versión inglesa. Kirill le contó a Pavel que ese era el libro que estaba leyendo Whatapity la noche anterior. Entraron a la librería con intención de comprarlo, pero no llevaban un centavo encima, así que tuvieron que contentarse con ojearlo allí mismo. Era un libro de unas trescientas cincuenta páginas, aunque cincuenta de ellas eran fotos: fotos de las cubiertas de los libros de Saupol, fotos de Saupol en distintos momentos de su vida, siempre sonriente, siempre distendido y muchas veces recibiendo un diploma, o una estatuilla, en salas o auditorios siempre colmados.

—Es un escritor… —murmuró Kirill.

Pavel, que ojeaba su propio ejemplar, emitió un gemido y arrugó la nariz impresionado al llegar a la segunda tanda de fotos, separada de la primera tanda por un ancho de dos centímetros de texto. Kirill pasó las páginas para ver de qué se trataba. En esta segunda parte había varias fotos de una selva (el epígrafe decía que se trataba del Amazonas) y de un grupo de personas en una barca o barcaza de aspecto lamentable, en una de ellas incluso con el techo cubierto de flechas, como un puercoespín. Había también fotos de una tribu de salvajes, tomadas subrepticiamente a juzgar por los pésimos encuadres y enfoques, y un retrato en plano medio de una joven semidesnuda y muy bonita que miraba fijo a cámara, con un brazo apenas levantado. El epígrafe decía: *Irina*. Pero la foto que había hecho gemir a Pavel era la última del libro: un hombre sin cara, un hombre horriblemente

lastimado, *Mauro Saupol*.

—¿Es el mismo del principio? —dijo Kirill.

—Parece que sí. ¿Qué le habrá pasado?

—No sé. Habría que leer un poco. ¡Guau, mirá esta! —Kirill le mostró una foto de Sabana—. ¿No se parece a Whatapity? —el chiste era malo, pero servía para descomprimir la tensión, que el efecto del hash había llevado a su punto más alto—. Yo empiezo a verla como a un monstruo, va a conseguir que nos peleemos. Y me parece que lo hace a propósito…

—¡Se lo comieron! —exclamó Pavel, que en lugar de escuchar a Kirill leía unos párrafos al azar. Soltó un silbido, cerró el libro, quedándoselo en la mano, y levantó la vista. Desde que estaban allí parados, ojeando cada cual un ejemplar, el dueño de la librería había vendido cinco y ahora se acercaba en busca del sexto. Esta vez la clienta era una hippie, una millonaria excéntrica vestida con una larga túnica hindú. Pavel, sin más trámite que una sonrisa, se dirigió a ella y le preguntó si podía comprarle un ejemplar. Él y su amigo, dijo, habían salido del hotel sin dinero y el libro los había atrapado. La hippie lo pensó un momento y le preguntó porqué no iban al hotel a buscar dinero y volvían a comprar el libro, si tanto les interesaba. Pavel dijo que eso era muy razonable, pero (un error efecto del hash) que no estaba muy seguro de ser capaz de ir y volver desde la librería al hotel y del hotel a la librería solo para comprar un libro. La hippie dijo entonces: “Para leer, a veces hay que esforzarse un poco”. “Eso también es verdad”, reconoció Pavel. “El problema es que mi hotel está a una hora de vaporetto desde aquí (mintió), un viaje que yo preferiría hacer hasta su casa, o hasta su hotel, para devolverle el dinero, ya con el libro leído”. “Eso quiere decir que no pensás devolvérmelo enseguida”, dijo ella, que empezaba a divertirse con la tenacidad del chico. “En realidad se lo devolvería inmediatamente, quizá esta misma tarde”, dijo Pavel. “Por lo visto leés rápido”, dijo la hippie. Pavel se sonrió y alzó las cejas: “¡No leo nunca!”, exclamó. “Soy una bestia. Pero hoy usted puede hacer que me convierta en otra persona”. La hippie soltó una carcajada. “¿Qué fumaste?”, le preguntó. “Hash”, dijo Pavel. “Ya sé, todavía soy muy chico y no debería hacerlo. Es verdad. Eso también es verdad. Todo lo que usted dice es verdad. Quizá, si me dedicara un poco más a la lectura…”. La hippie aceptó comprarle un ejemplar, pero se negó a darle su nombre y su dirección. Era un regalo.

Pavel salió de la librería muerto de risa. Kirill, que llevaba el libro, no parecía tan divertido como él. Al contrario: una vez más, como siempre ante los éxitos de Pavel, Kirill vivía un momento de profundo desconcierto; daba la impresión de estar ante las piezas de un mecanismo ya desmontado cuyo encastre y funcionamiento no atinaba

a descubrir. Esta vez su perplejidad era más profunda que nunca, porque Whatapity estaba en juego. Pavel podía conquistarla así (chasquido), y eso era lo que iba camino a hacer. Pero no parecía dispuesto a entregársela, como había hecho con el libro. Él había descubierto a Whatapity, incluso había descubierto el libro. Él había dicho expresamente que Whatapity le gustaba. Él la había bautizado Whatapity. Nunca se había sentido tan atraído por nadie como por Whatapity. Estaba muy enojado con Pavel. La celeridad con que había entrado a la librería cuando él le dijo que ese era el libro que leía Whatapity la noche anterior y la energía que había invertido en conseguirlo no dejaba ninguna duda sobre su interés por ella, igual de grande que el suyo, solo que el de Pavel tenía más chances de concretarse. Le dijo:

—¿Escuchaste lo que te dije de Whatapity?

—No.

—Te dije que nos va a enemistar. Y que lo está haciendo a propósito. Juega con nosotros.

—¿Sí?

—Estoy convencido.

—Sin embargo somos nosotros los que andamos detrás de ella. Vos, anoche, sin ir más lejos, la fuiste a buscar. Y me dejaste solo. Tuve ganas de volver a Moscú.

—No es mala idea.

—¿Te irías?

—¿Vos no?

—Sí.

—¿Y entonces por qué no te vas?

—¿Y vos te quedás solo con mis padres?

—¿Por qué no? ¿Les caigo mal?

Pavel se detuvo. Lo tomó de un hombro.

—Kirill —le dijo—. ¿Te enamoraste?

Kirill hizo un chasquido con la lengua.

—No, me la quiero coger —dijo.

—Ah, bueno —dijo Pavel—, eso yo también, qué vivo.

En el mercado del Rialto, Kirill se robó dos manzanas que comieron sentados en la escalinata del puente. El cielo estaba liso y limpio y había mucho movimiento en todas partes. Pavel saludó con la mano a un grupo de chicas que lo miraron al pasar y, estimulado por Kirill, se levantó y empezó a seguirlas, hasta que una de las chicas se detuvo y le dijo en español algo que Pavel no entendió pero que bastó para hacerlo desistir. Caminaron sin rumbo a un lado y a otro por las estrechas calles de la ciudad, subiendo y bajando puentes hasta el atardecer. Un hombre disfrazado de arlequín les entregó un papel

impreso con una leyenda en italiano; la única palabra comprensible era “Carnaval”. Kirill le preguntó a Pavel si era la época del carnaval y Pavel le dijo que no: el carnaval era en febrero -faltaba mucho para eso- pero su padre había comentado que el municipio planeaba un Carnaval doble: el tradicional, en febrero, y su réplica, puramente turística, durante el verano. “Una peste”, murmuró.

De regreso en el hotel se arrojaron boca abajo sobre sus camas con un movimiento simétrico, de desmayo, opuesto en todo al movimiento con el que soñaban arrojarse sobre Whatapity, a quien en ese instante llevaban los dos en la cabeza.

Esa noche hubo un festejo conmemorativo de los trescientos años del hotel. Pavel y Kirill no fueron. El hombre del libro, según les comentó después Whatapity, había recibido una visita esa mañana, un provinciano de mediana edad al que quizá había invitado a pasar unos días allí y que en la fiesta desentonaba ostensiblemente. Whatapity se había puesto un vestido negro muy elegante y estaba sola a pesar de ser la más joven (y la más hermosa). El hombre del libro se acercó a saludarla y le presentó al provinciano que lo acompañaba. Se llamaba Carlo. Whatapity le dio la mano y Carlo casi se la rompe. Cruzaron unas pocas palabras con ella y luego se apartaron. Durante el resto de la noche Whatapity los vio en dos o tres ocasiones más: bebiendo una copa sentados a una mesa, conversando apoyados en la baranda del balcón que daba al jardín, a la luz de la luna (en ese momento Carlo rozaba con la punta de los dedos la cara del hombre del libro, que se echaba hacia atrás con pudor). A primeras horas de la mañana, mientras todo el mundo dormía, Carlo, con los cordones de los zapatos desatados y la camisa desprendida, abandonó de pronto la habitación del hombre del libro gritando como un demente: “¡Es mujer!”. Estaba completamente alterado, giraba en el lobby sobre sus pies como si no encontrara la salida. “¡Es mujer, es mujer!”. Finalmente atravesó la puerta de salida cargando un bolso con el logo de Alitalia y se alejó a paso rápido. Media docena de empleados lo siguieron con la vista hasta que desapareció: iba rascándose la cabeza con la mano en la que sostenía el bolso, aunque tenía la otra mano libre. El hombre del libro, abochornado, no salió de su habitación durante las próximas cincuenta horas.

Al día siguiente, poco antes del mediodía, Pavel y Kirill bajaron a la playa. Divisaron enseguida a los hermanos de Whatapity, que jugaban en la arena, y volaron hacia allí fingiendo caminar.

Whatapity dormía en el interior de la carpa familiar, sentada en un sillón de mimbre, en bikini, con las piernas estiradas y abiertas y las manos enlazadas sobre el pubis. A su lado, en otro sillón, dormía su padre, completamente vestido, y en el suelo, boca arriba en una toalla, su madre, con el último número de *Vogue* abierto sobre la cara.

Whatapity tenía la cabeza echada hacia atrás, sobre el respaldo del sillón, y los labios entreabiertos. Todo su cuerpo estaba a la sombra excepto la pierna izquierda, que había escapado de la carpa hasta más allá de la rodilla. Pavel y Kirill se acercaron lo suficiente para que los hermanos de Whatapity no advirtieran su presencia pero también para apreciar en detalle los huesos de su rodilla, los vellos dorados del muslo, la comba de una pantorrilla comestible y las uñas de los dedos del pie, que de tanto en tanto se agitaban y sacudían; podía tratarse del temblor de un sueño o de una reacción a la quemadura del sol.

Kirill estiró un brazo y la sombra de su mano se apoyó sobre la rodilla de Whatapity. Pavel no estuvo de acuerdo con el juego (lo golpeó en las costillas con un codo) pero Kirill siguió adelante: tocó sus muslos, su vientre, sus pechos, su cuello, de nuevo sus pechos, y por último le apoyó la sombra de la mano entre las piernas. Whatapity movió los labios, se los humedeció con la punta de la lengua, pero no llegó a despertarse. Pavel dio media vuelta y se alejó paso a paso, descontento con el asunto. Kirill lo siguió enseguida, no porque quisiera sino porque tenía una erección tan violenta que lo único que podía hacer -al menos en ese momento- era mezclarse con la gente.

Fueron a la pileta. Se dieron un baño. Sobornaron al barman para que les pusiera vodka en las gaseosas (“Somos rusos”, dijo Pavel. “A nosotros el vodka no nos hace nada”), ocuparon dos reposeras y bebieron en silencio, con los ojos cerrados. Entonces una voz, a menos de un metro de distancia, preguntó:

—¿Quién fue?

Ahí estaba Whatapity. Se había sentado en la punta de una reposera frente a ellos, había clavado un codo en un muslo y apoyaba el mentón en la mano, con el dedo índice extendido sobre la mejilla, como indignada.

—¿Quién fue qué? —dijo Kirill.

—Me lo contaron mis hermanos —dijo Whatapity—. ¿Quién lo hizo?

Kirill vaciló. Había sido siempre capaz de cualquier cosa y ahora, de pronto, no se atrevía a confesar siquiera una travesura como aquella. Pavel aprovechó la ocasión:

—Yo —dijo levantando una mano.

—Lo sabía —dijo ella.

Y se acostó en la reposera, ya más tranquila.

Kirill le dirigió a Pavel una larga mirada de desconcierto.

Whatapity les preguntó por qué no habían ido anoche a la fiesta. Ellos le preguntaron a dúo a qué fiesta se refería y Whatapity les habló del tricentenario del hotel. Sus padres habían bailado y bebido como locos hasta el amanecer. Ella también, aunque hubiera preferido

pasarla con alguien de su edad. Kirill dijo que se habían quedado dormidos. Whatapity se incorporó, apoyándose sobre los codos, y dijo:

—¿Ven por qué digo que si no fueran tan tontos…?

—Qué, qué —rogó Kirill—. Si no fuéramos tan tontos qué.

Quería oír en boca de Whatapity el resto de la frase, ese "les chuparía la pija" que venía enloqueciéndolo desde hacía ya varios días. Pero Whatapity le cambió la pregunta, dirigiéndose a los dos:

—¿En qué habitación están?

—Suite 35, tercer piso —dijo Kirill.

—¿Tienen drogas?

—Hash.

—¿Les molestaría que pase a visitarlos?

—Por supuesto que no —dijeron los dos.

Whatapity se levantó:

—A las diez estoy ahí, después de cenar —dijo y se fue.

Cuando Kirill y Pavel consiguieron reaccionar se apoyaron en la baranda que cercaba el sector de la pileta y la miraron alejarse. O la arena estaba muy blanda y la obligaba a un bamboleo de caderas, o Whatapity era plenamente consciente de ser observada. A mitad de camino alcanzó al hombre del libro, que bajaba a la playa. El hombre del libro aprovechaba la caída del sol para ir a la playa, pero aun así lo hacía con anteojos y sombrero. Whatapity caminó con él, y cuando el hombre del libro ocupó un sillón en su carpa se sentó a su lado. Pavel y Kirill los vieron conversar animadamente durante más de una hora. En determinado momento dos personas pasaron caminando a espaldas de Pavel y Kirill. Uno de ellos le decía al otro que iban a dejar el hotel: la moción del Carnaval doble había triunfado. Era una fiesta intolerable. Se iban.

Por la noche, diez minutos antes de lo acordado, Whatapity llamó a la puerta 35. Pavel y Kirill se habían duchado y perfumado y mataban el tiempo mirando televisión. Habían discutido, también, aunque brevemente, por dos motivos: uno, Kirill le reprochó a Pavel que le hubiera dicho a Whatapity que había sido él quien la había tocado con la sombra de la mano. Pavel se encogió de hombros y le preguntó (segundo motivo) dónde estaba el libro del escritor comido. Kirill dijo que debía andar por ahí, pero por más que lo buscaron no pudieron encontrarlo. Pavel le pidió que hiciera memoria. ¿Lo había llevado a la pileta, a la playa? Lo único que alcanzó a recordar Kirill fue que el mercado del Rialto era el último lugar donde lo había visto. Lo más probable era que se lo hubiera olvidado en la escalinata del puente.

—Idiota —le dijo Pavel.

—¿Cómo? —dijo Kirill empujándolo.

—Basta. El libro era un buen tema de conversación. Ella está interesada en ese libro y nosotros también. Y lo perdiste. Whatapity tiene razón cuando dice que nos chuparía la pija si no fueras tan idiota.

Kirill se quedó pensando. En ese momento Whatapity llamó a la puerta. Le abrieron. Estaba hermosa. Se había pintado los labios. Echó un rápido vistazo a la habitación y les dijo que había venido unos minutos antes porque los imaginaba demasiado ansiosos. "Absolutamente", reconoció Pavel.

Kirill armó un cigarrillo con el resto del hash y Pavel sirvió tres copas de vodka con hielo. Bebieron, pitaron y Whatapity se sentó en la cama.

Kirill le preguntó quién era el hombre que le había prestado el libro sobre el escritor comido.

—"El escritor comido" —dijo ella en tono de burla— se llama Mauro Saupol. Es un escritor famoso. Lo estoy leyendo. Lo raptaron unos caníbales y le comieron la cara. Y no solamente la cara: también los huevos y la pija. ¿Cómo sabías que se lo habían comido?

—Compramos el libro esta mañana —dijo Kirill—. Estábamos los dos muy dados vuelta y yo, lamentablemente, me lo olvidé en la calle. Pero algo alcanzamos a leer. Mañana lo voy a comprar de nuevo. ¿Y? No me dijiste quién es el tipo que te lo prestó…

—Gracias —le dijo Whatapity a Pavel, que le alcanzaba el hash. Pitó y aspiró y dijo con voz apretada, soltando el humo—: Un ricachón portugués. Buen tipo. Interesante.

—¿Qué hace? ¿A qué se dedica?

—¡A nada! ¡Es rico! ¿Qué hacen tus padres, venden armas?

—Mi padre —dijo Kirill—. Mi madre es actriz. Teatro.

—Hum, qué feo —dijo Whatapity—: todo el día en bares, todo el día con un bolso al hombro, todo el día nombrando a Chéjov y todo el mundo consciente de que vive de las armas. Perdón. Es bueno este hash. ¿Por qué te interesa tanto el portugués? Él parece más interesado en Pavel…

—Se lo dije —dijo Kirill.

—A mí me pasa algo parecido —dijo Whatapity—. Pavel es un chico de lo más hermoso.

Para Kirill el comentario fue demoledor.

—¿Quieren que me vaya? —ofreció sin convicción, con voz agónica.

—Para nada —dijo ella—, no seas tonto. Pasame el vodka. Acá nadie piensa en coger.

—Yo sí —dijo Pavel.

Whatapity se sonrió.

Kirill quedó inmediatamente desautorizado para decir lo mismo, así que dio una larga pitada al cigarrillo y se lo pasó a Whatapity, que lo agarró entre dos dedos y se dejó caer de espaldas sobre la cama.

—Hoy el portugués me dijo que los picaportes de la puerta de la habitación y de la puerta del baño le dieron electricidad. Se fue a calzar y le dieron electricidad los zapatos. Apoyó pensativo la mano en la pared y la pared le dio electricidad. ¿Qué hacen ustedes en Moscú?

—Supongo que nada muy distinto de lo que hacés vos en Londres —dijo Pavel.

Kirill permaneció en silencio.

—Qué loco, no conozco a ningún cantante ruso… —dijo Whatapity.

—Es verdad —dijo Pavel—. Yo viví unos años en Londres y nunca oí hablar de Rusia.

—¿Sí? —dijo Whatapity—. ¿Dónde, dónde vivías?

—En el barrio de Belgravia. Estudié un par de años en Eton. Un feo colegio y un feo país, para serte franco.

—Sí, yo también odio a ese puto país. Pero odiaría mucho más Rusia si hubiera pasado un par de años allí. Todo es feo.

—¿Rusia?

—Inglaterra, Rusia, todo. Venecia es el único lugar del mundo realmente bonito. Es la primera vez que vengo. ¿Ustedes?

—Yo vengo todos los veranos desde hace más de una década —dijo Pavel con voz cansada.

—¿Tu amigo se evaporó…? —preguntó Whatapity incorporándose en la cama.

"No", pensó Kirill. "Acá estoy". Esbozó una sonrisa y dijo que para él también era la primera vez en Venecia.

Se hizo un silencio.

—Quedé muy impresionado con la cara del escritor, se le veían los huesos —dijo Kirill después de un rato. El libro parecía haberse instalado en él como un tema excluyente, a la medida del fracaso que percibía en su relación con Whatapity y a la medida también de sus posibilidades de recuperar el terreno perdido hablando de lo que a ella le interesaba.

—El portugués lo conoció —dijo Whatapity—. Dice que era feo, viejo y sin talento, pero que alguna vez había sido un buen tipo. Hasta que tuvo éxito.

—No entiendo… —murmuró Kirill.

—Yo tampoco —dijo Whatapity. Hizo un silencio—. ¿Quieren ir a bailar?

—¡Yes! —dijo Pavel alzando la cara al cielo y abriendo los brazos

como ante un milagro.

Sin embargo no se movieron.

Quedaron largo rato callados. Escucharon la mitad de un hit musical en la TV y el comienzo de otro y de pronto Kirill dijo que se había quedado pensando en la frase del hombre del libro. No lo entendía: ¿qué era lo que lo había llevado en esa dirección?

—¿En qué dirección? —preguntó Whatapity, y después de una pausa se rieron los tres.

—No entiendo la relación entre el éxito y la bondad —dijo Kirill sin saber lo que decía—. ¿El éxito lo hizo mala persona?

—No, no —dijo Whatapity—, no tiene nada que ver con eso.

—¿Con eso qué?

—¿Cómo con eso qué?

—Dije si el éxito lo hizo mala persona…

—No, no tiene nada que ver con la moral, tiene que ver con el carácter, que no responde a ningún principio. Saupol, de joven, cuando nadie lo conocía, fumaba mucho.

A Kirill, drogado como estaba, la frase "de joven, cuando nadie lo conocía, fumaba mucho" le pareció genial; la repitió.

—El kiosco más cercano estaba a una cuadra de su casa —siguió diciendo Whatapity—. Lo atendían dos hombres de edades muy dispares: uno tenía más de sesenta años y el otro, menos de treinta. El de sesenta estaba en silla de ruedas. El menor de treinta era adicto al aeróbic. Eran un clarísimo NO uno para el otro. Y, sin embargo, la pareja funcionaba…

—¿Cómo se llama el hombre del libro, el portugués? —la interrumpió Kirill.

—Ornel —dijo Whatapity—. Ornel dice que le había caído bien a la pareja y que uno de ellos, el más joven, empezó a decirle que dejara de fumar. Se lo decía en tono de recomendación, no de censura; es decir, amorosamente, sin convicción. Pero en esa época Saupol, según Ornel (y hay mucho de eso en el libro), atravesaba una etapa de clarificación interior y creía en todo. Estaba convencido, por ejemplo, de que los kiosqueros lo querían. Y no solo el más joven, el otro también (aunque el más joven llevara la batuta). Se sintió apreciado. Bien. Ese era el lado positivo. El lado negativo era que el más joven interpretó los gestos de complicidad de Saupol a partir de entonces (los gestos de agradecimiento de Saupol hacia ellos, hacia él en particular, por hacerle sentir que lo querían y que por eso lo cuidaban) como un éxito en sus razones de fondo, y se puso firme en la tarea de salvarle la vida: si Saupol quería fumar, a partir de ahora (un determinado momento) iba a tener que ir a comprar tabaco al otro lado de la avenida. "El otro lado de la avenida" (yo no conozco

Portugal, pero la frase me hace pensar que es así) quería decir "media hora de marcha en dirección peligrosa", aunque no hubiera ningún peligro: era media hora de marcha a la ida y media hora de marcha a la vuelta. Ustedes dirán que… —se interrumpió—. Perdón. ¿Estoy muy fumada?

—¡No, no, en absoluto! —dijeron Pavel y Kirill, compenetradísimos con la historia de Whatapity casi tanto como con sus piernas, que abría y tensaba al ritmo del relato.

—¿Entonces…? —rogó Kirill, más enamorado que nunca.

—Entonces era dejar de fumar o caminar media hora de ida y media hora de vuelta hasta el otro kiosco. Porque no siempre se acordaba de comprar cigarrillos en el camino para ahorrarse la súplica en el kiosco vecino; era un escritor, escribía. Y a veces, obvio, estaba escribiendo, es decir completamente distraído, y de golpe se daba cuenta de que se le habían terminado los cigarrillos. No podía escribir si no fumaba. Yo lo entiendo perfectamente: mi padre es ingeniero y dice que es incapaz de levantar un edificio sin fumar —Whatapity hizo una pausa pensativa, como buscando algo—. Ah, sí, ya sé. Ustedes preguntarán qué fue lo que desató esta pasión por él en los kiosqueros… yo le pregunté lo mismo. Ornel dice que una noche Saupol sintió un tirón en la espalda. Crack. Le dolía tanto que apenas si podía caminar, y se había quedado sin cigarrillos. A propósito: me contó que una vez se fue a hacer un retiro espiritual a la llanura, al campo o al desierto, no recuerdo bien ahora, y por un mal cálculo se quedó sin alimentos. Estaba muerto de hambre y vio una liebre. Sabía que nunca la alcanzaría si la corría en línea recta, así que la empezó a correr directamente en zigzag y en menos de un minuto ya la había atrapado. Me fui por las ramas. Se quedó sin cigarrillos, se quedó sin cigarrillos y apenas podía caminar. Era incapaz de ir más allá del kiosco de la esquina. Fue y le contó al joven, en tono suplicante (a él lo atendía siempre el joven), que le había dado una tremenda puntada en la espalda. Y le pidió "los" cigarrillos. El joven, que sabía perfectamente qué marca fumaba Saupol, estiró la mano para agarrar un paquete y, sin hacerse ninguna clase de problema por la contradicción en la que incurría, le preguntó a qué se dedicaba. "Soy escritor", le dijo Saupol. "Ah, mirá qué bien", le dijo el kiosquero y le dio los cigarrillos. A Saupol le pareció que se lo había ganado. "Escritor igual fumador". Esa era la ecuación que debía haberse hecho el kiosquero, pensó Saupol, aunque todavía no había publicado nada. Su primer libro salía recién por esa época. Un año después, cuando salió, Saupol fue a regalarle un ejemplar. Se lo dedicó a los dos, y de paso se llevó unos cigarrillos. Hasta ahí todo bien. El problema empezó cuando el libro se convirtió en un éxito. Saupol hizo notas, apareció en televisión, almorzó con las estrellas. El kiosquero joven,

más orgulloso que nunca, retomó la iniciativa de cuidarlo: ahora, además de a un amigo, cuidaba a un artista. A partir de entonces Saupol no tuvo más remedio que caminar media hora de ida y media hora de vuelta cada vez que se olvidaba de comprar cigarrillos en el camino a casa. ¿Me siguen? Para Saupol (siempre según Ornel) ese hecho empezó a funcionar como una interferencia, era muy irritante. Lo sacó de su centro. Ya no podía darse el lujo de vivir en las nubes, ya no dilapidaba su vida en cosas sin sentido. Ahora lo primero, lo único, que tenía que hacer, era acordarse de comprar cigarrillos antes de llegar a casa, porque el éxito lo había potenciado todo, menos su memoria, y mientras no ganara lo suficiente para cambiar de casa, para mudarse de barrio, por más famoso que fuera tenía que ir media hora de ida hasta el otro kiosco y media hora de vuelta hasta su casa. Perdón, chicos, pero estoy harta de todo esto. Cuéntenme algo ustedes.

—¿Otro vodka? —preguntó Kirill después de una pausa durante la que lo único que se oyó fue el silencio de sus corazones, los dos silencios al mismo ritmo.

—No, mejor no me cuenten nada —dijo Whatapity saltando de la cama—. Me voy. Es tarde. Estoy dada vuelta y me empiezo a calentar…

—Justamente —dijo Kirill.

—¿Me hiciste hablar toda la noche de Ornel y de Saupol y ahora decís “justamente”?

Kirill intentó retenerla con palabras, pero no consiguió más que estirar un brazo y dar un paso adelante y otro a un costado y tocarle nerviosamente un hombro con la punta de los dedos.

Pavel, al contrario de Kirill, se ofreció a acompañarla. Whatapity le dijo que no hacía falta, pero él insistió.

—¡Whatapity, no te vayas! —exclamó Kirill cuando ella abrió la puerta.

—¿Cómo me llamaste…?

Kirill vaciló una vez más. Pavel le dijo que Kirill la había llamado “Whatapity” y le explicó por qué. A ella el apodo le pareció encantador. Hasta que Pavel, en un arranque de dignidad, le confesó que el apodo era un invento de Kirill. Acto seguido, Whatapity dio un paso fuera de la habitación sin decir nada, como molesta. Pavel salió tras ella y cerró la puerta a sus espaldas.

Lo que siguió al regreso de Pavel fue una verdadera catástrofe. Kirill lo recibió con un golpe de puño, un golpe helado (ponía un cubo de hielo en su copa cuando la puerta se abrió y él cerró la mano) que Pavel devolvió de inmediato, sin nada que discutir, rompiéndole la nariz. La sangre hizo un semicírculo sobre la mesa de luz. Kirill evitó

la lámpara, pero arrancó el cajón de un mueble y lo descargó sobre la cabeza de Pavel: la punta del cajón le abrió un tercer ojo entre ceja y ceja. Pavel se echó hacia delante y lo abrazó y lo tumbó sobre la cama. Kirill aullaba y le arañaba la espalda con una mano y la cabeza con la otra mientras Pavel le hundía los dientes en un hombro.

A primera hora del día siguiente, después de pasar la noche en la enfermería del hotel, Kirill se subió a un taxi que lo depositó en el aeropuerto.

Pavel se consoló pensando que volverían a verse en un mes o dos y que retomarían su amistad como si no hubiera ocurrido nada. Ya habían pasado por lo mismo en otras ocasiones, con otras compañeras y con las drogas de la infancia. Pero en los días que siguieron a la pelea no salió de la habitación. Tenía la frente negra y los ojos verdes. Sus padres llamaban de tanto en tanto a la puerta y él les decía que estaba bien, que no necesitaba nada, y ellos, de a uno por vez, le decían que se alegraban. Su madre estaba más contenta que nadie de que Pavel se encontrara bien; se acercaba el Carnaval y quería irse de Venecia lo antes posible.

El mismo día de la pelea con Kirill, Pavel le había encargado a una empleada del hotel el libro sobre Saupol y desde entonces leía sin parar. Leía acostado, sentado, en el baño, metido en la cama, de pie junto a la ventana: no hacía otra cosa; en tres días ya casi lo había terminado.

Una tarde, al promediar el tercer día de reclusión, cuando le faltaban apenas unas treinta o cuarenta páginas para el final, vio al hombre del libro en la playa. El hombre del libro acababa de llegar y acomodaba un sillón en la arena. Era un día ventoso y nublado y la playa estaba prácticamente desierta. El hombre del libro, vestido con un traje de lino color crema y sombrero al tono, se dejó caer sobre el sillón, desplegó trabajosamente el diario y se puso a leer.

Pavel tuvo la impresión de que el hombre del libro había abierto el diario al azar, en cualquier página, solo por abrirlo, solo porque no tenía nada mejor que hacer, pero que algo de pronto le había interesado, porque durante los diez o quince minutos que pasó observándolo no lo vio dar vuelta la página ni una sola vez. Pavel siguió leyendo. Leyó diez páginas más y volvió a mirar al hombre del libro. En ese momento el hombre se dio vuelta y lo vio. Lo saludó apenas, casi sin alzar la mano (incluso casi sin sonreír), y volvió la vista adelante, sobre el diario.

Pavel leyó cinco páginas más sin moverse de la ventana. La siguiente vez que miró hacia la playa vio que al hombre del libro se le volaba el diario de las manos, se le volaba hoja tras hoja, sin que él pareciera advertirlo. Tres páginas después se le voló el sombrero. En la página siguiente, ya con menos de un centímetro de sol a la vista

sobre el horizonte y bajo una lluvia escasa pero metódica, un empleado del hotel, con una chaqueta blanca y un paraguas negro doblado por el viento, se acercó al hombre del libro, se inclinó sobre él, le tocó un brazo, empujándolo suavemente, y volvió sobre sus huellas en la arena a paso rápido.

Enseguida un grupo de empleados, dos maîtres, un mozo, una mucama y un joven pelirrojo del área gerencial, de jean y en mangas de camisa, bajaron corriendo a la playa, se arremolinaron alrededor del hombre del libro y luego de un intercambio de consultas lo cargaron en brazos y lo llevaron de regreso al hotel.

Un momento después alguien llamó a la puerta. Era Whatapity.

—Murió Ornel —dijo Whatapity echándose en brazos de Pavel. No había llorado, pero era evidente que quería hacerlo—. Lo acabo de ver.

Pavel la tomó de la cintura (olía a shampoo, a limón, a dolor) y le preguntó por qué la angustiaba tanto la muerte del viejo.

—No sé —dijo Whatapity—, me encariñé. Dejame contarte algo. Ayer en la playa le pregunté por qué te miraba así. Yo misma lo había visto mirarte: te miraba y le fallaba el corazón. Le pregunté si no le parecía mal desear así a un chico de tu edad. Me dijo que no me equivocara, que no te deseaba. Que te miraba como a un hijo. No le creí. Le dije que lo había visto: una tarde estaba como siempre en la playa, sentado en su silloncito, leyendo el diario, y vos pasaste caminando a su lado; unos metros más allá, por delante de él, te agarraste con la mano de uno de los postes de una carpa y diste un giro lento, lentísimo, apoyándote nada más que en un talón, y a él se le tensaron las aletas de la nariz. Se llevó una mano al pecho como si se ahogara. Yo estaba al lado, lo había visto; no podía negármelo. Se lo dije. Y él, por toda respuesta, me miró en silencio. Noté que se había teñido el pelo. “No dejo nada”, murmuró. Después le pregunté si él era Mauro Saupol (una locura) y se rio. “Qué graciosa”, me dijo.

—¿Graciosa? —preguntó Pavel.

—Te juro por Dios que… —Whatapity lo miraba a los ojos.

Pavel le sostuvo la mirada.

—Desde el primer día… —dijo Whatapity en un susurro. Y se arrodilló lentamente ante él—. Desde el primer momento en que te vi… Quiero hacerlo ahora mismo, por favor. Mañana me voy.

* * *

Sergio Bizzio nació en Villa Ramallo, Argentina, en 1956. Novelista, dramaturgo, poeta y guionista, publicó las colecciones de poemas *Gran salón con piano, Mínimo figurado, El abanico matamoscas, Paraguay* y *Te desafío a correr como un idiota por el jardín*; las novelas *El divino convertible, Planet, En esa época, Rabia, Era el cielo, Realidad, Aiwa, Un amor para toda la vida, Borgestein, Mi vida en Huel* y *Diez días en Re*; y los libros de cuentos *Chicos, En el bosque del sonambulismo sexual, Dos fantasías espaciales, La escultura, La construcción, La pirámide* y *Tres marcianos*.

Es autor de las obras de teatro *Gravedad, La China* y *El amor*, las dos últimas en colaboración con Daniel Guebel, con quien también escribió la novela *El día feliz de Charlie Feiling*. Relatos y novelas suyas fueron adaptados para el cine en la Argentina, Brasil, España y Francia. Ha sido traducido al inglés, francés, italiano, árabe, portugués, hebreo, búlgaro, holandés y alemán.

blatt & ríos